

LA VOZ DE TU MIRADA



Karen Salas

Karen Salas
La voz de
tu mirada

D.R. © 2023 Karen Yuritzi Salas Gomez

Todos los derechos reservados.

ISBN pasta blanda: 978-607-29-4642-2

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por la ley escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización.

Si desea permiso para usar material del libro comuníquese a kayuri.books@gmail.com

Diseño de portada e ilustraciones: Joaquín Ochoa González

Para mi padre

1

No puede hablar, desearía tanto poder hablar.

Pero tiene espinas en lugar de cuerdas vocales. Cuando intenta usarlas, la garganta le duele, siente garras arañándola, sangra por dentro. En la sala de espera todo parece estar en pausa. Hasta los latidos de su corazón. Aturdida y con la mirada perdida, no tiene otra cosa que hacer más que esperar. La recepcionista sonríe demasiado a la gente que va viene, sin importarle si quiera si está viva o muerta. ¿Podrá distinguir a las personas que están moribundas por dentro? Quizás exista un área especial para las personas que se sienten así. No enfermas, pero sí que están muriendo.

El blanco inmaculado esta por todas partes. En las paredes que se podrían desplomar en cualquier momento, en las batas de los doctores con su fingida amabilidad y en su mente. Vacía. Todo le parece irreal.

Una enfermera se acerca a ella a revisar su presión, sus pupilas, sus heridas en la piel. Le hace preguntas que no puede contestar. “¿Cuál es tu nombre?” “¿Cuántos años tienes?” “¿Quisieras llamar a algún familiar?”

Solo intenta hacerla sentir bien, piensa que sigue en trauma por lo sucedido, pero no puede ver las marcas de dolor que tiene por dentro, su garganta que no deja de sangrar a causa de las palabras que no puede pronunciar o su alma estrujándose a sí misma por la impotencia.

Ella se siente mareada, una jaqueca invade su cabeza, los recuerdos están borrosos. Su mirada viaja por su piel llena de sangre, de vidrios incrustados, raspones en sus brazos y piernas. Se aprieta la cabeza entre sus manos para detener el dolor que se vuelve insoportable y el contacto con un líquido espeso la desconcierta, una gota se desliza por su rostro hasta llegar a su cuello, sus dedos manchados de sangre. Todo en su interior se acelera, porque esa sangre no es suya... y eso significa lo peor. ¿Dónde está? ¿Dónde está?!

Su mente se niega a creer lo que ven sus ojos. ¡No puede ser!

Camina de un lado a otro, debe salir de ese lugar, las enfermeras intentan controlarla.

—Necesito ayuda, ¡un tranquilizante por favor!

Las lágrimas caen como si fueran un río rebelde desbordándose. Nadie dice nada, nadie entiende lo que quiere decir, nadie conoce la desesperación que recorre cada milímetro de su cuerpo. El mundo se detiene, los ojos de las personas se clavan en ella, esos rostros, esa expresión de ansiedad en cada uno de ellos.

Una luz cegadora invade todo el espacio, le lastima los ojos y en un parpadeo, todo queda oscuro.

Y aunque es imposible, puede escuchar el sonido de un corazón romperse.

El suyo.

2

No sé cuánto tiempo llevo bajo el agua fría, pero supongo que es demasiado porque las yemas de mis dedos están arrugadas. Salgo y me preparo para el mundo un día más. En cuanto estoy lista bajo a la cocina. El olor hotcakes recién hechos ronda la casa, mi papá es quien los prepara. Las canas comienzan a asomarse por su cabeza, necesita teñírselo, pero él se niega a hacerlo, dice que envejecerá como se debe.

Luis Daniel devora lo que hay en su plato, con el cabello revuelto, mientras ve vídeos en la tableta. Paso a su lado para saludar y el olor dulce de la miel, me empalaga, él mueve su mano para evitar que lo siga despeinando.

—¡Oye Astrid, no hagas eso! —sonrió, y él suelta una risita. Tiene los ojos de nuestra madre.

—Buenos días, querida —dice, sin quitar la vista de la sartén.

Mi padre se asegura de que llevo alguna fruta o algo más saludable que los pasteles de la cafetería y me deja ir. Es sábado, así que no tengo que preocuparme hoy por mi hermano, papá se quedará con él. Supongo que es una ventaja de ser maestro; no trabajar los sábados.

Voy pateando piedras mientras camino al trabajo. Las nubes crean figuras en el cielo. Un rayo de sol se cuela entre los árboles y siento su calidez en mi piel. Me paso la mano por la oreja, para asegurarme de que me he puesto correctamente el aparato. Un señor de edad avanzada pasa junto a mí, veo que sus labios se mueven diciendo, “buenos días”, se me queda viendo, esperando a que responda. Solo asiento y agacho un poco la mirada como respuesta. Es todo lo que puedo hacer, él se va refunfuñando. No es por ser grosera, pero no puedo hacer más y no puedo evitar sentirme culpable. Es muy raro tratar de interactuar con personas fuera de mi círculo de confianza, pero a pesar de todo, siempre intento ser amable.

A lo lejos puedo ver el letrero de la cafetería: *Café con canela*. Las letras rojas resaltan sobre el color beige que está a su alrededor. Veo a Maritza barriendo la entrada, con sus curvas moviéndose de un lado a otro, su pelo chino y largo rebelándose ante todo lo negativo, libremente al compás del viento; su rostro ovalado exhala alegría por donde se le vea, y sus cejas pobladas enmarcan tan bien sus ojos penetrantes que no necesita absolutamente nada de maquillaje para verse hermosa. Siempre he pensado que sus padres biológicos debieron ser muy apuestos. Su madre adoptiva Martha, es una mujer divorciada, que no pudo tener hijos con su marido, la vida se le escapa al intentar revivir un amor muerto hace mucho y con ese sentimiento, su útero se marchito.

La saludo con la mano.

—¡Hey, chica!

La dejo terminar, entro a ponerme el delantal y limpiar las mesas. La cafetería de Sarah es un lugar clásico, con aires de los años 80's; con sus sillones beige amplios y la barra para los que solo vienen a leer o simplemente no apetecen compañía. Cambio los floreros, acomodo los bancos y las sillas de madera que hacen juego, las pequeñas que también están en tonos neutros con toques modernos, como la nueva cafetera que hace nuestro trabajo más fácil, pero ella nunca ha querido renovarlo por completo, dice que si lo hace perdería una parte de su esposo.

Fundaron juntos este lugar hace veintisiete años. Él fa llece al igual que mi madre. Ella llora conmigo y yo la acompaño en su pérdida. Se ha vuelto una madre sustituta para mí.

—¡Cielos, creí que no terminaría nunca!

Mi padre, me ha llegado a preguntar si no quiero buscar un nuevo empleo o regresar a la universidad, y siempre le respondo que no. Trabajar en la cafetería es algo que no dejaría; podría servir café toda la vida. Siento una palmada en la espalda, es Sarah, que sale de la cocina con pan recién horneado. Huele delicioso. El aroma es una mezcla de vainilla y menta.

—Querida, ¿podrías rebanar el pan? —sonríó y asiento con la cabeza—. Y no olvides cernir un poco de azúcar glas para esparcir en la superficie antes. Eso le da el toque final —, y tú Maritza, ve a lavarte las manos por favor y lleva esa escoba a su lugar, los clientes empezaran a llegar en cualquier momento, ¡anda niña!

Su dulce ánimo y regordeta figura, salen del establecimiento. No dice a donde va, pero puedo suponer, que fue a comprar flores. Una vez que la barra se encuentra limpia, los muebles ordenados y el piso azul cielo reluciente, damos oficialmente inaugurado el día.

Trato de mantener mi mente ocupada. Hago inventario de lo que haga falta en la cocina dos veces al día, y vigilo a los clientes desde mi lugar, atenta al momento en que necesitan algo. Y, aun así, de repente su imagen llega a estamparse en mi memoria. Mi padre dice que soy muy exagerada en cuanto a temas amorosos. Es solo que no he conocido a nadie más que me haga sentir las famosas mariposas en el estómago de nuevo.—Astrid, linda, ¿Puedes traerme un poco más de azúcar? —no me di cuenta cuanto tiempo llevaba inmersa en mis pensamientos, tiro unas donas cuando la señora Alicia llama mi atención. Le llevo varios sobres de azúcar morena y de esplenda, porque sé que le gusta el té muy dulce—. Eres muy amable.

Maritza me hace señas desde el otro lado de la cafetería, indicando a un grupo de chicos que acaban de entrar. Son dos chicas y dos chicos. Acercan dos mesas para estar todos juntos.

—¿Has visto el par de bombones que acaban de entrar? Vamos chica, ve atenderlos.

Uno de los chicos trae puesta una gorra, que oculta su rostro, pero algo en su manera de andar me provoca nervios, el estómago revuelto y ganas de salir corriendo. Todo al mismo tiempo. Son demasiadas personas para mí. Le escribo una nota a Maritza.

«¿Podrías atenderlos tú?, detesto cuando me ven diferente».

Ella la lee, hace una mueca mientras mis manos no dejan de sudar.

—Vale chica, pero para la próxima tu invitas las palomitas en el cine.

Me abraza fuertemente. Ella se acerca a los chicos para tomar su orden, yo la observo de lejos. El cabello ondulado del chico se asoma por debajo de la gorra. Algo en él, me intriga.

Decido limpiar la barra, aunque sé que está limpia. Tiene la cara tapada con un libro que supongo está leyendo, yo trato de ocultarme detrás de unas flores; a través de las hojas, solo por un instante, su mirada capta la mía. Sus ojos tienen forma de almendra, café oscuro con las pestañas largas. No resisto su mirada sobre mí, me voy de su campo de visión. Me siento detrás de la barra, abro uno de los libros que tengo para leer en mis ratos libres.

Trato de aparentar que estoy concentrada en la lectura, levanto la mirada y ahí están sus ojos, todavía mirándome. Se ha dado cuenta de que también lo he visto, cuando se despega el libro de la cara, veo que sonríe.

El universo me obliga a seguir adelante y por primera vez en mucho tiempo, cedo un poco. Le sonrío al chico de la gorra café.

3

Maritza decide cambiar las palomitas en el cine por unas cervezas en el bar. No soy mucho de frecuentar estos lugares, pero ella insiste, no puedo negarme porque hizo los ojos más tiernos del mundo.

Las luces en tono sepia me agradan, me hacen sentir calidez después de pasar todo el día dentro de la cafetería con aire acondicionado. El lugar no está concurrido, así que no hay muchos ojos que me pongan atención, aunque claro, sé que cada persona viene a pasarla bien y no a ver que va a hacer alguien que está sentado en el otro lado del lugar, así que me relajo y trato de concéntrame en el cielo oscuro. Tengo entre mis manos Drácula, el libro que olvido ese muchacho en la mesa, al parecer tenían prisa por salir y ni siquiera echa un vistazo cuando se va. No sé porque lo traje conmigo, lo mejor hubiera sido dejarlo en la cafetería, pero quiero saber si es de las personas que subraya las páginas. Le doy una hojeada mientras mi amiga regresa del baño, me encuentro con varias notas con su letra; me pierdo entre las frases marcadas.

No me he dado cuenta de que el mesero me pregunta para quién es la cerveza Triunfo, cierro el libro de golpe, lo dejo sobre la mesa, hago una seña para indicarle que es para mí y la Twiceno la coloca al frente, en el lugar donde debería estar Maritza. Le sonrío, él se retira sin saber si decir algo más, porque no le he dicho ni una sola palabra, así que solo hace una ligera inclinación. Le doy un trago a mi botella, el sabor amargo se me queda en la garganta, me sabe tan bien, que hasta saboreo la pequeña gotita que se escapa de mis labios con la lengua. Los chicos del otro lado están viéndome, espero que no crean que mi gesto es un coqueteo, porque de ser así se acercarán a la mesa y es lo último que quiero. Me quedo observando el líquido en la botella, puedo ver a esa niña del pasado con mi rostro y el día que conozco a Maritza.

Ella se acerca a mí una tarde de recreo en la escuela. Tiene un helado de chocolate y otro de fresa, uno en cada mano. Se para frente a mí, se ríe.

—Cho-co-la-te. Fre-sa —¡Entiendo lo que hace! Gesticula de manera exagerada. Quiere que lea sus labios. Luego, levanta un poco el brazo con el helado de chocolate y después el otro. Yo toco la mano que sostiene el de chocolate. Ella extiende el brazo para que lo tome.

Se queda conmigo el resto del recreo. No decimos nada, solo nos sonreímos mutuamente de vez cuando. Ese día comienzo a crear cuentos para mí, cuentos en los que todos podían leer mi mente y no era necesario hablar para poder comunicarme. Tengo ocho años y estoy perdida en un mundo que parece estar vacío para mí. Necesito alas para volar por el mundo de las palabras no escuchadas, como un colibrí.

La libertad es aprender. He aprendido a que no importa lo que la gente diga o piense de ti. Por suerte, no puedo escucharlos, aunque así lo quisiera. Si te dedicas o no a la profesión que estudiaste, si decidiste emprender un nuevo sueño, qué más da. Tú tienes el poder. Decides si te afecta o no. Si te derrumba o decides bailar bajo la lluvia. No hay mejor manera de adquirir sabiduría, que viviendo tus sueños. Caer y levantarse las veces que sean necesarias. Ir donde el corazón nos lleve. Haz lo que quieras. Lee lo que quieras. Y ama. Hazlo con intensidad, como si nunca te hubieran lastimado. Como si la vida no te lo hubiera quitado lo más importante para ti. Esta es mi filosofía de vida.

Existen momentos, en los que me contradigo. Momentos, en los que tengo la desfachatez de mentirme a mí misma, y cada noche me digo que, todo estará bien. Aunque no sea así.

Doy un respingo cuando Maritza se deja caer en la silla y me saca de mis pensamientos.

—Ashh, me encontré un tarado a la salida del baño, no puedo creer que alguien ya este borracho a esta hora.

Su voz suena lejana, pero alcanzo a distinguir lo que dice, subo el volumen de mi aparato auditivo. Me encojo de hombros como para decirle que no hay nada que hacer. Ella llama al mesero.

—Dígame.

—¿Nos puedes traer unas papas gajo por favor?

—Enseguida.

Estamos en el área al aire libre, la brisa de la noche nos refresca. Miro de reojo que los chicos siguen con la vista bien puesta en nuestra mesa, se codean entre sí. No me gusta la manera en la que nos ven. Me empino la cerveza, quiero acabármela de un trago para poder irnos, aunque casi acabamos de llegar. Maritza pone su mano sobre la mía y con la otra me dice que vaya despacio. Me limpio con el dorso de la mano. Ella no me dice nada, bebe su cerveza mientras se mueve al ritmo de la música, sentada en su silla. El sabor de la sal combinada con el limón sigue en mis labios. Las papas llegan y huelen tan bien, una combinación de especias que no me puedo resistir, como todas las que puedo, aunque me quemo la lengua en el proceso. Maritza me manda un mensaje.

“¿Porque trajiste el libro del bombón?”

“Porque quería hojearlo.”

“Apuesto lo que quieras a que volverá mañana.”

“No quisiera apostar contigo, siempre pierdo.”

“¿Verdad que es lindo? Puedo averiguar su nombre por ti si quieres, me di cuenta de que te estaba observando.”

“Estás loca. Es imposible que se fije en mí.”

“¿Y por qué no? Ambos son como ratoncitos de biblioteca, van con sus libros a todas partes.”

“Ahora resulta que soy un ratón de biblioteca solo por ir preparada por si tengo tiempo para leer.”

“Bueno, una persona normal no lleva consigo dos libros.”

“Jajajajaja.”

“¿Lo ves? Tengo razón jeje.”

No encuentro fallas en su lógica. No puedo evitar reírme, Maritza tiene una buena imaginación. Me torturo mientras como las papas. Ella las unta con aderezo ranch, yo las prefiero al natural. Veo a los chicos del otro lado levantarse, solo espero que se vayan, pero no, lo que hacen es caminar a nuestra mesa, con mirada matadora. Siento que me ahogo con el bocado que tengo en la boca.

Los nervios me comienzan a subir por los tobillos, desvío mi mirada de ellos. Me quedo mirando las sobras de la mesa.

—¡Hola, chicas! ¿Cómo están? ¿Podemos sentarnos con ustedes? —de inmediato muevo mi cabeza de un lado a otro diciendo que no. Le doy un trago a mi cerveza. Maritza pone los ojos en blanco y los ignora.

—¿Qué pasa, porqué tan calladas? —dice el otro tipo, que fuma un cigarrillo y nos envuelve con el humo que exhala.

—Vamos nenas, les invitaremos unos tragos.

Por debajo de la mesa le doy un sutil golpe a Maritza con el pie, una señal para retirarnos.

Esto no me gusta nada.

—Oye bonita, ¿quieres bailar conmigo?

—Déjala en paz —responde Maritza, azotando su teléfono contra la mesa.

—¿Qué pasa? ¿Acaso los ratones le comieron la lengua a tu amiga?

¿Qué trae la gente con los ratones? Maritza le da un trago a su bebida y la deja caer con fuerza. Yo esquivo sus miradas.

—Mira idiota, si hubiera querido arruinar mi noche habría venido con cualquier hombre. ¡Piérdanse!

—Oye bro, como que estamos de mal humor —el tipo del cigarro suelta una carcajada.

Me levanto y dejo sobre la mesa un par de billetes, veo al mesero a lo lejos, muevo mi mano de un lado a otro para que me vea para que pase por el dinero. Maritza se levanta después de mí, toma las botellas de cerveza y vacía lo que queda sobre los fastidiosos.

—¡Estúpidas!

Ellos se sacuden las camisas mojadas. ¡No puedo creer lo que ven mis ojos! Bueno, sí, es arriesgada y sin pelos en la lengua. Los chicos se quedan sorprendidos por unos segundos, sacuden sus brazos, antes de seguir diciendo groserías. El mesero corre en nuestra dirección para calmar el alboroto, pero Maritza me toma del brazo y salimos corriendo del bar.

La frecuencia de sus pasos por la cafetería suena constantemente y ella los siente en la planta de sus pies con una cadencia delicada. Subiendo por sus venas como su sangre. A veces solo caminan por el frente, otras piden sus bebidas para llevar y suelen regresar por la tarde, por lo general, siempre juntos. Asisten a una de las universidades de la colonia.

Solo en contadas ocasiones, él llega solo. La mesa junto a la ventana se ha vuelto su favorita, quizás por toda la luz que entra y con la que puede leer hasta que se pone el sol. En esos momentos, Astrid aprovecha para acercarse, sin la presión de las miradas sobre ella. Las piernas le tiemblan, sus movimientos son como los de un robot, lo saluda con una sonrisa y observa mientras espera. Él señala lo que quiere y unos minutos más tarde se lo lleva. Es una pequeña rutina, que la mueve por dentro y revive algo que cree muerto.

Las piernas ya no le tiemblan como antes, ni siquiera cuando viene con sus amigos, aunque no tiene el valor de atenderlos a todos juntos.

La campana de la entrada suena, son ellos, él le sonríe al entrar, como lo ha hecho las últimas semanas. Y tal como lo dijo Maritza, regresa al siguiente día a buscarlo, le deja una nota agradeciendo el gesto. Ella aún la conserva. Su altura hace que resalte en el lugar sin desearlo, con una mirada oscura como un expreso y misteriosa con la forma de una almendra, el tono de su piel le recuerda al café con leche.

La chica de los lentes también le sonríe a veces, es muy linda. Su cabello negro como las alas de un cuervo, es tan brillante que es imposible ignorarlo al pasar y resalta sobre su piel blanca, el marco ideal para su rostro. Al contrario del chico que la acompaña, su cabello parece que nunca ha sido cepillado, pero no se ve tan mal. La mayoría del tiempo tiene sobre sus labios, un cigarro que nunca fuma; le da un aire relajado mientras se dirige a la mesa donde se van a sentar. Son muy escandalosos al entrar, tanto que, si Astrid pone el volumen máximo en su aparato auditivo, podría escucharlos.

—Oye, no debes ser tan seco con ella.

—Querida prima, no soy seco, es solo que no tengo nada en común con ella y no voy a fingir que sí, solo por ti.

—Declan por favor, ella llegará en cualquier momento, sabes que le gustas.

—No me malinterpretes, pero no quiero una relación en estos momentos —la chica no le despega los ojos serios de encima—, yo solo vine porque me vas a invitar lo de hoy.

—Solo sé amable.

—¿Acaso no lo soy siempre? —ella pone los ojos en blanco.

Maritza se acerca a tomarles la orden.

—Buenas tardes, ¿qué quieren ordenar?

—Vamos a querer un capuchino y un frappé, ¿Sam, quieres capuchino o prefieres un café negro?

—Prefiero un Chai late, linda.

—Va, entonces un chai late, ¿y tú vas a querer también capuchino? ¿Una rebanada de pastel? ¡Ey! ¿Declan?—Eh...lo siento...confundí tu voz con el zumbido de una abeja —cada vez que sus miradas se encuentran siente cosquillas por dentro—. Capuchino frío por favor, y obvio quiero mi rebanada de pastel —dice, con los ojos anclados en su prima.

—Muy bien, se los traigo enseguida.

La campana suena otra vez, una chica de cabello largo y mirada verde va directo a su mesa, es tan pálida como la chica de los lentes. El ajeteo de la tarde le impide ver el momento en el que los chicos se retiran de su mesa, a través de la ventana alcanza a distinguirlos mientras suben a un coche. Decide ir a recoger, pero al darse cuenta de que hay alguien todavía, con la nariz metida en un libro, su cuerpo se congela. Está a punto de dar un paso hacia atrás cuando se topa con la mirada de Maritza, retadora y sabe que, si retrocede un paso más, la pondrá en evidencia como solo ella sabe hacerlo. Así que pasa sa liva, para armarse de valor y verse lo más casual posible. Parada frente a él, el tiempo parece ir en cámara lenta. Se acomoda la gorra café y deja ver sus ojos, se ven más claros que de costumbre debido a la luz del sol. El corazón le palpita muy rápido. Y en su cabeza resuena una pregunta: ¿Por qué?

—Hola... —dice él, en su voz hay un tono de nerviosismo—, hmm voy a querer un capuchino, por favor, caliente y me puedes traer una rebanada de...eh...pastel de vainilla...por favor —señala en el menú la imagen del postre, ella hace presión con el lapicero sobre la libreta, pero sus dedos no pueden escribir. Asiente y sonríe, llevando las tazas vacías consigo. Su pequeño hermano entra y la abraza de las piernas, haciendo que se tambalee. A través del cristal puede ver el auto de su papa alejarse. *Debe de tener trabajo en la secundaria*, piensa.

—Astrid, me puedes traer una malteada de fresa —Luis Daniel pone sus ojitos de chantajista y se va a sentar en la mesa que esta junto al chico de la gorra. No puede negarle nada a su hermano, pero le indica con una breve seña, simulando papel con su mano y con la otra un lapicero, que debe hacer sus tareas. El niño se retira dando sus característicos saltitos.

Después de veinte minutos, vuelve con la bandeja con los pedidos. Mientras coloca sobre la mesa el café y la rebanada de pastel, siente que los colores del mundo se le suben al rostro cuando sus manos se rozan ligeramente, solo por un segundo, pero esa fracción de tiempo es suficiente solo para que una mezcla entre calidez y electricidad, recorra su cuerpo. Una explosión provocada por el choque de su piel. Sus ojos se detienen en los suyos, e inmediatamente los desvía hacia su hermano, que la observa con la inocencia y la certeza de lo que pasa.

—Me llamo Declan —él sonríe, sus ojos no apartan la vista de ella, esperando una respuesta. Se congela en el tiempo, sintiéndose una tonta, sin poder decir una palabra. Una risa nerviosa se le escapa—. Yo...había querido hablarte desde hace mucho, pero no sabía cómo acercarme a ti, sigo sin saberlo...mmm... ¿cómo te llamas?



Se puede ver reflejada en su mirada. Una mirada del color del café. Desearía que su mirada hablara.

—Se llama Astrid —dice el pequeño niño, extendiendo la mano para recibir su malteada.

Se retira de su mesa, demasiado rápido que trastabilla y casi tira el florero que esta atrás de ella. Camina hasta esconderse detrás de la caja registradora.

—Oye niño, ¿la conoces?

—Pues sí, es mi hermana —sorbe su malteada con el popote y lo ve con sus ojos enormes.

Él comienza a bromear con Luis Daniel, se enfrascan en una conversación que hace que el pequeño olvide sus deberes. Astrid los observa desde la barra, ni siquiera puede verlos directamente, por temor a encontrarse con sus ojos otra vez; y mucho menos puede ir y plantarse delante de su hermano porque eso implica, inevi tablemente, verlo. Cuando el chico levanta la mano para llamar su atención, finge estar ocupada y obliga a Maritza a ir a atenderlo.

—¡Hola Maritza!

—¡Hola pequeño demonio! ¿Ya terminaste tu tarea?

—No, mi nuevo amigo me está ayudando.

—Ah, tu nuevo amigo.

—¿Qué tal? Soy Declan —extiende su mano, los segundos parecen eternos mientras ella lo examina con la mirada, y al final, estrecha su mano.

—Que nombre tan raro —él no puede evitar esbozar una sonrisa—. Soy Maritza. ¿Qué les traigo?

—Una rebanada de pastel para mi pequeño amigo.

—Anotado.

Parece haberse ganado la confianza del niño. Se siente con ánimo para preguntar lo que realmente desea.

—¿Crees que tu hermana quiera salir conmigo? Me da la sensación de que no le caigo bien. Por eso he tardado en dirigirle la palabra —Luis Daniel no voltea a verlo, se queda con el lápiz de color en la mano, su expresión se vuelve seria para un niño.

—Pues, creo que no sale con nadie—dice, saboreando el merengue del pastel —. Mi hermana es especial. Necesitarás ser creativo si quieres acercarte a ella.

—Ya lo creo... —hace un gesto con la boca, la frente se le arruga como si le acabaran de poner en frente un problema matemático. La ve de reojo, ella camina de un lado a otro con una gracia en sus movimientos que no puede explicar, como si flotara entre las mesas de los clientes.

—Eres medio bobo, ¿verdad?

—¿Eh? Es solo que no entiendo que tratas de decir. ¿es una estafadora en sus tiempos libres o algo así? —Luis Daniel se encoje de hombros.

—¿Has notado que mi hermana nunca habla con nadie? Es muy amable, a pesar de eso.

—Ahora que lo dices, es cierto. A veces parece que habla con la otra mesera, la de cabello largo y chino, pero se escucha el susurro de una voz...solo una...que raro.

—Te diré un secreto que te va ayudar mucho.

—Tienes toda mi atención pequeño amigo —Se agacha lo suficiente para estar a la altura del pequeño, él acomoda sus manitas alrededor de su boca y se acerca a su oído para confiarle el secreto.

—Astrid, no puede hablar. Es sordomuda, bueno, más bien solo sorda pero no puede usar su voz.

“¡El chico de la gorra café me habló!”

“OMG, por favor dime que hiciste algo. ”

“¡Claro! Me quede callada.”

“No seas tonta, ya sabes a que me refiero.”

“Bueno, me dijo su nombre y preguntó el mío, pero Luis Daniel contestó por mí, así que no tuve que hacer nada.”

“Tiene un nombre raro. Declan.”

“Si que es raro.”

“Oye recuérdame darle una rebanada extra a ese niño.”

“Solo lo consientes.”

“Jajajaja. No, ya en serio, prométeme que trataras la próxima vez.”

Me quedo viendo la pantalla, no sé lo que pasara cuando lo vuelva a ver.

“Confío en ti.”

“Si me muero sabes que te quiero. ”

“Yo también.”

Hace un par de días que los chicos no vienen al café, ni siquiera los he visto pasar por el frente, estoy echando de menos su presencia. Me la he pasado con la cabeza por las nubes. Recordando sus ojos a la luz del sol, la manera en la que brillan y sintiendo en la piel como el verano se acerca a su fin. Estoy rodeada del aroma del café, me he tomado más de dos tazas, pero creo que sigo soñando, porque me creo capaz de hacer todo. En los sueños se puede hacer todo lo imposible, ¿no?

Y así son las horas mientras espero que regrese para tratar de explicarle lo boba que soy. Maritza se contonea por el lugar, supongo que, por el ritmo de la música que es imposible que suene dentro de mí. A veces quisiera saber de dónde saca tanto ánimo. ¿Por qué le sonrío a la vida de tal manera, si la vida ha sido egoísta con ella? La admiro. A mí los segundos se me hacen eternos.

—Oye chica, ¿me ayudas? Pastel de zanahoria para la mesa tres, porfa —asiento y preparo las rebanadas.

Salgo corriendo con la bandeja de los postres. El ajetreo hace de la mañana un caos. La campana suena, volteo inmediatamente por quinta ocasión en el día y no es él, otra vez. Hoy tampoco vendrá, ya es tarde. ¿Se habrá sentido ofendido porque no saludo como lo haría una persona normal? Si supiera que no puedo; que solo tengo espinas en la garganta en lugar de flores, pero de verdad quiero hacerlo. Nunca lo sabré, estoy segura de que no volverá por aquí. Siento una mirada penetrante, es Sarah, que está detrás de mí. Pone su mamó en mi hombro, me dedica su mirada tierna. Sabe que lo espero, apuesto a que Maritza fue con el chisme. Intento sonreír, pero la sonrisa se hunde en mi pecho. Siempre olvido lo evidente que puedo llegar a ser.

Me he vuelto predecible, lo espero a él, sentado en la mesa de siempre, tomando la misma bebida.

—Se ve que es un buen chico, linda. Quizás tuvo algo que hacer —le doy un intento vano de sonrisa. Me da unas palmaditas en la espalda y regresa a la cocina.

Es probable que tenga razón y solo estoy siendo una dramática.

El reloj de pared marca las siete de la noche. Justo a tiempo, como de costumbre, llega Carmen, mi reemplazo, con la cara metida en la pantalla del celular. Siempre choca con lo que hay a su alrededor, parece que nunca aprenderá. Reconozco que algunos de sus accidentes son graciosos. Me encanta como se riza su cabello corto bajo sus orejas, su rostro se ve tierno, con esos enormes lentes. Hago el corte de caja, le entrego el total y me retiro. Me despido con una sonrisa de Maritza, que está atendiendo a la pareja de la mesa de la esquina. Su reemplazo de la tarde no ha llegado, pero dice que se quedará a cubrir, de todos modos, no tiene nada que hacer y dijo que, cito textualmente: *Tengo que tener la mente ocupada para no pensar tonterías*. No sé a qué se refiere, pero no debe de ser importante. Hace un movimiento con la cabeza y me guiña el ojo.

Pienso. Pienso y pienso. Debo dejar de pensar. En él. Es un completo extraño para mí, ¿Qué se sobre él además de la manera en la que le gusta tomar el café y que tiene un nombre bastante extraño? ¡Nada! No debo darle tanta importancia.

El calor de la tarde hace que me escurran unas gotitas de sudor por la frente, la brisa fresca sopla solo por unos segundos y me detengo a disfrutarlos, estoy deseando que la estación empiece a cambiar, aunque ya sé que el cambio no es mucho en este lugar, lo que sea es bueno, con que baje la temperatura unos grados sería genial.

Caminar, concéntrate en caminar. Trato de distraer mi mente. Es curioso, me acabo de dar cuenta de que soy la única persona en la calle, me siento extrañamente bien. Hasta que alguien me observa. Me parece haber escuchado mi nombre. Sigo caminando. Es una locura, cualquier persona que me conozca se acercaría a mí de inmediato. Es absurdo que alguien me llame. Aumento el volumen de mi aparato auditivo, solo por si acaso. Nada. No escucho nada. Así que solo debe ser mi imaginación cansada.

¡Y este tonto aparato! A veces creo que me sirve más de accesorio que de apoyo. Pero lo más seguro es que estoy inventando ruidos en mi cabeza, además me encuentro muy distraída, pero un cosquilleo frío me recorre la espalda y no me parece una buena señal. Siento una presencia muy cerca de mí, no me animo a mirar hacia atrás, así que decido andar más rápido. Y más rápido. El corazón me late a toda prisa, mi sangre pareciera que va a hervir, debo ser más rápida. Sea quien sea, me alcanza. Alguien me toma del brazo, el corazón se me detiene por un instante, algo húmedo, doy un brinco asustada.

¿¡Qué rayos!?

¡Es Declan! ¡Por Dios! Me quedo atónita frente a él; no hemos estado tan cerca el uno del otro. ¿Él lo noto, al igual que yo? Soy un manojo de nervios absurdos, me acaba de dar el susto de la vida. Mi corazón late muy acelerado, siento que podría salir de mi pecho. Respiro profundo para calmarme. Un olor a madera llega a mí; es su perfume.

—Lo siento, no era mi intención espantarte... —veo sus ojos directamente; son color café claro, apenas lo co nozco, pero siento una peculiar sensación de seguridad—. Yo, este...no sé cómo decírtelo —hago un ademán para decirle que no hay problema, quiero que comprenda que no me importa no poder hablar con él como cualquier persona lo haría, quiero que sienta, que está bien estar aquí, sin nada que decir.

El insiste en encontrar una manera de hablar conmigo, me parece tierno y divertido al mismo tiempo. Mientras él tartamudea, las palabras se le escapan, está nervioso. Noto que en la bolsa de la camisa tiene un lapicero, con un rápido movimiento, lo tomo prestado, él pone cara de no entender que trato de hacer; busco dentro de mi bolsa la pequeña libreta que siempre cargo conmigo y escribo.

«Hola, soy Astrid»

—Yo, lo había olvidado por completo, a pesar de que tu hermanito ya me lo había dicho...— él sonríe, y al hacerlo, un par de hoyuelos aparecen. Aprecio su sinceridad. Extiende su brazo, y nos saludamos. Oficialmente nos hemos conocido, yo pongo sobre su mano la libreta y su lapicero. Escribo.

«Perdón por haberte asustado. Espero no te molestes, tu hermano me dijo que hoy salías a esta hora de la cafetería.»

Así que fue ese pequeño demonio, mira qué no decirme sus planes con Declan. Pero no me molesta, al contrario. Hemos encontrado una manera de comunicarnos, no quiero desaprovechar este primer encuentro que el destino y mi hermano, han creado para nosotros.

«No te preocupes, afortunadamente no eres secuestrador ni nada por el estilo, ¿cierto?»

«No tienes de que preocuparte, solo soy yo. Es un gusto por fin conocerte.»

«Para mí también, Declan.»

«¿Puedo acompañarte a casa?»

«¡Claro!»

Caminamos en silencio. De vez en cuando nos detenemos para escribir. Me gusta contemplarlo mientras lo hace. Ahora sé que es hijo único, que sus padres están divorciados, una de sus tías muy querida, se fue no hace muchos años y es estudiante de psicología. Al mencionar a su tía, su mirada cambia.

Doblamos la última esquina de la calle, puedo ver los frondosos árboles que hay en la jardinera de la casa. Siento una pena por haber llegado a casa, y al mismo tiempo me siento feliz. No escribimos nada al llegar, pero intercambiamos nuestros números de teléfono. Permanezco parada frente a la puerta de mi casa, podría apostar lo que sea a que mi papá ya me espera.

Declan sonríe, me dice adiós con la mano y se va. Me quedo ahí, observando como el viento se divierte con su cabello y cómo poco a poco se pierde su figura en la distancia. Doy un resoplido, entro por fin, mi papá está justo enfrente cuando abro la puerta y me da otro susto. Lo saludo, sus ojos están clavados en los míos, con una seriedad, espera que le diga algo, pero no sé qué decir.

—¿Quién era ese chico? —mi papá siempre habla al mismo tiempo que me hace señas.

Cualquier persona que no lo conozca pensaría que está hablando solo. Salgo de mis ensoñaciones. Me río de una manera absurda y nerviosa. Mi padre lo nota, solo me mira con extrañeza y también observa una figura que se hace cada vez más pequeña por la ventana.

—No me da confianza, ¿a qué se dedica? ¿cómo lo conociste? ...solo me preocupo por ti, es todo.

Lo sé. Se que se preocupa demasiado.

Por otro lado, el pequeño demonio que tengo de hermano, tiene su típica sonrisa burlona, porque sabe lo que hizo, y también sabe que no lo regañare. Me voy directo a mi habitación, me dejo caer en la cama, observo el techo blanco. Hay una mancha de humedad. Es poco común, pero ahí está, interfiriendo en el blanco perfecto. Tomo mi celular y le escribo un mensaje a Maritza.

“Chica, estuve con Declan.”

Contesta casi de inmediato.

“¿Quién es Declan?.”

“Es el chico de la gorra café que ha estado visitando la cafetería, junto con sus amigos los escandalosos, acuérdate.»

Aparecen puntitos moviéndose continuamente. Ella está escribiendo.

“Claro que se quién es el bombón, es una pena que el otro tenga novia, pero estoy muy feliz porque ya hablaron.”

“Para empezar me dio un susto de muerte, jajaja.”

“No omitas detalles. ¡Cuéntamelo todo!”

Suspiro para mis adentros, sonrío como tonta y empiezo a escribir el mensaje más largo hasta el momento de la historia.

El día está despejado y el cielo resplandece con una luz propia, que podría dejar ciego a cualquiera. El viento comienza a enfriarse, la piel de los brazos se le eriza. El maestro de su clase ha avisado que no llegara, el resto del día harán reuniones internas, lo que significa que tiene tiempo libre y sale al jardín para adelantar parte de sus tareas, antes de irse a casa. A lo lejos puede ver a Karla, junto a ella se encuentra Ana. Charlan animadamente, pasa frente a ellas, deseando en su interior que no lo llamen. Puede sentir su mirada penetrante en su nuca.

—¡Oye Declan! —suspira para sus adentros—. Espera por favor.

Gira sobre su propio eje, les sonríe y las saluda con la mano. Ambas se acercan cada vez más. Él se percata de que Ana tiene más maquillaje de lo normal. Karla se hace el fleco a un lado para ver mejor, un gesto pícaro que la delata pone en alerta a Declan; está haciéndola de cupido

—Qué bueno que te alcanzamos. ¿Quieres acompañarnos al café?

—Depende...

—¿De qué? —Ana contesta demasiado rápido, él no está acostumbrado a sus intervenciones, porque suele ser una chica reservada.

Además, que prefiere mantener distancia para evitar que malentienda sus palabras, como suele hacerlo su prima.

—Depende, si no ha olvidado su cerebro en casa —dice su prima y ambas comienzan a reír.

—Jaja, muy graciosa. Me refería a la hora, tengo que entregar varios proyectos y no tengo tiempo, aunque la verdad, si quisiera ir.

—¡Por Dios, ya es tarde! —Karla revisa su celular y sin tiempo a que digan algo, echa a andar—. Bueno chicos, tengo que irme, Samuel ya me está esperando para comer en el *Café con canela*. Bye.

Antes de que Declan pueda decir algo, una excusa para evitar quedarse solo con ella, huir, Ana le gana la palabra.

—¿Te parece si caminamos juntos un rato? —la inocencia de su rostro le impide decirle que no.

El viento comienza a soplar, y hay algo en él, edemas del inexplicable frío que lo hace sentir como si algo estuviera mal. Ana habla y habla, nada importante en verdad, mientras mueve sus manos en todas las direcciones posibles, cuando se toca el cabello, es el momento en el que sus extremidades están menos inquietas. Él se encuentra perdido en su mente, no escucha nada de lo que sale de su boca, solo el sonido de la brisa entre las hojas de los árboles; pero esta absorto en sus labios. De reojo, puede ver que se su piel blanca se encuentra ligeramente ruborizada y que su mirada la tiene fija en el pavimento. Necesita verla. Un instinto, un presentimiento lo obliga a ir con ella. A ser sincero.

—Está bien.

—Genial, porque muero por un café —no sabe porque ha accedido o porque se ha dejado arrastrar en la trampa de su prima— ahí nos reuniremos con Karla.

Siente un gran alivio al saber que estarán con su prima y Samuel en la cafetería. Es solo que no quiere hacerle daño.

Se concentra en sus palabras, con la mirada al frente y con una sensación extraña por dentro. Sabe lo que ella siente por él, lo ha sabido desde antes de que Karla se lo dijera. Siempre lo ha visto en sus ojos, tan transparentes como el agua. Pero él no puede sentir nada más allá de una

simple amistad. Los sentimientos no se pueden forzar.

Ana juega con su cabello, nota que él está inquieto, distraído. Cuando doblan la esquina, las hojas marchitas de los árboles que no han sido barridas de la calle son aplastadas por sus pasos. En cuanto el lugar al que van es divisado por sus ojos, el joven siente el corazón acelerado y le cuenta un mal chiste, para romper el silencio incómodo, para que no note su nerviosismo, ella se ríe, es un alivio que le haya encontrado la gracia, aunque no la tenga.

Por fin la ve otra vez.

A través del vidrio de las enormes ventanas del lugar, ve una larga cabellera rubia que llama su atención. Podría reconocer ese perfil sin dudas. Este no es el tipo de lugar que ella suele frecuentar.

Entran en el lugar, la campanita sobre la puerta suena, pero nadie voltea a verlos, las meseras están ocupadas. Karla les hace señas desde la mesa en la que se encuentran, está sola, sorbiendo lo que queda de su frappé, con una enorme sonrisa en la cara. Cree que su plan ha funcionado cuando los ve llegar juntos. Al otro lado ve a Astrid, atendiendo a la chica de cabello del color de la espiga, no puede ver su cara, puesto que su cuerpo le impide hacerlo. Esa chica es Paula.

—¡No vas a creer quien está en esta cafetería Declan! —Karla se inclina sobre la mesa para contarle el secreto.

—¿Quién puede ser tan importante para llamar tanto tu atención? —se quita la gorra para revolverse el cabello.

—También debería llamar la tuya.

—¿Por qué? —intenta sonar indiferente, aunque por dentro su inquietud es máxima.

—Es...Paula —la voz de Ana se escucha temblorosa al decir su nombre. Ella si la ha visto cuando entraron —, siempre me ha parecido cruel, me recuerda mucho a Regina George de Chicas pesadas.

—Oye sí, es cierto —las chicas chocan sus manos mientras Ana se sienta en una de las sillas vacías.

—Definitivamente es Paula —su presencia en ese lugar le da un mal presentimiento—, cuando yo llegue, ella ya estaba ahí. Se ha dedicado a torturar a las pobres meseras. Ya sabes cómo es, no hace falta que te diga más.

—Y vaya que lo sabe hacer.

—No sé cómo fue que tuviste una relación con esa chica.

—Yo tampoco —suspira para sus adentros.

—Sucede que a Declan le gustan las complicadas —comenta Samuel mientras se acerca a la mesa con un postre.

Las chicas continúan con su charla superficial, a él no le interesa involucrarse, está intrigado. Ha quedado de espaldas a su mesa, así que voltea sobre su hombro, alcanza a ver a Astrid retirándose con la cabeza gacha. Gira su cuerpo un poco más para ver mejor y lo comprueba.

Es como medusa, tan fría y mala. Aunque Paula si puede ver su imagen reflejada. Ella sostiene un pequeño espejo, en el que se puede observar su rostro. Es ella. Nadie más se pintaría los labios de un rojo tan intenso.

Su mirada rebota a través del espejo para hundirse sobre él.

Enciendo la luz fluorescente del reloj de mesa y veo que son las 5:00 am. Es una de esas madrugadas, en las que quiero huir, quiero soñar, necesito soñar. Me muevo de un lado a otro, intentando volver a conciliar el sueño, pero ya no me es posible. Así que, por falta de opciones, me dispongo a elegir una nueva lectura hasta que el sol salga.

Oigo el crujir de las hojas secas de la calle mientras camino. Llego a la cafetería y me doy cuenta de que a Sarah se le ha hecho tarde. Bueno, no tarde. Generalmente ella siempre llega media hora antes de abrir. Me alegro de haberme puesto unos pantalones; me siento en el suelo, recostada en la puerta principal, a esperar. No debe de tardar en llegar. Un pequeño pájaro empieza a revolotear, a dar círculos cerca de mí. Es tan pequeño y regordete que no sé cómo es posible que sus alas puedan soportar su peso. Termina posándose en una rama del árbol que está en la jardinera. Se acicala. Él es libre y puede hacer lo que quiera. La presencia de Maritza me saca de mis pensamientos, al ver su sombra en el pavimento. El ave vuela, alejándose. Y yo solo puedo verlo volar.

—¡Pero que milagro! ¿Tu papá te corrió de casa? —ella también habla al hacerme señas, dice que no puede evitarlo. Sus rizos bailan frente a su cara mientras que su risa resuena a dos cuerdas más— Jajaja. Ya, en serio chica.

Le explico con jerga popular de señas, que no he podido dormir y decido caminar al trabajo. Normalmente llego tarde, así que comprendo que este asombrada.

—Vale ...es muy raro que Sarah no haya llegado aún —se acomoda en el suelo junto a mí.

Justo cuando su boca termina de hablar, la figura de Sarah aparece en la esquina. Se le ve un poco decaída y camina más lento de lo de costumbre. Estornuda, se detiene un momento para limpiarse la nariz, Maritza se levanta de un salto. Yo permanezco sentada en el suelo, observándola. Ella se ha quedado sin palabras y puedo ver una ligera nota de preocupación en sus ojos. Sé cuánto quiere a Sarah. Ambas la queremos, ella está igual de angustiada que yo, o incluso más. Por alguna razón, quiere ser la protectora de todas las personas que son importantes en su corazón.

Sarah levanta la mirada y nos saluda con la mano, sonrío en la distancia. Cuando está lo suficientemente cerca por fin habla.

—¡Ay, muchachas! ¿Han llegado temprano o a mí se me ha hecho tarde? —suelta una pequeña risa, intenta disimular.

—Creo que es lo segundo, Sarah —su voz tiembla, falla al querer ocultarlo. Me levanto y pongo mi mano sobre su hombro—. Empezábamos a angustiarnos. ¿Qué ha pasado para que la reina de la puntualidad llegue tarde?

Maritza usa su tono sarcástico para tratar de ocultar su preocupación.

—No es nada grave lindas, una simple gripe, pero a mi edad se siente como si me aplastaran los pulmones cada vez que respiro. Ya he ido al médico, estaré bien. Necesito una taza de té mágico, así que entremos, que lo necesito con urgencia.

La mañana transcurre de manera tranquila. Esparciendo azúcar por aquí y betún con sabor a vainilla por allá, los clientes pidiendo más café y las flores marchitándose. Miro el reloj de pared, van a ser las dos de la tarde. Declan estará por salir de clases, espero que pase a la cafetería.

La campana suena. Unas chicas entran, son muy guapas, una sobresale más que la otra, tiene

su cabello demasiado largo, sus labios demasiado rojos y gruesos, cejas perfectas. Me mira directamente por algunos segundos, levanta la ceja izquierda, sin ninguna otra expresión en su rostro. Toma asiento en una de las mesas de mi lado, inmediatamente tomo un menú y voy a su mesa para ofrecérselo. Ella ni siquiera voltea a verme, lo toma de manera mecánica y sin dar las gracias siquiera.

—Un café negro, cargado —me lo devuelve al tiempo que saca su estuche de maquillaje, me doy vuelta—. Y caliente —le sonrío, como símbolo de que estoy enterada.

Paso el pedido. Carmen cobra en caja, masticando y haciendo burbujas con un chicle, algo que yo nunca he podido hacer; posa su mano sobre la mía, la aprieta. Imposible ocultar que esa chica me ha intimidado.

«Si necesitas que yo me encargue, lo haré».

Es una chica muy dulce y amable, pero declino su ofrecimiento. No puedo ocultarme de las personas que no me comprenden todo el tiempo, de vez en cuando tengo que enfrentar mis propias batallas.

—Oh, ahí estás. ¿Por qué has tardado tanto? Al menos espero que el café este caliente —lo dejo junto a su laptop, y me voy, entonces recuerdo que... ¡he olvidado el azúcar!

—¡Oh por Dios! —siento sus ojos clavarse detrás de mi espalda, mientras voy a toda velocidad por sobrecitos—. Es increíble, que pésimo servicio, ¿Cómo pudiste olvidar azúcar para mi café?

—Ósea, de verdad no entiendo cómo puedes olvidar algo tan básico en tu trabajo —dice la otra chica que la acompaña, mientras se lima las uñas.

Prefiero evitar mirarla directamente a la cara, presiento que no soy de su agrado. Junto mis manos como si fuera rezar, a manera de disculpa. Es absurdo, pero no encuentro otra forma de hacerlo, de decirle que realmente lo siento. Su expresión hostil parece suavizarse. Pero no. Ella simplemente no tiene expresiones.

—¿Pretendes quedarte ahí parada toda la tarde, o qué?

Nuevamente, sonrío. Y me voy con la cabeza gacha. Maritza sigue atareada con sus órdenes que ni siquiera se percata de lo que acaba de pasar, y es mejor así. Ya ha tenido demasiadas peleas con clientes como esa chica por mi culpa. Veo a Carmen de perfil mientras hace cuentas; no sé cómo puede concentrarse mientras escucha música. Me gustan sus lentes redondos. Se da cuenta de que la he observado.

«Clienta difícil, ¿eh?»

Ella señala con la mirada hacia la mesa de las chicas, yo asiento con la cabeza

«Yo la terminaré de atender si me ayudas a hacer el corte de caja, ¿está bien?»

¡Esperaba que lo dijera! No quiero volver con las chicas de esa mesa.

«Por cierto, Sarah se sentía mal, me ha dejado las llaves para que cerremos el lugar y me dijo que se las podía entregar a ti o a Maritza, para abrir el día de mañana»

Me quedo con la nota entre mis manos. Ya no creo que sea una simple gripa lo que está molestando a Sarah.

Me quedo mirando hacia la ventana, el cielo está despejado y cualquiera diría que es un lindo día. Pero nadie sabe qué tan despejado puede estar uno por dentro. Por ejemplo, yo, en estos momentos, estoy nublada. Hay días que me gustaría archivar en el cajón de mi vida y tomarlo solo como una referencia, pero lo cierto es que no puedo hacer eso.

No puedo borrar este día de la memoria o por lo menos las últimas dos horas. Qué más quisiera, que existiera un botón de reinicio, o un botón para borrar a las personas que no me entienden. Que no conocen el mundo más allá de su burbuja de perfección. Yo desearía tener la

propia. Mi mundo perfecto no más lejos de mi nariz. Tengo tantas cosas en la punta de la lengua que quisiera decirle a esa chica; pero, aunque encuentre la forma de hacerlo, sé que ella no lo comprendería. ¿O sí? Tal vez estoy siendo demasiado prejuiciosa con alguien que solo me ha pedido café.

La tarde se me va recordando a ese chico, en lo fácil que podemos pasar horas charlando, o mejor dicho escribiendo y mandándonos mensajes por la noche. La mayoría de las veces hablamos de cosas sin sentido, eso me gusta. Me agrada ser yo con él. No puedo evitar sonreír y sentirme al mismo tiempo, tan boba al ver mi rostro sonrojado en el reflejo de la ventana.

Una hoja de papel danza frente a mi cara, mientras recojo los platos de las mesas, es Carmen sosteniéndola, tiene una pregunta escrita: «¿Te dejo las llaves?»; en ese instante Maritza se acerca a nosotras, con el chongo de cabello desasiéndose por todos lados; hemos tenido mucha actividad. Y lee la nota.

—¿Cómo que te dejo las llaves? ¿Qué pasa chicas?

—La señora Sarah no se sentía bien y me encargo que les entregara las llaves —Carmen a veces habla con demasiada formalidad para una adolescente.

Maritza me mira con cara de incredulidad, los ojos se le abren tanto que me inquieta. Y la entiendo, jamás, desde que conozco a Sarah, se había ido a casa sin cerrar ella misma las puertas de la cafetería. De pronto, el lugar se siente más helado que de costumbre.

Sé exactamente lo que pasa por la cabeza de Maritza.

He pedido la tarde libre...para lavar trastes sucios y otras labores domésticas, que he estado dejando para después para salir por las tardes con Declan. Carmen fue muy amable al aceptar cubrir mi turno. Mi padre va a llegar tarde y Luis Daniel estaría solo demasiado tiempo, así que decidí tomarme un espacio para pasarlo con él. En este momento está trepando el árbol del patio. Adoro verlo divertirse. Lo ha hecho cientos de veces, me asombra demasiado su habilidad entre las ramas; parece que ha nacido entre ellas.

Una mano aferrada a la rama y se impulsa con las piernas, lo veo acomodarse el cabello que le cubre los ojos.

El agua fría sigue saliendo del grifo, se torna de un tono rojo. Me he cortado un dedo con un aspa de la licuadora que estoy lavando. Arde al contacto con el jabón. Observo como se va formando una gota de sangre, para luego caer en el agua.

¿Qué somos? ¿Qué somos Declan y yo? Siento que hay cosas que ha evitado contarme, y aunque hemos pasado mucho tiempo juntos, en realidad no sé qué tipo de relación tenemos. ¿Amigos? Creo que eso somos. No lo he besado, sin embargo, a veces no puedo dejar de mirar sus labios. No creo que sea por falta de comunicación, porque siempre estamos listos con una libreta y una pluma. ¡Qué difícil!

¿Seremos una herida abierta permanente? Él, ¿estará herido? ¿Será que solo soy yo, la única que siente esto? Pero si no hay nada, ¿cómo es que puedo sentir o es solo algo que siento yo? Estoy pensando demasiado las cosas. Solo debo preguntárselo directamente. Eso haré. No tiene caso inventar historias en mi cabeza.

Me vuelvo a cortar. Un poco más la misma herida, esta vez sangro con intensidad, el agua se torna de un color rojizo. Vuelvo mi mirada hacia la ventana, no veo a Luis Daniel entre las ramas. Yace tirado en el suelo, inconsciente. ¿Desde hace cuánto tiempo?! No lo sé. Me quedo inmóvil, parada sin hacer nada. El vaso de la licuadora se resbala entre mis dedos. El vidrio se esparce por el piso de la cocina. El aspa aún tiene mi sangre. Son momentos como este, los que me hacen odiar mi condición. Odiarme a mí misma, por mi incapacidad. Por no escuchar el momento del accidente.

El goteo del grifo es lo único que interrumpe el silencio a mi alrededor. Un chispazo de adrenalina me devuelve a la realidad, como una descarga eléctrica en el cuerpo que me hace reaccionar. Salgo corriendo al patio, tiene un golpe en la cabeza, su cabello esta mojado, sangra. Siento que el piso sobre el que estoy parada se mueve, me mareo. Pero no me puedo dar el lujo de ser débil. Tengo que llevarlo a urgencias. Entro a la casa buscando las llaves del auto. Acomodo a Luis Daniel en el asiento trasero, trato de no moverlo demasiado. ¡Su carnet! Regreso a buscarlo. Estaba en la sala, recuerdo haberlo visto por aquí. Rebusco entre las carpetas de papeles inútiles, lo que no me sirve va a parar al suelo. Todo es inútil en este momento. No está, ¡No está! ¡¿Dónde rayos...?! Hay frío dentro de mi cuerpo.

Me dejo caer sobre el sofá. ¿Cómo es posible que no pueda hacerme cargo de mi propio hermano? Una carpeta azul, mal colocada después de mi alboroto cae al suelo... ¡Ahí está! ¡Gracias Dios! Siento que el alma me vuelve al cuerpo. Salgo disparada hacia urgencias.

Conduzco lo más rápido que mis manos temblorosas y mis nervios me permiten. En cuánto llego a la clínica, una enfermera se ofrece a ayudarme a cargar a mi hermanito. Está diciendo incoherencias, pobre, el golpe debió haber sido fuerte. Observo, a cierta distancia, como limpian

la sangre. Luis Daniel continúa medio inconsciente, las enfermeras pueden trabajar de manera tranquila. La herida tiene alrededor de cinco centímetros de largo, no es grande, pero se me retuerce el estómago al verla. Un médico entra en la habitación de urgencias, empieza a suturar. Otra enfermera le pasa los utensilios que le va solicitando. Luis Daniel despierta, mis ojos se llenan de lágrimas, él estira su brazo, me acerco y tomo su mano entre las mías. Sollozo. Soy la peor hermana del mundo.

No sé qué va a pensar mi papá de mí.

—Astrid, me caí del árbol.

La única recomendación que nos ha hecho el médico es que no trepe árboles por lo menos una semana. Ahora mismo ya se encuentra descansando en su habitación. Papá ha llegado; cuando se entere de lo ocurrido me creará una irresponsable.

No encuentro la manera de decirle lo que paso, le digo que me acompañe a ver a Luis Daniel. Él se le queda mirándolo fijamente. Veo que su expresión cambia, denota preocupación. Siempre está preocupado. Se acerca a su cama, le acaricia el cabello, mis ojos se comienzan a nublar. Se pronóstica tormenta, todavía tiemblo por dentro. ¿Qué es lo que ven sus ojos? ¿Qué significa su mirada?

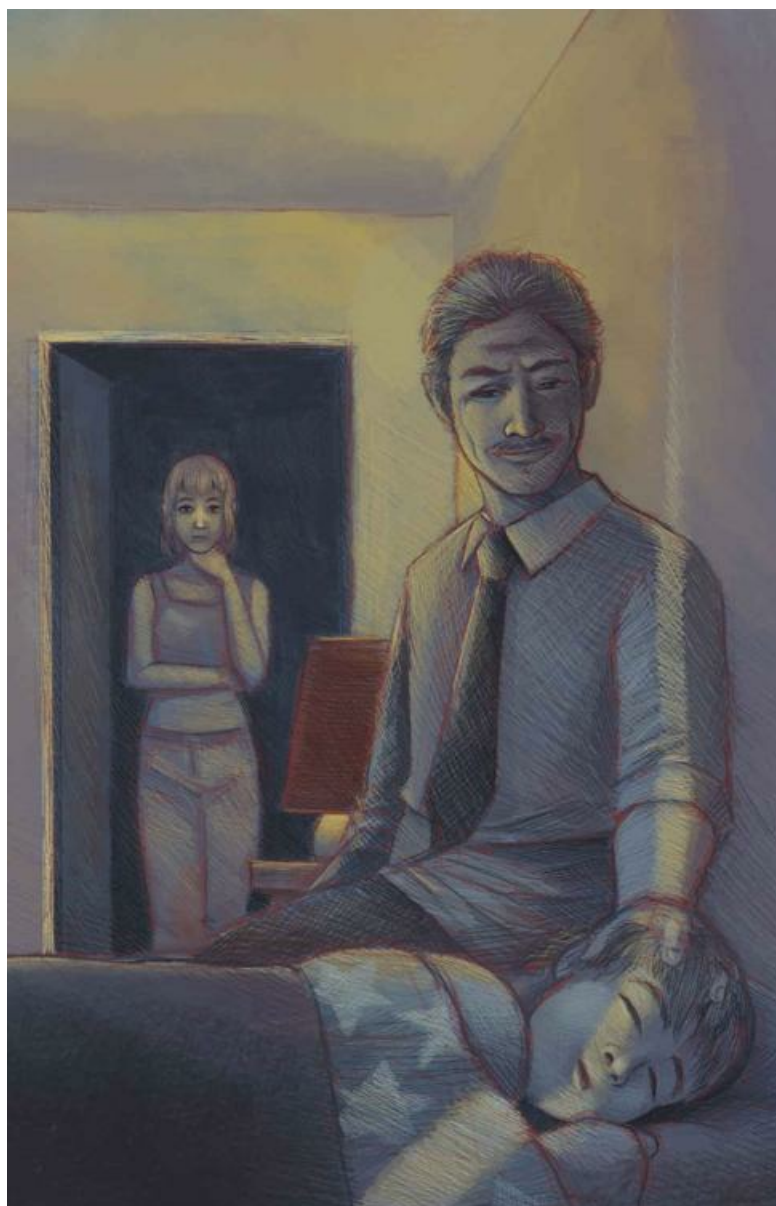
Mi padre solo me observa con ternura, en esa mirada en la que me gusta verme reflejada no hay rabia ni enojo, produce que el peso sobre mi espalda se desvanezca.

—Estoy orgulloso de ti hija, actuaste rápido. Lo llevaste a urgencias —mis ojos van a llover en breve—. Nunca dudes en mandarme un mensaje, no importa que no sea importante. Tu hermano y tú, son lo más valioso que tengo en esta vida —me abraza y me da un beso en la frente.

Una cascada sale de mis ojos a pesar de que intento reprimirla mordéndome los labios. Me transmite calor con sus brazos, puedo oler su perfume a madera del bosque, Inhalo profundo antes de cerrar los ojos.

Dejamos al pequeño seguir descansando. Regresamos a la sala y vemos un capítulo de *Friends*, mientras comemos palomitas. Valoro mucho estos momentos con mi padre. Sin necesidad de hablar, o reír a carcajadas, simplemente estar uno junto al otro.

Aquí y ahora.



Una bebé de tan solo dos años se encuentra jugando en el piso de la cocina, mientras su madre lava los trastes sucios. Las ollas enormes se han acumulado a un costado del lavaplatos. Es una mañana fresca, el agua del grifo es refrescante y el sol entra por la ventana. El teléfono suena al otro de la cocina, la madre coloca una sartén en el escurridor, se quita los guantes de plástico llenos de jabón, se acomoda el cabello de la cara y se apresura a contestar. La pequeña con las mejillas regordetas y rosadas, sigue con sus juguetes de colores, figuras geométricas que tiene que hacer entrar en una esfera.

Un ruido estruendoso se apodera de la habitación; todo cae al suelo, los platos se rompen en un montón de pedazos. La madre atemorizada por lo que le puede pasar a su hija, sale corriendo a la cocina. Se olvida de la llamada. Su interlocutor se queda hablando solo. El asombro es enorme. La pila de ollas y los sartenes recién lavados, pedazos de los que antes eran trastos, han perdido el equilibrio, todo está por los suelos. Todo ha caído muy cerca de la niña.

El ruido se llega a escuchar hasta la otra habitación, sin embargo, ella no se inmuta ante el alboroto. Está riéndose, mueve sus piernitas y aplaude con sus pequeñas manos. Se gira, ve a su madre en la puerta de la cocina; solo muestra dos dientitos y arruga la nariz.

Es un gesto adorable, pero su madre esta tan espantada que el instinto dentro de su cuerpo la impulsa a abrazarla. Solo de esa forma siente que el corazón regresa a su pecho.

¿Ella no ha escuchado nada?

Al día siguiente, sus padres la llevan al médico y le cuentan lo sucedido. El especialista decide hacerle exámenes de audición y al ver los resultados, llega a la conclusión de que ella es sorda. Fue una noticia tremenda para la familia. ¿Cómo van a lidiar con eso? ¿Cómo será la escuela para ella? ¿Cómo será su futuro?

El preescolar es más difícil de lo que piensa. Ella no entiende porque no es como los otros niños, porque ella no posee una voz. ¿Por qué no habla como los demás? Esa es la pregunta que siempre está en su cabeza, dando vueltas. La pequeña niña, se siente frustrada, aunque todavía no conoce el significado de esa palabra; pasa días en el suelo gritando y pataleando. Sacando las ganas de gritar con una voz que no sirve de nada, porque no la puede usar. ¿Cómo aprender la palabra agua o muñeca si nunca la has escuchado? ¿Si nunca has escuchado a alguien hablar?

En ocasiones, su madre sostiene sus manos bajo el agua, mientras escribe sobre su brazo la palabra agua o simplemente mueve sus labios, muy lento y deletrea lo que quiere que su hija comprenda. Con los dedos sobre las manos de su madre, ella aprende a sentir las vibraciones que producen las palabras al ser emitidas, aprende a producirlas ella también y logra decir algunas palabras claras, pero fueron muy pocas.

La mayoría de las palabras que logra pronunciar suenan muy graciosas o incluso a ruidos que un bebé dice cuándo empieza a hablar. Pero también se da cuenta de que puede leer las palabras en los labios de las personas. Su madre habla muy pausado para que pueda mencionar las sílabas y al final hacer un intento de pronunciar la palabra completa. Con su hermano pequeño la cosa es más divertida, la hace pronunciar los nombres de los pokemón, o de los personajes de las caricaturas que más le gustan. Prefiere quedarse con el método de la lectura de labios. No puede ir por la vida tomando de las manos a medio mundo para sentir la vibración de su voz, así que con el tiempo aprende a perfeccionar su técnica.

Cuando se convierte en adolescente, intenta aprender a conducir. Incluso coloca un letrero

que dice: “Toca el claxon todo lo que quieras, soy sorda”. Efectivo para que la gente dejara de hacer escándalo y no siguiera molestando a los demás conductores, pero para la chica a veces es demasiado. La gente lee el letrero y al pasar junto a ella, las personas la miran, y en el fondo sabe que la sonrisa que le dedican, es producida por la lástima.

La tecnología fue un gran apoyo para la chica, ya que está creciendo y con el aparato auditivo que sus padres le compraron, muy práctico y discreto, que queda oculto por su cabello; nadie sabe que está allí, por lo cual nadie pregunta y es que si la gente sabe que puede ser escuchada es más fácil para ellos decirle algo a ella. Porque no muchos conocen el lenguaje de señas o simplemente, no saben decir las cosas con sus manos. Y la última opción, no quieren hacerlo.

Hasta que descubre la bicicleta y su encanto, se puede sentir ella misma. Dar paseos en ella, ignorar a la gente que la mira raro. Ya no necesita letrero en ningún lado. Solo requiere de sus ojos abiertos de par en par para sentirse normal y el viento sobre su cara.

“Hola, soy Declan”

Leo el mensaje varias veces, me cuesta creer que de verdad esto está pasando. La palabra escribiendo vuelve a aparecer.

“¿Te gustaría ir al cine conmigo?”

Tengo que parpadear un par de veces, volver a leer el mensaje antes de que mi cerebro pueda procesarlo, mis dedos parecen tener la respuesta antes que yo.

“Hola, me encantaría.”

Hoy domingo, tengo una cita con Declan. Iremos al cine, sé que es algo muy simple, pero es especial. Hace mucho tiempo que no salgo con un chico. He decidido ponerme un vestido verde, de tela ligera, con encaje en el pecho del mismo color. El que mi papá mando a hacer, idéntico al que tiene puesto mi madre en la fotografía de la sala. Donde se ve hermosa. Me siento abrazada por ella. Decido combinarlo con unos zapatos en color nude, con un tacón bajo y accesorios pequeños. No soy de usar demasiados y cuando los uso, prefiero que sean discretos. Tomo un bolso pequeño, guardo las cosas primordiales y salgo de casa. Luis Daniel no para de hacerme burla porque por fin, oficialmente se puede decir, saldré con un chico. Mi papá con su preocupación impregnada en la cara es difícil de ignorar.

—Si se pasa de la raya, háblame y voy por ti —mi padre me está sobreprotegiendo, pero también sé que en el fondo se alegra por mí.

Le doy un beso en la frente y me dispongo a salir, cuando mi hermano empieza a canturrear una canción.

—¡Son novios y se besan sus bocas! ¡Son novios y se besan sus bocas! ¡Ja! —el baile de la burla es lo único divertido en este momento—. Te gusta el chico que toma capuchinos.

Cierro la puerta tras de mí con una sonrisa en la cara. Son un par de imposibles. Papá se queda en la ventana.

A veces me siento tan extraña en mí misma al poder escuchar sus voces, aunque sea en un eco y no poder reconocer la mía. A no saber que tengo una siquiera. Camino unas cuerdas para poder tomar un taxi y me lleve a la plaza comercial donde se encuentra el cine. Veo a la gente pasar, caminar en las banquetas. Un niño da vueltas en su bicicleta mientras su madre intenta detenerlo. Sé que no podrá hacerlo. Veo tanta felicidad en su rostro, que puedo imaginar sus carcajadas. ¡Quién fuera niño otra vez! Me da mucha nostalgia.

El taxista se detiene en un semáforo. Me quedo observando por la ventana. Una pareja de ancianos cruza la avenida. Se detienen a medio camino de cebra, para besarse como si estuvieran en su primera cita, como si fuera el último que la vida les fuera a permitir. Ríen y continúan caminando tomados de la mano como para no perderse nunca el uno del otro; se miran a los ojos como si fuera el último día. Ojalá yo encuentre un amor eterno. Uno para toda la vida, y para toda la muerte.

El taxi se detiene afuera de la entrada principal de la plaza, le pago al conductor y justo antes de bajar me pide amablemente que me cuide mucho, debido a la situación de inseguridad que hay actualmente. Da miedo. Tantas desapariciones, casos sin resolver, otros viviendo en como si nada pasara; la paz y la tranquilidad salieron de vacaciones, nadie sabe cuándo volverán. La esperanza sigue con nosotros, pero aún no sé cuánto tiempo más resistirá. Le agradezco con la mano y le digo adiós.

Levanto la mirada y veo a Declan, recargado sobre una pared; la chamarra de mezclilla que trae puesta hace que me parezca más guapo y hasta podría decir que más alto, tengo que apresurarme, llegar a él. Cuando me ve, unos hoyuelos se dibujan en su rostro. Una voz interior me dice que todo saldrá bien, que esto es bueno, una señal de que no tengo nada de qué preocuparme. Que es bueno vivir, vivir de verdad, con los sentimientos libres y la piel esperando una caricia. Él me saluda con su mirada, me abraza y tiene que inclinarse un poco para poder darme un beso en la mejilla. Mi piel se eriza inmediatamente, son los nervios recorriéndome la piel. Una risa pequeña se dibuja en mis labios. ¿Deberíamos definir lo que somos? Me toma de la mano y entramos.

Ojalá que el tiempo se detuviera en este preciso instante.

Nos formamos en la fila para comprar palomitas, de vez en cuando nuestras miradas fugaces se encuentran, se buscan. Porque esos segundos en los que conectamos, una chispa se enciende, se aviva. Han pasado veinte minutos desde que estamos aquí. Puedo ver las expresiones de las otras parejas que están con nosotros en la fila; hablan, se hacen caricias, bromean, se ríen juntos. Declan y yo estamos en silencio, uno que no es incómodo. Tal vez sea la primera vez que él pasa tanto tiempo de esta manera, para mí, ha sido toda la vida, hasta hoy, más que nunca, quisiera poder decir algo. Algo sobre su cabello, sobre sus ojos cuando me miran, sobre la curvatura de sus labios o ese lunar que tiene junto a ellos. Quizás se pueda aburrir. Me quedo mirando mis zapatos, con la cabeza agachada. Unos toquecitos en mi hombro me regresan a esta dimensión, es Declan, sosteniendo una pequeña nota.

«Te ves hermosa, Astrid»

La tomo entre mis manos. Esto es algo que guardare. Me abraza y nuevamente siento que no hay nada que pueda salir mal. Me volteo de espaldas hacia él, yo también voy a escribirle algo. Algo que guarde hasta que decida que se acabe la eternidad. Giro sobre mí misma, y sonrío, sintiéndome una tonta cursi. No escribo nada cursi, pero así me siento.

«El café de tus ojos me quitan el sueño»

Es una frase muy trillada. Quizás fue demasiado. Él sonrío, y un hoyuelo se dibuja en el lado izquierdo de su sonrisa. Quisiera no parpadear para no perderme ningún detalle de su cara.

—¡Siguiente!

Un chico nos hace una seña, porque al parecer hemos ignorado su llamado. Declan pide palomitas tamaño grande y dos refrescos. Cada vez que está a punto de pedir algo, me miraba para saber si estoy de acuerdo con sus elecciones. Antes de terminar el pedido, me escribe. Saca sus notas pequeñas de color verde fosforescente y su pluma. El chico que nos atiende, nos mira con incredulidad.

«¿Estás segura que ya no quieres algo más?»

Le hago la clásica seña de que está bien. Quiero guardar espacio para un helado después de la función, espero que Declan también tenga antojo de uno más tarde.

Nos acomodamos en nuestros asientos, mientras la sala continúa llenándose. Hago un movimiento brusco sin querer y casi tiro todo al suelo, me siento muy apenada, por suerte solo se cayeron las servilletas, Declan se agacha para levantarlas. A lo lejos, una melena rubia llama mi

atención, espero que no sea quien creo que es. No puedo reconocer a alguien solo por el tono de su cabello, hay muchas mujeres que se lo pintan así que podría ser cualquiera. Sería demasiada mala suerte para una semana. En ese mismo momento, me percató que no me dijo el título de la película que veremos. La sala apaga las luces, la rubia sale de mi vista, solo distingo sombras y la pantalla se enciende. Suspiro, él me mira y pone su mano sobre la mía. Lo que daría por quedarme atrapada con él en este momento.

Ha elegido una comedia romántica, sobre una chica que le tiene miedo al compromiso y un chico que no sabía lo que era el amor, hasta que la conoce a ella. Entre sexo casual, amistades poco confiables y miedos, la película no deja de ser divertida y cliché, hasta en las situaciones más raras y vaya que la disfruto.

Cuando la película termina y se va a levantar del asiento, lo tomo del brazo, muevo mi cabeza para decir no, él entiende y se vuelve a sentar, ahora nuestras manos se entrelazan. Personalmente, no me gusta salir cuando todos lo hacen porque quedan todos amontonados y siento que invaden mi espacio, pero esta vez tengo otra razón. Mi mirada sigue los cabellos rubios hasta que salen de su área de visión, no estoy muy segura si era ella o no, pero prefiero esperar un poco más, lo suficiente para que esa persona se aleje del cine o de la plaza, lo suficiente para no topármela. Una mano pasa frente a mis ojos una y otra vez, es Declan, que se ha percatado de mi ausentismo. Me cubro la cara, porque es algo de lo que no me había dado cuenta que estoy haciendo. ¿Tanta influencia tuvo sobre mí esa clienta que casi arruina mi cita? No le daré el gusto.

Declan tiene sus ojos en mí, llenos de preocupación. Veo sus labios, mi corazón se acelera, no lo pienso ni un segundo y acerco mi rostro al suyo, nuestros labios a milímetros de distancia, puedo respirar su aliento. Siento su mano sobre mi cabello y él acaricia sus labios sobre los míos. Su calor recorre el interior de mi cuerpo hasta llegar al corazón. ¡Que el tiempo se detenga aquí y ahora!

¡¡Bésame!! Solo en eso puedo pensar, no quiero que sus labios se aparten de mí. Tanto tiempo sin sentir y ahora la vida se me va en un suspiro, en un beso. La sala aún no se queda vacía, todavía algunos grupos de personas y otras parejas que al igual que nosotros, esperan que la entrada deje de estar saturada para salir. El calor entra en mi cuerpo, y a pesar de que el aire acondicionado me eriza la piel de las piernas, no existe frío en este momento. No con él.

Una vez afuera de la sala de cine, le digo con señas que quiero un helado. Pero la verdad, es que parece que le estoy haciendo una propuesta indecorosa, así que decido que será mejor que yo lidere el camino a la heladería más cercana, que también está dentro de la plaza. Lo jalo del brazo para que me siga. Yo pido uno de nuez y él de vainilla. Tomamos asiento en una de las bancas que están justo al lado del local de helados. Comemos tranquilamente mientras ambos nos miramos y reímos. Juntos. De nosotros mismos. Me parece tonto y tan romántico al mismo tiempo, que hasta creo que las mariposas que están muertas, han renacido.

«¿Qué quieres hacer ahora?»

«Algo cursi.»

«¿Cursi?»

«Algo así, como caminar un tramo de camino a casa. Aprovechemos que está atardeciendo y podemos ver las primeras estrellas que aparecen en el cielo.»

Declan sonríe, su hoyuelo aparece otra vez para enamorarme sin darse cuenta. Se levanta y estira las piernas. Y justo en el momento en el que él me ofrece su mano para irnos, ella aparece, con un maquillaje impecable que hace que su piel parezca porcelana, está usando una blusa ceñida al cuerpo y una falda circular, ambas en tonos negros que hacen que resalte su piel y el

rojo de su sonrisa; seguida de un par de chicas, también guapas, pero no lo suficiente para opacarla. Lo abraza por la espalda como si yo no existiera, como si no estuviera frente a ellos. ¿Acaso estoy pintada?

—¡Declan! Que sorpresa encontrarte por aquí —me mira de reojo mientras acerca sus labios rojos a él—. ¿Estás haciendo tu obra de caridad del día?

—Paula, deja de hacer eso por favor —la toma de las muñecas, y se gira para quedar de frente a ella, puedo detectar un tono hostil en su voz—, no me gustaba antes y mucho menos ahora.

—¡Ay! No es para tanto. Además, sabes que conmigo no tienes por qué fingir.

—No estoy fingiendo Paula. No tengo porque hacerlo, porque ella es mi novia —me pongo roja de la pena...creo que es oficial...somos novios.

Soy su *novia*. Las amigas de Paula ponen una cara asombrosamente graciosa. “*No puede ser*”, eso es lo que dicen sus caras, y ella, se ha quedado con la boca abierta. Supongo que no está acostumbrada a que las cosas no salgan como ella quiere o espera. La cara de triunfo de Declan me confirma que es verdad. ¿O solo lo dijo para que se callara?

Su *novia*. Pienso en eso y el rubor sube a mis mejillas. Estoy abrazando mi bolso, porque no sé qué hacer. ¿Será prudente que ahora sea yo la que lo abraza?

—La mesera de la cafetería... ¿es en serio, Declan? ¿No pudiste encontrar algo mejor?

La calma que luzco por fuera la necesito por dentro.

—Ella, Paula, es la mejor. Así que, si nos disculpas, mi novia y yo nos tenemos que ir, te agradecería que no nos vuelvas a molestar.

—Tú no me puedes hacer esto.

—No te estoy haciendo algo malo, Paula, nosotros ya no somos nada.

Él me toma de la mano, nos dirigimos a la puerta, me atrevo a dedicarles un “*amor y paz*” con la mano cuando paso junto a ellas y no puedo evitar mi sonrisa burlona. Me siento tan malvada, esto es lo peor que he hecho en mi vida. Sus caras me confirman que siguen anonadadas. Trato de mantener una postura relajada, pero la verdad es que por en el interior de mí, hay un festival de colores y sentimientos.

—Esto no se quedará así, Declan.

La salida de la plaza está atascada de gente, sobre todo de padres que cuidan a sus hijos, que se encuentran saltando en el brincolín con forma de tobogán enorme que colocaron justo frente a lo que es entrada y salida del lugar. Cuando abrimos la puerta, el calor de la tarde nos azota en la cara, hay niños corriendo sin zapatos por todo el lugar chocan con nuestros pies. Me dejo guiar por su mano.

El mundo en un gran silencio, soy ajena a todo el barullo de la escena, pero por primera vez en mucho tiempo, no me siento perdida en un agujero sin fin. Estoy con él. Regresar al interior ya no es una opción, Paula debe seguir rondando el lugar y no planeo encontrarme con ella otra vez. Hay una heladería cerca, a unos cuantos locales de aquí, allá es a dónde vamos.

Dando un vistazo de reojo, veo a Declan de perfil, me encojo de hombros para desvanecer lo que pasa por mi mente, él me ve extrañado, cuando desvíó mi mirada, pasa su brazo por mis hombros, siento su calor. Yo me quedo abrazándome a mí misma. Quizás sea demasiado atrevido, pero yo también quisiera abrazarlo. *Lo hago, no lo hago, lo hago, no lo hago*. Llegamos a la heladería. No lo hago. Y solo puedo sentir como su peso se va.

El lugar tiene mesas con sillas de colores fosforescentes. Nos sentamos en una de las

pequeñas mesas blancas, en una de las esquinas más alejadas. Inmediatamente comienzo a escribir, esto es importante. Rayo con mucha fuerza lo primero que he escrito, no me convence. Volteo hacia la vitrina llena de helados de colores... ¿será que estoy siendo muy directa? Le paso el trozo de papel, con una única pregunta.

«¿Somos novios de verdad?»

Él lo toma entre sus dedos, sonríe al leer la nota y yo también lo hago, creo que me he sonrojado. Toma el lapicero para escribir su respuesta.

«Si. Solo si tú quieres.»

Aprieto su mano, es inevitable no sonreír y me acerco para besarlo. Me envuelvo entre los mejores olores del mundo, el viento mueve sus cabellos rebeldes. Y escribo con letras muy grandes.

«SI»

Acerca su silla a la mía. Y me dejo envolver entre sus brazos y me pierdo entre el bosque de su aroma.

Lo poco que queda de los tonos nacarados del atardecer se confunden con el cielo nocturno, que ha empezado a apoderarse de él. Pequeñas estrellas resplandecen en el manto que difumina los colores. Este día no puede ser más perfecto. Sus ojos brillan por mí. Su mano en la mía se acopla como si hubieran sido hechas para estar de esta manera, para siempre. Me transmite una tranquilidad, que ni el viento más gélido podría perturbar. A excepción de...la mirada dura de mi padre.

La cortina de la ventana esta entreabierta, no lo puedo ver, pero sé que está ahí, observando desde el interior, mientras caminamos. Su preocupación llega a rebasar los límites a veces. Ahora me siento un tanto inquieta, podría apostar que los vecinos también están espiando por el puro placer del chisme, preguntándose si él es igual a mí. Juzgando cada paso que damos.

Llegamos a la entrada de mi casa, nos miramos, su sonrisa es devastadora, y yo solo lucho con mi interior para evitar ser consumida por los nervios que me provoca. Él me besa en los labios, un beso rápido, como un instante. El pequeño apretón sobre mi mano me dice más que mil palabras. Me dice adiós con sus ojos.

Me quedo de pie en la puerta, mientras lo veo alejarse, hasta que lo pierdo de vista es cuando decido entrar a casa. Nada ni nadie podrá quitarme este sentimiento de felicidad que parece infinita. Suelto el aire que tengo contenido para armarme de valor.

Luis Daniel ve caricaturas en el sofá de la sala. Y mi padre, con el semblante severo, recargado a un lado de la puerta, con las manos en las bolsas de los pantalones. Trato de mantenerme “normal”, no ha pasado nada para que este de esa manera, así que lo saludo como de costumbre, después le planto un beso a mi hermano en su cabello, me voy a la cocina por un plato de cereal para cenar y sentarme en el otro sofá en la sala. Dejo la bolsa sobre la mesa, voy por un tazón hondo. Cuando cierro la puerta del refrigerador, mi papá está al lado, doy un brinco del susto, que la leche se me cae de las manos, por suerte, solo la caja se ha deformado de una esquina y no hay derrames que lamentar. Trato de esquivar su mirada, pero el toque de su mano sobre mi hombro me da a entender que va a decirme algo, no puedo seguir evitándolo, dejo el cartón de leche sobre la mesa.

—Sé que has estado viendo muy seguido a ese muchacho últimamente —titubea, mientras busca las palabras.

Me siento en una silla sin quitarle mis ojos de los suyos. Él se queda de pie, se pone los dedos sobre la nariz, apretando su puente. Siento una incomodidad porque permanece de pie.

—Astrid, yo te quiero mucho, hija, pero te lo tengo que decir —suelta un suspiro antes de continuar—, no me gusta ese chico, hay algo en él que no terminarme de cuadrarme —trato de decir algo, pero el me interrumpe—, no, déjame terminar. Creo que te estás adelantando, tómatelo con calma, ¿sí?, yo sé que debo dejar que hagas tu vida, pero prométeme que vas...a tener cuidado.

Le digo que él no es como piensa. Su mirada se suaviza un poco, pero su semblante muestra claramente que sigue preocupado. Mi papá solo se revuelve el cabello, para luego quitarse de la entrada de la cocina y dejarme el camino libre para irme, pero él se va antes que yo sin decir nada más y sin volver a mirarme. No tengo más respuesta para eso. Me acaricia el cabello como a una niña chiquita que llora por cualquier tontería. Me lleno de su aroma antes de irme a mi habitación.

No es común que tengamos diferencias, sobre todo en algo tan personal como esto. Nunca antes se ha opuesto a mis pocas relaciones, así fueran solo de amistad. No entiendo porque cree que Declan no es como se muestra. Creo que no se hubiera tomado la molestia de decir que soy su novia ante una chica mucho más guapa y que puede hablar de manera normal. ¿Por qué lo haría si no es porque de verdad es sincero?

Al final del día, si hubo algo que lo hizo oscurecer, con una negrura que no deja que nada brille en ella. Siento una espina en el pecho. Esta sensación de que lo estoy lastimando no me gusta, y al mismo tiempo me parece tan injusta. ¿Qué debería hacer? ¿Quedarme esperando algo que no va a volver, viendo como pasa la vida mientras no la vivo? No. Ya no haré eso, no sé si esto que tengo con Declan va a durar mucho tiempo, pero quiero vivirlo.

Me quedo tumbada en la cama con la mirada en el techo, dándole vueltas a las palabras de mi papá, mientras el frío de la noche entra por mi ventana y la cortina beige ondea como una ola en el mar. Y es que Declan me hace sentir diferente, no quiero dejar de andar en las nubes, quiero seguir reviviendo los aleteos en mi estómago. No necesita palabras para estar conmigo y eso es algo que valoro mucho. Aunque no parezca, sé que hace un gran esfuerzo. También sé que mi papá solo quiere lo mejor para mí. Pensamos muy diferente, soy consciente de que a él le cuesta mucho trabajo aceptar los cambios. Ahora que ya somos novios, debo esforzarme por que vea la bondad que yo estoy segura, hay él. ¿Cómo podré hacer que mi papá vea lo que ven mis ojos?

Han pasado varios días desde el encuentro con la ex de Declan, Paula. Tengo el presentimiento de que esta en cada rincón, como un fantasma, un acoso invisible y disimulado. Obviamente mi mejor amiga, Maritza, ya se encuentra al tanto de todo y será mi guardaespaldas si ella se llega aparecer por la cafetería. Ha tenido problemas con su mamá adoptiva en los últimos días, pero eso no es limitante para su amistad. Su alma bondadosa es tan grande, que no alcanzaría el mundo entero para compensarla. No ha querido hablar sobre eso y me gusta respetar su privacidad.

Ahí está ella, con sus rizos danzando al ritmo de sus pies y sonriendo a cada cliente que se encuentra a su paso. Es la chica más fuerte que conozco. Supongo que sea lo que sea, me lo dirá cuando esté lista.

—Gu-a-pa —pasa junto a mí, mientras espero el cambio de la mesa ocho, Carmen está tardando mucho, la noto distraída.

—Lo siento Astrid —da un largo bostezo y se cubre la boca con la mano—, no he dormido bien, tengo exámenes esta semana —eso lo explica todo—. Aquí tienes tu cambio, ¿podrías contarlo y asegurarte de que está bien?

Lo cuento, muestro mis pulgares hacia arriba y me marchó. Carmen deja caer la cabeza sobre un libro. Miro por la ventana y veo que hay un grupo de chicas junto al árbol. De perfil puedo reconocer a Paula, voltea, nuestras miradas se cruzan, ella levanta una ceja. ¿Estará pensando en entrar? Y si no, ¿acaso solo intenta torturarme con su presencia?

—¡Hola hermosa! —Declan me toma de la cintura y me planta un beso en la mejilla—. ¿Qué estás viendo?

Gira su mirada en la misma dirección que yo y la ve. Ahí está con su ejército de amigas.

—¡Rayos! Acabo de pasar junto a ellas y ni siquiera lo note —percibe la seriedad en mi rostro, sabe que estoy tensa por lo que pueda hacer—. No tienes de que preocuparte, Paula, es una niña mimada, pero solo eso, ya se le pasara igual que cualquier otro capricho que ha tenido.

Sonríó, pongo mis manos en su rostro y lo beso en los labios. Escribo sobre mi brazo la palabra “café”, a modo de pregunta, para saber si se quedara un rato. Mueve la cabeza diciendo que sí.

—Necesito mi segunda dosis de café para aguantar el resto de la tarde. Tengo trabajo grupal, pero no quería pasar el día sin verte.

Tomados de la mano nos dirigimos a la barra. Él toma asiento y yo comienzo a prepararle un capuchino, que se, es el que más le gusta. También le sirvo una rebanada de pastel de tres leches con duraznos, mi fruta favorita. Espero que le guste.

—¡Ey Declan! Dichosos los ojos que te ven —Maritza lo saluda con un beso en la mejilla y le da una palmadita en la espalda—. Amigo, ya me enteré de lo de tu ex novia la loca esa, pero no tienes de que preocuparte que mientras yo esté aquí, doña pelos de elote no le tocara ni un hilo de la ropa a nuestra querida Astrid. Palabra de honor.

Declan casi se atraganta con el pastel al intentar reírse por los ademanes exagerados de Maritza.

—¡Oh, cielos Maritza! Es bueno saberlo, puedo retirarme a mis deberes en paz —lo dice al tiempo que se limpia con una servilleta el betún sobre el labio superior.

Estoy encantada de que ellos dos se lleven tan bien. Al inicio Maritza, como es parte de su

naturaleza desconfiada, le cuesta creer en lo que le digo. “*No puede ser tan perfecto como dices*”, me dice en una ocasión. Como de que él es el primero en dar el paso, que escribimos en mi libreta para comunicarnos. Al final terminaba diciendo: «*Vale chica, pero con que te haga llorar le parto la cara*». Sé que si lo hará de ser necesario.

—Oigan, ¿solo yo me imagino a Maritza con armadura de hierro y una espada?

—Jajaja yo me la imaginé con un traje elegante, tipo guardaespaldas. Obvio con lentes oscuros para intimidar aún más —dice Carmen entre bostezos y risas.

Maritza rompe en risa. No puedo seguirles el hilo de conversación, pero supongo que es sobre la manera en que me protegerá del dragón rubio enfurecido conmigo.

—Oye Declan, tengo una duda, ya que estamos más en confianza, te quiero hacer una pregunta, además de que necesito saber todo del nuevo novio de mi amiga.

—Esta bien, pues, ¿qué quieres saber?

—¿Por qué te llamas *Declan*?

—Bueno, es una historia algo divertida, a decir verdad.

—¡Ay, ándale, cuenta, cuenta!

—Pues resulta que mi mamá viajó en su juventud por Europa, e Irlanda fue uno de los países que visitó y ahí conoció a un chico con ese nombre, después descubrió que era un nombre bastante común allá, pero a ella le gustó mucho.

—¿Y a tú papá no le molestó saber que por eso eligió ese nombre para ti?

—Cuando las personas preguntaban, él siempre ponía cara de fastidio; nunca se le ocurrió preguntarle a mi madre que significaba ese nombre para ella antes de aceptarlo —se encoje de hombros y le da un sorbo a su bebida, desdibujando la figura que hice con la espuma—, pero eso era cuando estaban juntos.

—Oh, vaya —Maritza, carraspea. Declan parece no darle importancia, supongo que ya ha pasado por eso infinidad de veces —, pues aquí tu nombre no es para nada común, te doy puntos por eso.

Entre el alboroto veo que, junto a la caja, están las llaves del negocio, otra vez. Sarah se ha retirado nuevamente. Dice que no nos preocupemos, que es algo de rutina, algo normal en su edad, sin embargo, si estoy preocupada. Dos veces en la misma semana, ya no es normal en ella. Lo que, si lo es, son los achaques de la edad y comprendo que todo le afecte más, aun así, no puedo dejar de preocuparme porque es como mi segunda madre.

La señora Alicia está llamando a Maritza, apuesto a que le pedirá algún tipo de endulzante. En un minuto ella regresa.

—Necesito más.... —antes de que termine de hablar, yo ya le estoy dando sobrecitos de azúcar morena, y ella se queda asombrada—. ¿Cómo demonios sabías que te iba a pedir azúcar?

Escribo sobre un post-it. «Siempre pide azúcar»

—¿Cómo es que puedes recordar detalles así? Yo, a duras penas recuerdo sus rostros o sus nombres si me caen bien —no tengo respuesta, solamente levanto mis hombros, como diciendo “no lo sé, es un don” —, gracias chica.

Ella se va a seguir atendiendo. Carmen hace burbujas con un chicle mientras aprovecha el tiempo muerto para seguir estudiando. Yo, me quedo observando las llaves junto a la caja. Un miedo irracional me recorre el cuerpo. Me digo a mí misma que no pasa nada, todo está bien. Y respiro profundamente para relajarme y no pensar en eso. Sarah no nos mentiría con algo tan delicado.

Después de terminarse su café y el pastel, Declan se va de regreso a la universidad, no es que tenga clases a esta hora, pero dice que estar ahí lo obliga a concentrarse. Al parecer a mitad de

semestre es cuando los maestros deciden avanzar más rápido en el temario, eso involucra más tarea y trabajos que realizar. Ni siquiera su prima Karla se ha pasado por la cafetería, y eso es decir que de verdad tienen demasiado que hacer. Adoro que se tome la molestia de pasar a verme.

Además, Carmen, es la viva imagen de que eso es verdad; la pobre se cae de sueño. La campana suena. Las chicas que estaban con Paula entran y se sientan en la misma mesa en la que Paula lo ha hecho la última vez. Pretenden que yo las atienda. Me armo de valor y voy con ellas. A pesar de que me tiemblan las piernas, no pasa nada fuera de lo cotidiano, ni siquiera son groseras. Las chicas, sí, me inspeccionaron con la mirada, pero no fueron más descorteses que el señor Ramiro por la mañana pidiendo su café, la diferencia es que él, después del primer sorbo se pone de buenas, ellas son tan indiferentes a mí, que me sorprende.

Al parecer, eso es algo así, como su estado natural. Desde el otro extremo de la cafetería Maritza observa todo, atenta a cualquier movimiento. Sin embargo, se van como cualquier cliente esporádico que suele visitarnos.

—Supongo que solo vinieron a espiar...o por café —dice Maritza cuando se acerca a mí, sin despegar su mirada de sus espaldas.

«Supongo.»

Abro mis ojos y los aprieto con fuerza, solo ha sido una pesadilla sin sentido, ¿o no? He amanecido con sudor frío en mi frente y la respiración agitada; acabo de tener un sueño bastante extraño. Me levanto de la cama y busco ropa deportiva entre mis cosas, aprovecharé el tiempo ya que he despertado antes de que sonara la alarma.

He decidido hacer cosas nuevas. Por ejemplo, hacer ejercicio. Mejor dicho, salir a correr. Será bueno para mí, confió que me ayudara a relajarme y a tener mejor condición física, que vaya que me hace falta; además podre ponerme al ritmo de los chicos, quizás los pueda acompañar alguna ocasión. Los postres de la cafetería comienzan a notarse en mi barriga. Mi padre está en la cocina y mi hermano frente al televisor medio dormido y medio despierto, aprovechando los quince minutos que tiene antes de que tenga que prepararse para la escuela. Me hago una cola de caballo, me tomo un yogurt y salgo de casa. Le hago una seña a Luis Daniel, para indicarle que regresare pronto, aunque no estoy segura de si me ha visto, pero de todos modos salgo.

Solo tengo treinta minutos, por suerte el parque no está lejos de casa y empiezo a trotar a modo de calentamiento. La mañana es fresca, a pesar de que no corre aire a esta hora. Las calles aún siguen vacías, me encuentro con algún corredor que se ha levantado aún más temprano que yo, y ya viene de regreso. Inevitablemente pienso en Sarah. Espero que este bien. Tengo el presentimiento de que toda mi preocupación habrá sido en vano, y espero que así sea. Si hoy no llega al trabajo, iré a verla a su casa con Maritza. Debe de ser grave si decide faltar dos días seguidos.

De esta distancia puedo ver el parque, lleno de personas corriendo en círculos, pero me detengo porque siento una necesidad de ir a otro lugar. Lo medito por unos momentos, mientras veo como se balancean las copas de los árboles por el fuerte viento de la mañana, eso me hace pensar que la temporada de lluvias se aproxima. Al final, cambio de dirección. Creo que es momento de hacerle una visita.

Camino al cementerio que no queda lejos a pie. Decido ir corriendo, a fin de cuentas, ese es el propósito. El pulso de mi corazón empieza a acelerarse, siento los latidos fuertes y escucho como retumban en mis oídos. El sudor empieza en mi frente, después, cae por las sienes. Cruzo el portal que da la bienvenida, a donde nadie respira, al lugar donde los recuerdos también deberían ser enterrados con su legítimo dueño, en lugar de quedarse a vagar por la mente de las personas vivas, como almas en pena.

“Corre, solo corre”. Esquivo una carretilla abandonada a medio camino, imagino que por el velador del lugar. Mi respiración se agita, empiezo a sentir seca la lengua. Los ojos, llorosos. Caigo al suelo al tropezarme con una piedra, pongo mis manos por delante para evitar golpearme en la cara, no sé cómo paso o en qué momento mi cerebro mando la orden, pero mi cuerpo se gira y caigo de costado. Todo mi peso cae sobre mi hombro. Un diminuto pedrusco quedo clavado. Mañana o incluso más tarde, tendré un moretón horrible, quizás algo peor. Me levanto y me sacudo la ropa, camino a pasos lentos porque el pequeño incidente, me ha lastimado el tobillo derecho, nada grave, pero me duele un poco al hacer presión.

Ahí está, frente a mí. Siento como si sus ojos inexistentes, me atravesaran el pecho y descubriera todos mis sentimientos. Casi puedo ver claramente su expresión lastimera, al darse cuenta de que ya no lo extraño como antes, de que ya no lloro por las noches, y que mi amor por

él ya está guardado en un rincón del corazón.

Fernando Echeverría

6 de noviembre de 1989- 27 de diciembre de 2019

Amado hijo y amigo incondicional. El cielo es bendecido con tu presencia.

Leo la lápida en mi mente y la sangre se me hiela. Siento un frío en la sangre, a pesar de que van a dar las ocho de la mañana. El sol empieza a calentar en el horizonte. Me dejo caer de rodillas frente a ese lugar que se supone, es para su descanso. ¿Y el *break* para los que seguimos aquí? Nadie nos prepara para la muerte en medio de risas y diversión, mientras todo sigue su curso ajeno a que él ya no existe. Me aferro a ese pedazo de piedra, que tiene inscrito su nombre, como si en eso se me fuera la vida. La poca vida que he estado recuperando.

Fernando, estoy aquí porque te echo de menos, porque todavía siento tu corazón dejando de latir y el mío partiéndose en mil pedazos. En ese segundo, extrañamente continuó latiendo.

Frente a ti, o frente a esto que te representa necesito que las palabras salgan de mi garganta, gritar tanto que no me oiga ni un alma a la redonda, gritar para mi interior esto que siento para saber si es de verdad, para sentirlo real, gritar, aunque nadie pueda escuchar mi voz. Dime que no estoy equivocada, dame una señal para saber que todo está bien, que está bien que tú te hayas ido y yo siga aquí esperando un beso que nunca llegará. Hoy es uno de esos días en los que quisiera sentir uno de tus cálidos abrazos.

Pero regrésame la parte de mi alma que te llevaste, la necesito para estar completa. Ahora que creo que alguien más podría amarme como soy, y que yo también podría hacerlo, pero hay algo que me detiene. El pensamiento de creer que por ser diferente no merezco algo normal, como cualquier otra chica, tener a alguien que, aunque no me entienda, que a pesar de que nunca pueda hablarle, que encuentre la manera de interpretar mis silencios, que encuentre lo que no puedo decir en el vacío de mi voz; que me ame solo porque sí, solo porque se trata de mí.

Esa persona hace que mi corazón florezca por dentro. No me lo tomes a mal, siempre estarás en mi mente y tu recuerdo vivirá en mí, pero la vida como el viento no se detiene y debo seguir. Y creo que podría ser él. Se llama Declan, Fernando, te hubiera caído bien.

Una lágrima escurridiza, resbala por mi mejilla, cae al suelo, sobre la tierra y es absorbida. El tiempo ha pasado sin darme cuenta. Faltan quince minutos para las nueve de la mañana. El sol está casi sobre mi cabeza, los primeros rayos solares empiezan a quemar mi piel y la brisa matutina despeina mi cabello.

Me despido, porque que llegaré tarde. Y me llevo una calidez en el pecho.

Maritza y yo, hemos coordinado nuestros turnos para poder visitar a Sarah en su casa después del trabajo. Entrelazamos nuestros brazos para caminar juntas cuando abro la puerta para irnos, la suave brisa de la tarde me acaricia el rostro, el sol es cálido y me hace sentir que nada puede salir mal. De hecho, he tenido esta sensación desde que Declan entro a mi vida. Me hace sentir como si fuera una luz que ilumina el lugar más oscuro del mundo, dentro de mi corazón.

No puedo evitar sonreír mientras pienso en él. Y yo que creía que no volvería a sentirme así, siento miedo. Desde aquella noche con mi papá, una idea loca ha estado rondando por mi cabeza, ha sembrado una semilla que, por desgracia, ha empezado a germinar dentro de mí; la duda. Se que debo ignorarla, pero no deja de atormentarme en los momentos menos indicados, como este.

Veo mover los labios de Maritza. Me gusta caminar con ella de esta manera, yo inmersa en mis pensamientos y ella en los suyos, pero al mismo ritmo.

La casa de Sarah esta solo a un par de cuadras de la cafetería. Es pequeña, de color rosa con los marcos blancos, tiene un jardín al frente donde ha colocado una mesa con un par de sillas de metal, hay hojas sobre ellas porque ya no sale a pasar tiempo afuera. La reja negra del portón está cerrada con llave, así que tocamos el timbre, después de tres timbrazos se escuchan ruidos en el interior. Se asoma por la ventana con el cabello canoso revuelto y al instante su rostro se alegra. Se ve muy bien, creo que nuestra inquietud es exagerada. Nos hace pasar a la sala y nos dejamos caer en los sillones que se hunden con nuestro peso. Aquí huele igual que en la cafetería, a dulce y galletas entre el aroma del café. Maritza recarga su cabeza en mi hombro y puedo sentir su respiración relajándose y como vibra su corazón a través de su piel.

Sarah llega con una bandeja con tres tazas de porcelana blanca y una caja de té variados.

—Traje té, porque creo que es muy tarde para tomar café, sírvanse muchachas —toma una de las tazas, empieza a preparase el suyo, nosotras hacemos lo mismo.

Sentada frente a mí, siento su mirada tan lejana, tanto, que casi puedo ver el pasado en su reflejo.

—Y bueno, ¿a qué debo el honor de su vista?

—Nos tenías muy preocupadas, eso de no quedarte hasta cerrar dos días seguidos es muy raro.

—Ay Maritza, sé que todo estará bien mientras tú me ayudes con la administración, confío plenamente en ambas, puedo irme de vacaciones y todo estaría tal como me fui.

—Eres una exagerada —me toma del brazo y finge que está a punto de colapsar, me hace reír —, estaríamos perdidas y el café quedaría en banca rota al día siguiente.

Sarah se ríe, y hace un gesto con la mano, restándole la importancia a su comentario. Los rizos de Maritza bailan de un lado a otro mientras se retuerce de risa y hace que derrame mi té.

—¿Qué te pasa niña? —Sarah me observa con esos ojos profundos con los que percibe hasta lo que no se puede ver, como lo que siento ahora mismo—, estás muy rara.

—Está pensando en Declan —sé que es verdad, aunque no solo pienso en él, de todos modos, le doy un codazo a Maritza en las costillas.

—¡Auch!

—Ay querida, ¿cuál es la pena, es de lo más normal cuando estás enamorada?

¿Enamorada? Siento que es una palabra muy grande. Doy un suspiro para mis adentros, mientras sus miradas me escrutan, esperando que reaccione.

—¿Es por lo de tu papá? —asiento, mientras miro mi reflejo en lo que queda de mi bebida.

—¿Qué ha pasado?

—Pues, al parecer el señor padre de Astrid no está del todo de acuerdo con que sea novia de Declan.

—Me parece muy extraño, yo había hablado sobre ese chico con tu papá la última vez que paso por la cafetería y no vi nada que mostrara que no le gustara que salieras con él.

—Entonces el problema es que salieran solos, ¡sí, piénsenlo! Hasta el momento solo se habían visto ahí, rodeados de personas que el señor conoce, pero Declan es un completo desconocido para él.

Eso tiene sentido.

—Tratare de hablar con él la próxima vez que lo vea.

El té se ha enfriado entre mis manos. Maritza tiene razón. Le digo a Sarah que, por favor, trate de convencerlo de que él no es como piensa, que es un buen chico. Ella se levanta, me llena de ternura con su semblante lleno de amor maternal que no pudo dar cuando era joven, para sentarse junto a mí. Quedo en medio de ellas dos, como el relleno de un sándwich y se siente tan bien.

—Por supuesto mi niña, no lo dejaré ir hasta que su cabeza necia entienda —eso me hace reír.

Se escucha un *ding* que viene de la cocina, el temporizador ha llegado a su fin. Sarah se levanta muy rápido del sillón.

—¡Mis galletas! —dice, pero después de dar solo un par de pasos, empieza a tambalearse, tirando una figura en forma de gato al suelo, se hace pedazos.

Un sonido estruendoso me recorre los nervios. No se escucha ni el sonido de las alas de un insecto, y no soy solo yo. El tiempo corre a cámara lenta, la veo caer poco a poco hasta desvanecerse en el suelo. El olor a galletas de vainilla recién horneadas se esparce hasta cada rincón de la casa. Maritza y yo nos quedamos congeladas por un instante, me siento fuera de mí antes de caer en cuenta de que se ha desmayado.

Tengo los ojos cerrados y el agua fría cae sobre mi rostro. Mi respiración es tan calmada, que me da miedo que en algún momento deje de sentirla bajo mi pecho. Serena, así es como me siento. Cierro la regadera, las gotas caen de mi cabello húmedo, las yemas de mis dedos están arrugadas como pasitas. La alarma suena, avisándome que ya no tengo tiempo que perder. Hoy tengo ganas de pedalear, me subo a mi bicicleta vieja y pongo mi bolsa en su canastilla desgastada. El viento se cuela entre mi cabello, me transmite una sensación de poder, de paz, de libertad. Giro en la avenida principal, y tomo otra para llegar más rápido al trabajo. El camino es cuesta abajo, siento la velocidad viajar por las llantas, los pedales, hasta llegar a mis pies. No freno, no hay nadie interponiéndose y me dejo llevar como un ave con sus alas.

Entro por la puerta trasera y dejo mi bicicleta recargada en un rincón. La cafetería esta desolada. Los clientes habituales de la mañana en sábado han desaparecido, haber llegado tarde no afecto en nada, las chicas se ven tan tranquilas cuando llego, que hasta prepararon el desayuno para las tres, lo cual fue un alivio para mí que salí a toda velocidad, sin un bocado. Carmen parece estar estudiando y Maritza está cambiando las flores de cada mesa. El olor a pan recién hecho sale de la cocina, predomina la vainilla, como de costumbre. Sarah está aquí y me da mucho gusto. Voy directo a la cocina. Corro hacia ella y la abrazo.

—Astrid, querida, ya te dije que no debes preocuparte. Estoy más sana que un roble —unos pares de brazos se unen—. ¡Me dejaran sin aire chiquillas!

Después de lo de ayer, eso no se lo puedo creer ni de chiste. Maritza y yo nos quedamos sin aire al verla tirada en el suelo, nos quedamos sin color y lo primero que hicimos fue correr a su lado y tratar de hacerla reaccionar con alcohol. Además de que le hablamos a los paramédicos, que llegaron en poco tiempo, Sarah abre los ojos cuando ellos entran con todo su equipo para ayudar. Le toman la presión, su temperatura y revisan sus signos vitales. Al parecer el susto lo ha provocado el haberse levantado tan bruscamente, sospechan que fue un efecto secundario de los medicamentos que ha tomado los últimos días.

—¡Nos tenías muy preocupadas!

—¡A mí no me gusta ver ni una gota de tristeza en su rostro! Y obvio, también me preocupe.

—¡Ustedes son las hijas que no tuve, las quiero tanto! —sacude sus manos para que nos apartemos de ella, mientras que nosotras no paramos de reír y la abrazamos más fuerte— Vamos que estamos en horas de trabajo y los clientes no deben de tardar en llegar.

—¡Wow Sarita! Parece que los has invocado, jajaja —la cara de sorpresa de Maritza lo dice todo. La campanita no para de sonar.

—Anden chicas, fuera de mi cocina, que tengo pasteles que preparar.

Don Joel ha llegado con su periódico bajo el brazo, pide café, como siempre. Es un hombre jubilado, acostumbra a almorzar aquí y siempre se va a las 12:30 p.m. Don Jacinto y doña Mari, el matrimonio de ancianitos, siempre tomados de las manos, me hacen creer en el amor eterno, acompañado de café con leche y dos de azúcar. ¡Ah! Y un rol de canela para compartir. El señor Sebastián y su ex – esposa Aurora, siempre desayunan juntos la mañana del sábado, huevos estrellados y chilaquiles para él, y unos molletes para ella, son el menú para un viejo amor. Su hijo Mario, un niño de 6 años, bastante delgado, puede pasar las primeras horas del día consumiendo frappé tras frappé sin morir de diabetes o convertirse en un demonio del azúcar, yo creo que estar en su iPad tiene mucho que ver.

Y por último y no menos importante, la dama que nunca se casó, con su vestido blanco, ese que siempre usa los sábados para venir a la cafetería. Siempre cuenta la historia de cómo estuvo a punto de casarse y porque no se arrepiente de esa decisión que le salvo la vida, y mientras ella habla y habla, yo no puedo dejar de ver sus orejas, sus enormes orejas en una cara tan pequeña. A veces cree que soy grosera porque nunca le contesto, pero después recuerda mi condición y la pobre señora se deshace en disculpas, que termina dándome la mitad de uno de sus hotcakes. Nunca uno entero, solo la mitad. Entre risas, guiños, señales secretas que solo conocemos Maritza, Carmen y yo, el tiempo se pasa volando, mientras afuera parece existir un mundo completamente diferente, indiferente los aromas del lugar, hace que los problemas queden olvidados allá afuera.

Un grupo de chicos entra armando un alboroto, desde que ponen un pie dentro se quiénes son, los conozco. Karla y Ana van al frente compartiendo bromas secretas, seguidas por Declan y Samuel que están hablando justo afuera de la puerta de cristal. Sigo mi trayecto con la bandeja de pedido, para un par de adolescentes que vinieron a chismear sobre sus amores platónicos. Retiro una taza de café vacía, pequeña y blanca. Cuando me giro para regresar, él está parado justo detrás de mí, la sorpresa hace que pierda el equilibrio, me llevo las manos al pecho, porque sé que no es para tanto, pero aun así me asusté y la bandeja cae al piso. La taza vacía se hace añicos.

—Lo siento, permíteme ayudarte, no era mi intención asustarte —se agacha y me ayuda a recoger las piezas, una ha quedado filosa y me ha cortado un dedo. Observo como la gota de sangre sale. Me hace recordar el incidente con Luis Daniel. Hay situaciones que nunca podré evitar u olvidar.

—Creo que terminamos —sonríe, mostrándome el hoyuelo que tanto me gusta. Se inclina y me da un beso en los labios, me siento apenada, creo que no nos habíamos besado en este lugar y obvio, ni Maritza o Sarah nos habían visto, una ola de carrilla interminable se avecina—, te voy a esperar para acompañarte a casa. Y ya me voy, porque Karla comenzara a ponerse histérica si no me ve.

Nos despedimos, por el momento, con un ligero roce de nuestras manos. Suspiro y me dirijo directamente al bote de basura, me deshago de lo que quedaba. Era una taza muy linda, de la colección favorita de Sarah. Me giro, de repente veo a las tres, fingiendo que hacen otra cosa, pero están viéndome y sonriendo, como si jamás hubieran visto a dos personas besarse. ¡Hasta ignoran el hecho de que he quebrado algo!

—¡Maldita sea, chica! Creí que moriría sin verte besándolo. Sabía que era para ti, desde que entró la primera vez a la cafetería. ¿Te acuerdas cuándo capté a esos bombones entrar? —se muerde los labios al decir la última frase.

—Ya era hora Astrid, ¿llevan como dos meses de relación? Creo que yo, a pesar de no tener vida amorosa, he dado más besos —las risas estallan entre ellas, es increíble como transforman cualquier momento en un escándalo—, es broma, pero me alegro mucho por ti.

—Que guardadito te lo tenías chiquilla, espero que tu padre cambie su manera de pensar sobre este muchachito—le digo con un movimiento de la cabeza que sí, ojalá, yo espero lo mismo; y no puedo contener la risa tonta y nerviosa que tengo, ella me abraza, y siento como si fuera mi madre la que lo hace.

Desde el cielo, sé que es así.

Un estruendo arruina la calma y alegría del momento, algo se ha estrella contra la ventana, un montón de vidrios salen volando, las chicas que se encuentran cerca de ahí son las más afectadas, se refugian bajo la pequeña mesa. Todos los clientes se alteran, gritan y se cubren la cara, aunque

estén lo suficiente lejos del accidente y se preguntan qué ha pasado.

Volteo en dirección a los pedazos esparcidos por el suelo y mi mirada alcanza a ver a un grupo de chicas con pañuelos en el rostro que salen corriendo. En el piso, un ladrillo con una nota atada, una frase escrita. Me arrastro de cuclillas hasta agarrarlo en mis manos y veo lo que hay en el papel.

“Ja, ja, ja. Lee como me río”

El sol se oculta entre los tonos de rojo, suena al fondo la radio de las cocineras; la cafetería desolada a esta hora del sábado. En este día todos prefieren estar en Starbucks y fingir que tienen un grupo de estudio, que solo funciona para actualizar sus redes sociales. Él camina con paso decidido, su andar resuena en el lugar casi vacío. Ahí está la persona que está buscando, con la cara metida en su celular y su impecable sonrisa de color carmín. El ambiente es casi fantasmal.

—¿Por qué lo hiciste?

—No sé de qué hablas —la chica no se molesta en verlo y empieza a guardar sus libros en el bolso.

—Por favor, Paula, ambos sabemos que fuiste tú, no conozco a nadie más capaz de hacer algo así por diversión.

—Solo estaba jugando, por Dios, no le des tanta importancia, solo era una ventana —saca su maquillaje y se polvea de más el rostro—, tanto escándalo por eso.

—Paula, rompiste la ventana de una cafetería. No es un juego —golpea la mesa con su mano para asegurarse de tener toda su atención—, es daño a propiedad ajena, además afectas a las personas con tus caprichos.

—Sucedre que tú, nunca encuentras la gracia a las cosas —Y no podía faltar el retoque de los labios.

—Pero, ¿qué es lo que quieres?

—Justo todo lo que no puedo tener.

—¿Qué?

—Tú no eres un capricho para mí, Declan.

—Terminamos hace ocho meses, creo que ya es algo tarde, ¿no lo crees?

—Nunca será tarde para nosotros, mi amor.

—Nosotros ya tuvimos nuestro tiempo, y no funcionó —trata de parecer despreocupado al decirlo, y aprovecha para tirar la botella de refresco que trae consigo en el bote de basura, que esta atrás de Paula. Un tiro perfecto—. Así que te agradecería que, por favor, no me molestes más y mucho menos a Astrid o a cualquier ser humano solo porque no te cae bien. Lo digo en serio —la mira fijamente, con toda la seriedad y amabilidad de la que es posible, conteniendo su enojo por lo sucedido —, tú tampoco le caes bien a algunas personas y no por eso te hacen la vida miserable, así que...

—Y te ves encantador cuando estas serio —ella guarda su teléfono, se acomoda la blusa y se dispone a levantarse—, sabes que siempre te voy a esperar y como siempre volverás a mí, te lo aseguro.

Paula da unos pasos hacia él, segura de lo bella que es, lo toma por los hombros, no deja de ver sus labios, acerca su rostro al suyo. Él no deja de mirarla y antes de que sus labios se rocen, la detiene.

—¿Vas a esperarme? —él alcanza a distinguir su aliento a refresco de manzana por la cercanía que hay entre ellos.

—Esperarte era como tener fe en ti y yo...yo ya no creía en ti.

Quita sus brazos de sus hombros y suelta sus muñecas a medio camino, ella intenta aparentar que no está indignada, que no le ha dolido su rechazo, pero el temblor de su mentón la delata.

—Auch, idiota —se pone a la defensiva—, ¿sabes que podría gritar ahora mismo porque me

estás lastimando?

—No te estoy lastimando Paula —él suspira exasperado.

—¿A quién crees que le van a creer?

—Esto es exactamente por lo que ya no podía seguir contigo. Nunca fui para ti. Tal vez una brisa pasajera que pretendía ser aire, puede que haya sido solo una ilusión —aprieta sus puños, su mirada sigue clavada en la suya—, pero la brisa una vez que pasa nunca regresa al mismo lugar.

Se da media vuelta sin decir nada más, no puede con ella. Se encuentra con sus amigas, que van muy entretenidas en los celulares, no se percatan de su presencia o quizás solo fingen que no está ahí, Declan choca con una de ellas, pero parece no haberse inmutado, sigue caminando. Debería disculparse, pero no lo hace, sería hipócrita de su parte en ese momento, porque no le importa y porque ella tampoco es muy amable que digamos. Así que se va con la frente en alto, como si acabara de ganar algo.

—¿Lo tienen?

—Lo tenemos, Paula.

Es domingo de mercado. El sol está en todo su esplendor y el calor es insoportable incluso a esta hora de la mañana, pero se compensa con la ligera brisa, que mueve mi cabello. La cafetería me queda de paso, e iré a ver cómo van las cosas. Sarah se encuentra al lado de los empleados de la vidriería, que están trabajando con los estragos del día anterior. Tuvimos que cerrar temprano. Podría apostar lo que sea a que fue obra de Paula. Él se ha quedado con la nota, me dijo que no me preocupara por nada y que se va a encargar de todo. Aunque no sé qué significa, “encargar de todo”.

—¡Oh, querida niña! No tenías que molestarte en venir, todo va viento en popa, esto quedara mejor que nuevo hoy mismo —saco de mi bolso un pequeño panecillo azucarado y se lo entrego—, gracias, perfecto para acompañar una bebida caliente, quédate a tomar una taza de café conmigo linda.

Tomo asiento en la barra, Sarah prepara la cafetera y esperamos, puedo notar la nostalgia en su rostro. Sé que el incidente la destroza por dentro, este lugar representa todo lo que tenía con su esposo, que en paz descanse, y el ver la ventana destruida, es como si se le hubiera destruido una parte del alma. El aroma de una taza de café negro humeante me hace volver de mis pensamientos. Adoro ese aroma, inhalo profundo. Ella ha partido el pequeño pan en dos y me ofrece una parte. La campana suena, el calor del exterior se cuela cuando Maritza abre la puerta y entra a la cafetería con sus chinos rebeldes.

—¡Buenos días, chulas! —ella nota la expresión de sorpresa en mi rostro—. Sarah me ha enviado un mensaje y me comentó que estabas aquí, así que decidí venir a hacerles compañía y traje comida saludable para todas. Pero antes, yo también necesito un café, con su permiso.

Entra ella misma a hacerlo. Creo que, si hubiéramos intentado planear este encuentro, no se habría logrado. Se prepara un café con leche, y le comparto la mitad de la mitad del panecillo que tenía, ella lo acepta encantada, ya que es fanática del azúcar. Si por ella fuera, podría comer un envase de mermelada de fresa, zarzamora, durazno o de lo que le pongan en frente ella sola. En una ocasión, Sarah comenta que, si queremos lo que sobro de un pay, en resumen, Maritza solo me sirve una rebanada, y ella se come lo demás directamente del plato. Eso sucede durante la primera semana, cuando comienzo a trabajar aquí. Esa es una cualidad que me gusta de mi amiga. Siempre es ella misma, nunca intenta aparentar algo o alguien que no es. Yo al inicio intento ser moderada, para que no piensen que soy una abusiva, pero cuando estoy con ella, esas inhibiciones quedan en el pasado en el instante que ella dice: “*¡Vamos a terminarnos este postre tú y yo!*”. Y lo hacemos.

La campana suena otra vez, Carmen está aquí también.

—Recibí su llamado, y aquí estoy, traje donas con chocolate.

—¡Eres mi ángel! —Maritza se precipita hacia ella y la abraza, al mismo tiempo toma las donas, y alza la bolsa que las contiene victoriosa—. Trae acá esas donas.

—¡Acabo de descubrir la manera de hacerte feliz en cualquier circunstancia!

—Sé que lo harás querida.

En ese momento, entre risas, siento la vibración de mi celular, me llega un mensaje al WhatsApp, es Declan.

“Hola. ¿Cómo estás linda?”

“Buenos días Declan. Todo bien. Las chicas y yo estamos haciéndole compañía a Sarah,

mientras terminan de arreglar la ventana.”

“Genial, salúdalas de mi parte. ¿Tienes planes para hoy por la tarde?”

“Ninguno, ¿por qué?”

“¿Vamos por un café? A otra cafetería...Samuel y Karla también irán, algo así como una cita doble.”

Durante los últimos años, solo he pisado la cafetería *Café con canela*, pensar siquiera en otra es como traicionar a Sarah. Vaya pues, que hasta mis días libres los paso aquí, con mi papá, con Luis Daniel o incluso, yo solita, pero siempre en la misma cafetería. Las mismas personas, la misma rutina y los sabores de siempre. Al final le digo que sí.

“¿A qué hora nos vemos?”

La tarde es perfecta; el sol no calienta y el viento está a nuestro favor. Un auto en color negro se estaciona fuera de mi casa, un chico con una playera blanca y rayas azules en las mangas, se dirige a la puerta. Es Declan, el viento alborota su cabello, puedo ver cómo le cambia la expresión del rostro, cuando mi padre abre la puerta. Es momento de bajar a rescatarlo, porque todavía no es santo de su devoción. Pero antes, un vistazo rápido al espejo, y compruebo que todo está bien y por si acaso, una menta para el aliento.

Bajo y los encuentro en plena conversación.

—Sí señor.

—Eso espero jovencito —coloco mi mano sobre el brazo de mi padre, se gira y me da un beso en la mejilla, le digo que volveré más tarde—. ¡No lleguen tarde!

—N-No señor, hasta luego.

Lo tomo de la mano y lo saco del bloqueo momentáneo ocasionado por el cuestionario de mi padre. Karla y Samuel esperan junto al auto. Su cabello se ve más oscuro de lo normal; quizás sea por la luz del sol, él está sonriendo y finge fumar un cigarrillo que tiene sin encender entre los labios; le ha hecho gracia la escena que acaban de presenciar. No lo culpo, yo también me estoy riendo con solo verlo. La rigidez en los brazos de Declan, aún no desaparece.

Samuel conduce, Karla va en el asiento del copiloto. Se acomoda los lentes y luego su mano juega con el cabello enmarañado de su novio, se ve tan despreocupada mientras lo hace. Y enamorada.

El paisaje cambia, esta no es una zona que yo suela frecuentar, aunque si he llegado a pasar por aquí de vez en cuando. Las calles son empedradas y todas las casas tienen el mismo diseño. Declan continúa un poco tenso, coloco mi mano sobre la suya y siento como tiembla al inicio, supongo que es por el nerviosismo, que también a mí me está subiendo por las venas. Aprieto delicadamente, siento como el me responde y entrelaza sus dedos con los míos.

—¡Hemos llegado camaradas!

—Astrid, estoy segura de que te encantara. No es el *Café con canela*, pero tiene lo suyo, ya lo verás —Sonríó intentando leer sus labios, traigo puesto el aparato auditivo, pero prefiero no comentarlo.

Miro por la ventana del coche. Así que aquí es.

Declan sale del automóvil, me pide que me quede quieta, da la vuelta al coche, le abre la puerta a Karla primero, y esta le hace una pregunta al oído, preocupada por que la pueda escuchar.

—Declan, ¿ella puede escuchar un poquito o mejor le escribo, así como lo haces tú?

—Con el dispositivo auditivo su nivel de audición es mayor, pero creo que todos nos sentiríamos más cómodos si le escribimos lo que queremos decirle. Puedes mandarle mensajes, te pasare su número, ¿de acuerdo?

—Va.

Sé que es una buena persona, y no lo dice por ser hiriente, simplemente, no se había topado o encontrado en la situación de comunicarse, con alguien como yo, en lo que va de su vida. La puerta se abre, Declan me ofrece su mano para bajar del coche. No sé cómo reaccionar, es la primera vez que alguien hace algo así por mí.

—Que ternura, mi primo es todo un caballero —creo que me he sonrojado, aunque casi no se

note en mis pómulos—. ¡Samuel! ¿Por qué no haces eso tú por mí?

—Eso es porque los libros de contabilidad, no dicen nada sobre ser un caballero.

—Oye, no te costaría nada ser un poquito más atento.

—Eso es tan del siglo pasado. ¿No que las mujeres querían igualdad y todas esas cosas?

—¿Y eso que tiene que ver con ser un caballero? Mejor admite que eres un troglodita Samuel.

—Soy el troglodita que te quiere mucho —acto seguido, Samuel le planta un beso a Karla en los labios, la braza y dan algunas vueltas, provocando que uno de sus zapatos salga volando.

—Fallas técnicas —se ríe mientras la baja al suelo—, voy por tu zapato.

Esperamos justo afuera de la cafetería “*Café mío*”, a que Samuel regrese con el zapato de Karla. El nombre me parece bastante peculiar y el estilo combina con la pintura de las paredes azul cielo. En la parte de afuera hay algunas mesas rodeadas de una reja que tiene plantas y helechos sobre ella, a manera de decoración. En lo personal, creo que las plantas pueden mejorar cualquier lugar, aunque solo tengan hojas verdes. Y sean artificiales. Cada mesa, tiene en el centro una pequeña pecera a modo de florero y unas flores. Las sillas metálicas están en un color negro brillante, hace buen contraste con los manteles blancos y azules sobre las mesas. La puerta de cristal, enorme, por cierto, tiene el nombre del lugar, también con letras azules. El interior es maravilloso; Karla tenía razón cuando dijo que me encantaría. Ella voltea a verme de reojo, su cara refleja que está más que complacida con mi reacción con el lugar. Al costado, hay grandes sillones, con diseños con los colores similares. Hay cuadros de pinturas de flores en las paredes y musgo artificial rodeando los muros, el toque de las mariposas le da el toque romántico al lugar.

Tomamos asiento en una de los sillones grandes, me hundo en el, es verdaderamente cómodo. Nuestros acompañantes se han puesto muy melosos, tanto que hasta me siento un poco incómoda. Declan me manda un WhatsApp.

“Si algo te molesta, puedes decírmelo.”

“Descuida, está bien. Solo estoy algo nerviosa, pero muy feliz de conocer más de cerca a tu prima y a tu amigo.”

“Me alegra saber eso, ellos son un par de locos, pero te caerán bien”

—Disculpen la tardanza, estamos llenos el día de hoy, les dejo la carta y en un momento regreso a tomarles su orden.

—Oh, muchas gracias chico.

Me llega un mensaje de un número que no tengo registrado.

“No te recomiendo las tisanas, a menos que seas una adicta al azúcar. Son demasiado dulces. K.”

Me giro hacia ella y puede ver en su rostro, que espera con ansias una respuesta. Parece una niña chiquita deseando que los reyes magos, le hayan traído lo que pidió en la carta.

“No me gusta exagerar con el azúcar. Gracias por advertirme Karla.”

“No hay de que, yo conozco a alguien que ama las tisanas. Declan está obsesionado con esa bebida.”

“No le digas que te dije”

Su mirada va directa a Declan, es tan obvia que ni intenta disimularlo. Hasta Samuel que está leyendo un libro, lo ha notado. Y su risa burlona sale a relucir. No me parece amable que este leyendo, como si pretendiera ignorarnos. Debería dejar ese libro en la mesa. No tengo nada en contra de los libros, al contrario, los amo. Siento que mi presencia lo incómoda. Karla, sin embargo, realmente se está esforzando por incluirme en la conversación y en el momento. No me siento mal, creo que es normal, no sabe cómo comunicarse, pero tampoco parece que quiera

intentarlo.

El mesero regresa a tomar nuestra orden. Yo ordeno una ensalada y un capuchino caliente con Bailey. No traicionaría los postres de mi querida Sarah por nada. Declan, como dijo Karla, ordena una tisana de fresa y una hamburguesa con doble carne, ella también pide ensalada con su frappé y Samuel, un latte con una rebanada de pastel. No tarda en traer nuestro pedido, y mientras me dispongo a separar o tratar de dar un orden por colores a las verduras de mi ensalada, me doy cuenta de que Declan y Karla me observan con gran detenimiento, y yo solo sonrío, intentando disimular lo apenada que me siento. Imagino que separar las verduras de mi plato por colores les parecerá una tontería. No sé cuándo comencé a hacer esto, pienso que fue después de ordenar mi armario, después de eso ya no podía ver los colores mezclados de lo que sea que tenga enfrente. Es la primera vez que mis hago mis manías frente a personas que recién voy conociendo.

Me doy cuenta de que Declan, está por acabarse la sal agregándole más a las papas que acompañan su hamburguesa. Karla le da un manotazo a su primo para que ya la suelte, porque se ha excedido. Yo aplaudo en señal de estar de acuerdo con ella. El ruido estruendoso de una bandeja y unas tazas estrellándose contra el suelo irrumpen en una escena que me es muy familiar.

—¡No puede ser, acabas de arruinar mi blusa favorita!

—Lo siento señorita, le pido una disculpa.

—¿Una disculpa? Eso no va arreglar mi blusa. Por suerte para ti, siempre traigo conmigo una blusa de repuesto. Tengo mala suerte, siempre me topo con meseras ineptas.

—Vamos Paula, te acompaño para que te puedas cambiar en el baño. Y tú chica, ve preparándonos dos capuchinos fríos.

—Por supuesto.

La pobre mesera se apresura en recoger lo que se ha destruido, de inmediato, otra se ofrece a ayudarle. Nadie hace ningún comentario, pero todos se miran entre sí, como si lo que acaba de pasar, fuera algo a lo que ya están acostumbrados. Paula no es la única con mala suerte.

¿Acaso no puedo tener una tarde libre con mi novio y amigos?

Pedimos la cuenta, Declan pide las papas para llevar y Karla un frappe de moka para el camino. Mientras el mesero regresa con el total, yo aprovecho para ir al baño antes de marcharnos, a pesar de conocer el riesgo inminente de toparme con esa chica; porque el camino de regreso a casa es de treinta minutos.

El baño es muy sofisticado para una cafetería. La luz media le da un toque de privacidad e intimidad. Escucho un sonido que viene de uno de los cubículos, como si alguien estuviera vomitando, pero no le doy mayor importancia porque sé que puede ser Paula, tratando de intimidarme. Después de salir del baño, me veo en el espejo y me acomodo el cabello detrás de la oreja. Justo cuando doy media vuelta para irme, Paula y su clon ya están acechándome.

—¿Vienes a buscar trabajo? —hace una mueca, como si realmente lo lamentara—. Qué pena, no están contratando meseras sordas.

No sé qué hacer, bajo la mirada y me dispongo a rodearlas para poder pasar, pero me sujeta del brazo.

—¿Quién te dijo que te podías ir? —intento zafarme, pero ella me clava sus uñas postizas—. ¿Acaso le di permiso para irse Valeria?

—¡Obvio no! —parece un títere de Paula, solo está ahí, cuidando la puerta, no vaya ser que alguien entre, al mismo tiempo que se lima las uñas—. ¡Mira, parece que quiere llorar! Shhhh, viene alguien.

—¿Por qué vas a llorar? —la fuerza de su brazo disminuye, solo un poco para disimular ante la señora que acaba de entrar al baño, ella sigue hablando de cómo mejorar las cosas que no le importan. La señora se lava las manos, nos mira de reojo y sale. Creo que nota mi disgusto, que es claro, no es por ella, pero finge que no estamos ahí, y se va como una diva. Ajena a todo lo que no la incluye a ella.

El tono de su voz sufre un cambio repentino.

—No entiendo cómo es que Declan se pudo fijar en alguien como tú. Una simple mesera y encima de todo, sorda. Me pregunto, ¿qué hará para seguir engrandeciendo su ego si no te puede decir nada?

—E nuy riferende...—intento ser lo más clara posible, pero es lo peor, lo único que consigo son sus carcajadas como respuesta.

—Aww que linda, ¡la bebé está diciendo sus primeras palabras! — más burlas, un sentimiento que no había tenido desde hace mucho tiempo, me invade, ya no puedo más. La empujo contra su amiga, ambas chocan en la puerta de uno de los inodoros y caen al suelo. Aprovecho su desequilibrio para salir huyendo de ese par de arpías. ¿Qué les he hecho yo? ¿Por qué les tengo miedo? Camino muy rápido, pero no tanto para inquietar a los demás clientes. Karla es la primera en verme a la distancia, nota al instante mi cara de angustia.

—¿Qué te pasó? —no hago ningún gesto—. Sea lo que sea, ¿fueron ellas verdad? —una lágrima escurridiza, de impotencia me delata, no la puedo detener, él me abraza—. ¡Me las van a pagar!

—¡No Karla, contrólate! —las palabras de Declan son en vano, ella hace oídos sordos y va por ellas.

—No lo creo amigo, cuando sus emociones se apoderan de ella, la perdimos —Samuel lo dice como si no fuera la primera vez que pasa algo así.

Karla camina decida y fúrica hacia las chicas. Paula se está riendo y juega con su cabello, su amiga se acomoda la blusa. El sonido de tenedores choca contra la porcelana de los platos, es ensombrecido por la voz de Karla.

—¿Qué quieres rara?

—¡Tus dientes en mi puño, oxigenada!

Lo siguiente pasa tan rápido, que no puedo creer que sea Karla la que está peleando. ¿Quién diría que detrás de esa cara de ternura se esconde una luchadora? El puñetazo que le planta en la cara, hace que ella gire completamente la cabeza, la toma por el cabello y la tira al suelo, acto seguido, se siente sobre su abdomen y le da cachetada, tras cachetada. Su amiga, se pone histérica, intenta quitar a Karla de Paula, le jala el cabello, pero le arremete un codazo en la nariz.

—¡Estúpida! Me has roto la nariz, estoy san-san...—la chica casi se desmaya cuando ve la sangre en su mano, un par de meseros se apresuran en su ayuda.

—¡Esa es mi chica, carajo!

—No creo que debas alentarla Samuel.

—¿Estas bromeando? ¡La está haciendo trizas! —la adrenalina en sus ojos hace que brillen— ¡Vamos nena!

Un chico con un traje diferente al de los meseros, sale de la cocina y carga a Karla con gran facilidad que la hace parecer una muñeca de trapo.

—Señorita, me temo que le tengo que pedir que se marche, y no vuelva más por favor.

Respira agitadamente. En cuanto se ve libre de las manos del chico, Karla sale disparada hacia nosotros. Gritando.

—¡De mejores lugares me ha corrido! ¡Corran, vámonos! ¡Conozco una cafetería mejor!

Samuel sale como bala, Declan y yo nos quedamos parados, atónitos sin saber qué hacer, ¿correr? Ella nos jala de la mano al ver que no hacemos ningún movimiento y corremos tras ella. La gente se nos queda viendo, algunos hasta con la boca abierta. Asombrados del espectáculo que acabamos de montar. Al salir de la cafetería, Samuel ya está dentro del coche, encendiéndolo, nos subimos a toda prisa, él acelera y derrapamos al costado de un mesero, que sale corriendo del interior del establecimiento, para no llevárnoslo de corbata.

—¡Oigan! ¿Quién va a pagar la cuenta?

Se olvidan completamente de pagar, solo piensan en correr, se podría decir que son oficialmente un grupo de delincuentes. Declan mira el retrovisor, y ahí está ella, riendo como nunca antes la había visto, abrazando a Karla, apuesta a que sigue sin creer lo que acaba de suceder. Su emoción lo hace sentir en otro lugar, como si eso que acaba de pasar no fuera cierto, como si estuviera a punto de despertar del sueño más bizarro y divertido. Salirse sin pagar de un lugar, es algo que él nunca hubiera hecho, ver a su prima en una pelea, tampoco.

Samuel le da un golpe en el brazo que lo devuelve a la realidad; ese es el precio por ir en el lugar del copiloto, en lugar de Karla. Su risa es contagiosa. Mientras charlan, el sol ha empezado a ocultarse en el horizonte, pero aún se puede sentir su tibieza, los colores del crepúsculo comienzan a hacerse notar, la brisa ahora es un poco fría, fresca. Revisa la hora en su celular. Es momento de regresar a casa.

Él acompaña a Astrid hasta la puerta de su casa, la tensión viaja por su cuerpo convirtiendo sus movimientos en los de un robot. No lo ve, pero está seguro de que su padre observa desde algún lugar. Mientras Samuel y Karla lo esperan en el coche, sin quitarle los ojos de encima, sin duda esperan verlo caer ante la presión de toparse cara a cara con el padre de su novia. Se despiden con un beso tímido pero ansioso, acompañado de un prolongado abrazo, al fondo se puede escuchar como resuena una voz gruesa y fuerte.

—Muy bien jovencito, gracias por traer a mi pequeña a casa.

—Fue un placer señor.

Da un par de trompicones mientras se va caminando de espaldas, porque aún no quiere dejar de verla; pensando en porque suena como un militar al hablar con él, pero bueno. Cuando regresa al coche, Karla ya se ha instalado en el asiento del copiloto, y ambos están siendo extra melosos.

—Oigan chicos, ¿ya podemos irnos o seguirán así de cariñositos?

—Oye, tranquilo “papá”, no es para tanto.

—Porque si es así, les juro que no me importa caminar —agarra la lonja de su panza, que más bien parece un cuero—. Es más, creo que me haría bien.

—Tranquilo viejo, ya nos vamos. Solo estoy dándole el cariño que no pude a mi pequeña ganadora. ¡Qué paliza le diste a Paula, mi amor!

—Si no hubiera sido por ese mesero entrometido, te juro que no la cuenta.

—¿No crees que te pasaste? —el tono de Declan dice más que la pregunta misma.

—Para nada, además ya le tenía guardadas las ganas desde que te rompió el corazón primo, y me aguanté, pero mira que aprovecharse de Astrid, eso sí que no.

—A mí nadie me rompió el corazón —suena como un niño malcriado.

El silencio se instala por un momento entre ellos y solo escuchan el rugido del motor.

—Te lo agradezco Karla, por defenderla de esa manera. Significa mucho para mí.

—Lo que sea por ti, además ella me cae bien. Deberías invitarla más seguido a nuestras aventuras.

—Lo tendré en cuenta, tenlo por seguro, mientras no sea ilegal.

—¡No te puedo asegurar nada!

Karla suelta una carcajada y el resto del viaje transcurre en silencio, solo con la música de fondo y ella tarareando de vez en cuando algunas canciones. Pasan por unas hamburguesas para la cena en casa de Karla. Desde que los padres se separaron, a sus tíos les hace mucha ilusión

que siga frecuentándolos. A las diez de la noche, prácticamente los corre de la casa, alegando que no era de buena suerte ver a la prima o novia desmaquillada, así que no les queda remedio que irse.

—Vamos viejo, te llevo a tu casa. —le da un beso rápido en los labios—. Adiós nena.

—¡Avísenme cuando lleguen a casa!

Después de una pequeña guerra de besos volando, el carro por fin arranca. Led Zeppelin se convierte en el invitado para el viaje. Samuel enciende un cigarro, después de dos canciones, Declan decide romper el silencio entre ellos.

—Creí que ya no fumabas...

Samuel hace un ademán con la mano, restándole importancia y escupe el humo a la carretera.

—¿Qué te pareció Astrid?

—Mmm...bueno, es linda. No es el tipo de belleza con la que normalmente sales, eso me impresionó, sinceramente. En el fondo creía que eras un tipo superficial hermano —hace una pausa para acomodarse el cigarrillo en los labios—. Es una gran chica. ¿Le pasó algo? ¿Por qué no habla?

—Ah, eso. Es un defecto de nacimiento —pregunta incómoda—, me lo contó su hermano menor.

—¿Has hablado con ella sobre ese tema?

—No lo sé, no creo que sea importante, además yo ya se la respuesta —la verdad, es que esa pregunta lo hace sentir molesto, incluso más que a ella, si se lo llegaran a preguntar directamente—. Además, no quisiera crear una situación engorrosa con ella.

El resto del viaje transcurre en silencio, con el fondo musical variado, Declan se queda pensativo, con la vista pegada en su imagen del espejo retrovisor y los brazos cruzados, esperando otra pregunta estúpida. Es su amigo y sabe que no fue su intención sonar de esa manera, nunca ha sido una persona con tacto, siempre dice lo que piensa sin pelos en la lengua y ha tenido muchos problemas por eso, así que trata de ser comprensivo, aunque el sentimiento de sentirse ofendido sigue en su interior. Él se estaciona afuera de su casa, no dice nada, como si la incomodidad de Declan se hubiera traspasado a su cuerpo como el calor de la noche. Le agradece por tomarse la molestia de llevarlo, ya que él vive prácticamente en la dirección contraria.

Se va directo a la cama, solo hay una pregunta en su mente, revoloteando como pájaro enjaulado. Algo que no se habría planteado, hasta que Samuel le hizo esa pregunta. *¿Por qué no habla?*

Ahora no puede dejar de pensar en.... ¿cómo será el sonido de su voz?

Me gusta crear en mi mente el escenario perfecto para hablar con él. Imagino que somos dos amigos que no se han visto en mucho tiempo. Siempre que tengo estas imaginaciones, soy dueña de mi voz. Porque en los sueños se puede hacer todo lo imposible.

—Hola. Tanto tiempo sin verte —giro sobre mi cuerpo para verlo. Sigue como si el tiempo no hubiera pasado.

Y siempre llueve, pero no hace frío, al contrario, es cálido a mi alrededor. El ambiente permanece fresco y una ligera brisa entra por la ventana, quizás debo hacer algo y cerrarla. Tengo una taza de té caliente. Yo estoy fría, en este día que sabe a soledad, solo quisiera decirte que me siento vulnerable. Quebrada.

—Hola.

Al principio me siento sola en esta noche muda entre tanto pasado. No debería extrañarme, ya que estoy acostumbrada a los sonidos inexistentes, pero me siento inquieta. Quisiera invitarte a tomar un café, aunque sé que te dormirías en un segundo después de haberlo saboreado. Ojalá me escucharas, ojalá yo hablara...Y poder decirte tantas cosas que me hacen temblar por dentro mientras no estas a mi lado. Cosas como que tengo que ordenar mi ropa por colores para mantener una armonía, cosas como que algunas noches necesito una luz tenue para conciliar el sueño y que a veces las velas con aroma a vainilla me recuerdan al helado.

—He venido a despedirme.

La taza de té de canela entre mis manos me hace sentir tibio el corazón, y su aroma me relaja. Huele a paz, huele a que todo estará bien. El suelo cruje. El sonido de unos pasos me avisa que se acerca.

—¿Despedirte? Pero si hace mucho tiempo que te fuiste, ¿qué caso tiene ahora?

—Tal vez sea esa tontería de cerrar ciclos. Tú necesitas cerrar el ciclo conmigo.

—Necesito respuestas —aprieto la taza entre mis manos, está caliente—. Necesito que me perdones.

—No necesitas mi perdón, Astrid. Solo fue el destino o Dios, quien lo quiso. Eso depende de en lo que tú quieras creer.

—Necesito saber que me perdonas, para poder perdonarme a mí misma. Sé que estás conmigo, que siempre estaremos juntos de alguna manera, que muchas cosas están implícitas y no debería necesitar más, pero necesito escucharlo de tu voz —Fernando acaricia mi cabello y posa su frente contra la mía.

—Necesitas perdonarte a ti misma. No fue tu culpa.

—¿Perdonarme a mí misma?

—Y no estás sola. Aunque si un día, crees que de verdad lo estas, tampoco lo estarás, porque yo estaré a tu lado. Siempre.

No sé qué decir. Dejo mi taza en el suelo. Él me abraza y el tiempo se detiene. O no existe. —Solo abrázame Fernando. Sentir que estoy en tu corazón, y que tú te sientas cómodo en el mío. Sentir que estamos bien. Sentir como esa paz recorre nuestros cuerpos, como tu voz vibrando por mis manos y llegando al pecho, como la música. ¿Puedes recordar esa sensación?

—Por supuesto que sí.

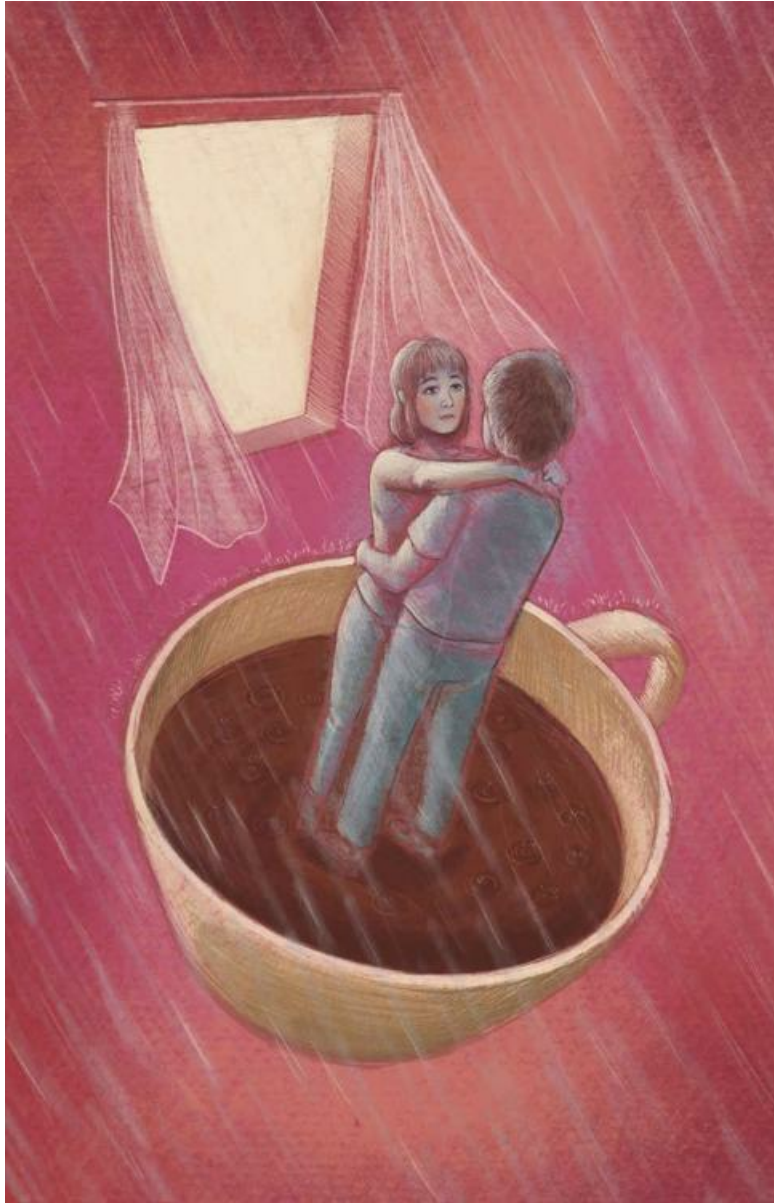
Bailamos, balanceándonos de un lado a otro en el silencio del lugar rodeado del olor a canela.

—Oye, Astrid. Ese Declan me gusta. Me gusta para ti.

—A mí también me gusta.

Hay música en mi cabeza. ¿Esa sensación de que la música entra por los pies? Yo lo he sentido y es excitante. Sentir como vibra el suelo y esa vibración alcanza tus pies hasta llegar al corazón. Es inexplicable y me gusta. Un pájaro ha chocado contra mi ventana para sacarme de mi ensoñación. Se ha ido; solo abrazo un aura de polvo flotante. Que se disipa.

El suelo está muy frío, mis pies se estremecen al tacto y las nubes han invadido el cielo otra vez. Lo poco que queda de mi té se ha enfriado y su aroma se ha desvanecido.



—Te amo y te amaré por siempre —la voz de Fernando resuena como eco en la habitación.

—Siempre estarás en mi corazón...donde quiera que estés.

Y se va...igual que yo me veo obligada a dejar de soñar despierta.

La campana no ha sonado en toda la mañana, el viento hace más ruido entre las hojas de los árboles, que nuestras respiraciones juntas en esta habitación. Esta es la semana más aburrida. La cafetería ha estado casi desierta. Declan no ha pasado tan a menudo como me hubiera gustado, sobre todo porque los clientes no han decidido regresar todavía, y pasar más tiempo con él, no me desagrada.

Sarah ha salido a una revisión con el médico, insiste en que todo es normal a su edad, y lo sabemos, pero es imposible que no nos preocupemos por ella. Maritza ha estado ausente, o al menos esa impresión me da, ella no me ha contado nada, esperaré a que se acerque; no acostumbra a leer en el trabajo, pero mientras tanto se esconde tras la portada de un libro. Se que no lo está leyendo, pero tampoco me gusta ser metiche. Declan también ha estado un poco extraño, he visto que se muerde las uñas, aunque no recuerdo si ya lo hizo anteriormente y no lo note antes o es reciente. Pero no sé lo que le pasa, es como si su mente estuviera en otro lugar. Quizás sea la presión en la escuela.

Entiendo que tiene muchas cosas que hacer, como estudiar, asistir a la universidad, hacer tareas, pero estos días me siento abandonada. En parte también por mi amiga, que también está inmersa en su burbuja, ni siquiera cuando le cuento que he salido con Declan y sus amigos, no pregunta nada, como lo hace otras ocasiones en las que quiere que le diga hasta el más mínimo detalle.

La vida es eso que no sabemos que tenemos hasta que la vamos a perder, y pasa mientras no sabemos qué hacer con ella. Creo que eso le pasa a Declan, a Maritza, a mí...o eso espero.

Un golpe en el cristal de la ventana me sobresalta y salgo de mis pensamientos. Un niño tiene la frente pegada, al retirarse, una marca de sudor queda plasmada. Se queda mirándome fijamente, escudriñándome con esos ojos verdes tan grandes que tiene; da un lengüetazo y yo me quedo observándolo, se ríe y puedo ver que le falta un diente. Lo que diera yo por regresar a ser niña. Somos tan felices a esa edad, que ni siquiera lo sabemos. No existen los prejuicios, razas, religión ni color de piel que se interponga entre nosotros y lo que queremos, porque solo somos felices, sin saberlo.

—¡Alejandro! Niño, deja de lamer todo lo que se te pone enfrente, por el amor de Dios.

Me siento en la silla junto al cristal. El niño sale corriendo ante la reprimenda de su madre. Se despide de mí con un movimiento de su mano, yo le devuelvo el saludo, como si fuéramos dos amigos que esperan volver a verse pronto. Me recargo en el cristal de la ventana y cierro los ojos. Estoy a punto de sumirme en una profunda siesta, cuando un ruido me hace brincar de la silla en la que estoy, casi provoca que pierda el equilibrio. Es Maritza, su cabello chino esta revuelto y el brillo en sus ojos es signo, de que quiere contarme algo importante o se enteró de un buen chisme, ya no puede ocultarlo. Cualquiera que sea el caso, me alegro.

—¡Te tengo que contar algo que paso, jugoso y muy importante!

No hago ademán alguno, y sigo esperando a que continúe. Ella mueve los dedos entre las hojas del libro con el que azota la mesa, se le nota inquieta. Debe ser algo serio; aun así, no doy muestras de ansiedad y espero a que ella tome la palabra.

—¿Prefieres que escribamos? —asiento, ella se levanta de la mesa y regresa con una pequeña libreta y un lapicero para comunicarnos mejor. Me quito el aparato auditivo que ni siquiera traigo encendido, lo dejo a un lado del florero con margaritas. Maritza escribe, y veo el temblor en sus manos, que intenta disimular. Termina de escribir, suspira y da vuelta a la libreta hacia mí para que pueda leer lo que ha escrito.

«He encontrado a mi madre biológica.»

Esa frase me deja sin palabras para escribir, mi cara de sorpresa debe ser enorme, porque

Carmen me ha preguntado desde la barra, si todo está bien. Un cliente llega y ella misma lo atiende. Ni siquiera me enteré de que la estuviera buscando.

—¡Todo bien Carmen, gracias por cubrirnos!

Sigo sin saber que escribirle, así que me levanto para abrazarla tan fuerte, esperando ayudar a que los pedazos de su alma terminen por unirse, porque no sé qué decirle. La vieja Mercedes siempre ocupara gran parte de su corazón, de eso estoy segura. Fue ella quien le dio un hogar y la ha visto crecer, ese lugar nadie se lo quitará, sin embargo, ha encontrado a la mujer que la engendró y eso tiene un significado muy especial para Maritza. Sé que hay muchas preguntas que quiere hacerle. Una en especial y quizás daría todo lo que tiene, por la respuesta a esa única pregunta. El motivo de la adopción.

No puedo contener más la emoción y una lágrima traicionera se me escapa. Es de felicidad, estoy feliz por ella.

«¡Quiero saberlo todo, cada detalle!»

«Saliendo del trabajo vamos por unas cervezas y más te vale avisar que llegaras tarde, porque te escribiré la carta más larga del mundo.»

La soledad ha decidido retirarse. Los clientes habituales se hacen presentes y la normalidad regresa a la cafetería. Como si al liberar ese secreto, se abrieran las puertas. Maritza se retira unos segundos antes y al cerrar el libro que traía consigo, una pequeña hoja de papel cae al suelo doblada, la tomo del suelo y la guardo en mi bolsillo trasero del pantalón. Tomo una servilleta para limpiarme las lágrimas que se me escaparon. Cierro una de las puertas, me siento sobre la taza del baño. Siento que no debo leerlo. Desdoblo la nota y hay unas cuantas líneas escritas. Parece un fragmento de un poema. No logro reconocer de que autor es. ¿Lo habrá escrito Maritza para su madre?

*Ven a mi encuentro
y abraza a mi corazón que te necesita.
El clima esta como te gusta*

*y la lluvia no va a tardar en volver para hacer la noche perfecta.
Así que ven. Ven que te espero.*

Las chicas se han adelantado a la cafetería. Declan espera a Samuel, que aún no sale de su último examen del día en su escuela, dice que se sentirá extraño entrar solo, ver a Astrid y no saber cómo reaccionar. Así que ha pedido, no, mejor dicho, suplicado para que lo espere y llegar juntos. Como siempre, llega con su cigarro sin fumar en la boca y con el cabello más revuelto que de costumbre.

—¡Ey bro! Gracias por esperarme.

—No hay bronca, ya sabes, pero sigo pensando que es una tontería. Pareces una novia nerviosa.

—Oye, ¿ya no llevamos así de pesado? —levanta las manos a modo de defensa, sin dejar de lado su risa burlona—. Es solo que no quiero regarla con Astrid.

—No tienes de que preocuparte, ella está acostumbrada a los idiotas —lo último lo dice en tono de sarcasmo. Le molesta que se sienta incómodo de alguna manera con ella —, las chicas se llevaron el coche, tendremos que caminar, por suerte no queda lejos.

—Atravesemos el parque, nos ahorraremos un buen tramo de camino.

—Un poco de contacto con la naturaleza, eh —no quiere admitir que es una buena idea—. No nos hará mal.

El pequeño parque está bastante concurrido por personas de la tercera edad, algunos chicos y un grupo de chicas, que se encuentra usando los aparatos para ejercicios al costado de la pista. La primaria esta justo al otro lado del parque. De lejos se puede ver el “mundo”, abarrotado de niños con uniforme de la escuela “Revolución Mexicana”. Al principio se ve como algo normal, Declan recuerda cuando era chico, también hizo fila por marearse en ese juego, pero después de poner más atención al ruido exterior, alcanza a distinguir: “pelea, pelea, pelea”. Una niña grita y el circulo de pequeños humanos se abre. Luis Daniel está en el suelo. Por un instante se queda impactado de ver a ese niño, con la seriedad grabada en su cara, que tarda en reaccionar. Le pega un codazo a Samuel, que se queja y corre tras de él al centro de la pelea infantil.

—¡Oigan, deténganse! —corre agitando las manos para llamar su atención—. ¡No sigan peleando, se van a lastimar!

—¡Espérame, bro!

Los ojos de los pequeños se abren tanto que se ven enormes, salen asustados arrastrando sus mochilas, dejando al pobre Luis Daniel tirado en la tierra sin moverse. Se quedan parados junto a él; lo escuchan sollozar y ven su rostro haciendo pucheros de bebé.

—Vamos campeón arriba.

—¿Qué te pasa? ¿Quién es él?

—Es el hermano de Astrid. Se llama Luis Daniel.

—¿Tiene un hermano? ¿Y él si habla?

—Claro que hablo, bobo.

—Relájate hermanito, yo solo tenía curiosidad.

Su comentario lo hace enfurecer, así que decide ignorarlo. Samuel se ve fastidiado, es evidente, no esperaba esa respuesta de Luis Daniel. Declan intenta levantarlo del suelo, pero lo único que logra es que se siente, se rehúsa a ponerse de pie. Abraza su mochila, como si fuera lo más preciado que le quedara. Y llora. Está reteniendo las ganas de hacerlo desde hace rato.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Esperar. A menos que decidas adelantarte y llegar solo a la cafetería.

—Por eso digo que esperamos...

—Gran idea amigo.

Se coloca en cuclillas, le da unas palmaditas en la espalda, él se recuesta en su pecho y su llanto se calma. Samuel se sienta cómodamente en la banca dentro del “mundo” y se queda viendo la pantalla de su celular. Soltando de vez en cuando una risa tonta.

—¿Quieres contarme qué paso? ¿Por qué estabas en una pelea? —él se limpia la nariz con la manga de su uniforme lleno de tierra y se talla los ojos para evitar más lágrimas. No dice nada, se queda mirando sus manos sucias.

—No es necesario que me cuentes, será mejor que nos vayamos, de hecho, íbamos camino a la cafetería...

—Ellos se estaban burlando de mi hermana —dice con su vocecita, tan bajo que Declan apenas lo puede escuchar.

—¿Qué?

—Estaban diciendo que mi hermana es retrasada porque no sabe hablar. Trate de decirles que era lo que pasaba en realidad —se cubre los ojos, intentando contener las lágrimas, pero a pesar de eso prosigue—, pero no me hicieron caso, solo seguían haciendo caras chistosas y diciendo que era un fenómeno.

—Fuiste muy valiente al defender a tu hermana.

—Pero perdí —esconde la cara entre sus piernas.

—Eso no importa, lo que de verdad es importante es que la defendiste con todas las ganas de tu corazón, y cuando lo haces así, no importa si ganas o pierdes.

Sus ojos se iluminan, y se seca las últimas gotas que quedaron atrapadas entre sus pestañas. Sonríe.

—No le digas a Astrid que estuve en una pelea.

—Será nuestro secreto —le guiña el ojo, él intenta hacerlo, pero cierra ambos y eso le causa mucha risa.

Si tan solo nuestros ojos vieran almas, en lugar de solo el exterior, serían diferentes nuestros pensamientos. No tendríamos que preguntarnos como actuar con una persona, o si será correcto decirle esto o aquello, simplemente nos sentiríamos en paz y eso sería más que suficiente.

El pensamiento sobre dejar ir, me golpea en la cabeza, no he podido soltar desde la mañana. Me preocupa que la madre biológica de Maritza, no esté al nivel de sus expectativas. La veo nerviosa, con las manos temblorosas desde la noticia, pero también, con una risa que demuestra lo feliz que la hace conocer a esa mujer, que la engendró durante nueve meses. Mercedes ya está al tanto.

Me di cuenta de el momento exacto en el que mi amiga, le dice la razón de su encuentro. Su semblante cambia en un segundo y su espalda permanece recta; las comisuras de la boca se le hacen más marcadas y las arrugas en su frente se multiplican.

—¿Cómo que la has encontrado? ¿Y ella ha aceptado verte?

—Sí, lo hizo madre. ¿Por qué te sorprende tanto?

—Bueno...mmm, fue una adopción cerrada. Fue su decisión desde el inicio, no deseaba verte. Cuando te entregó en mis brazos, ni siquiera lo dudó —empieza a romper las galletas de vainilla que están en un pequeño plato junto a las tazas de café frío—. Ella ni siquiera se despidió de ti.

Sus manos tiemblan. Maritza baja la mirada, bebe su café y hace un gesto de amargura. Estoy segura de que no le puso azúcar.

—Bueno, pero ahora si quiere verme... quiere conocerme.

—Ya eres mayor de edad, estas en todo tu derecho y no te lo voy a impedir. Además, sé que, si te lo pidiera, no me complacerías. Siempre has sido una rebelde, mi niña.

—Tu siempre serás mi madre Mercedes y siempre te querré más que a cualquier ser en este mundo.

La señora Mercedes se ve rendida ante la decisión de Maritza. Toma la mano de ella entre las suyas y la aprieta con todas las fuerzas que su cuerpo le pudo dar en ese momento. Se levanta sin decir nada, sin despedirse, ni siquiera de su hija y se va. Lo comprende.

Después de esa visita que deja, no solo las bebidas frías, sino también el alma de aquella mujer, que ha dado su vida por ella, ha estado distraída, el nerviosismo se ha quedado en su cuerpo. Ha confundido las órdenes de los clientes y derramado la crema batida de los frappés, en más de una ocasión. Eso es muy raro en ella.

«Deberías tomar un descanso, yo te cubriré»

—Gracias, yo descansaré solo diez minutos, te lo prometo chica.

La campana de la entrada suena. Karla y Ana entran, vienen con el cabello alborotado, porque el viento las ha despeinado.

—¡Hola Astrid! —me saluda Karla desde la puerta, Ana solo hace un movimiento con la mano a manera de saludo. Se acomodan en una mesa para cuatro. Supongo que los chicos vendrán también.

Las chicas ordenan lo de siempre, y quince minutos después, Samuel y Declan aparecen, pero esta vez no vienen solos. Mi pequeño hermano viene con ellos. Él camina hacia mí y me da un beso rápido en los labios.

—Lo hemos encontrado en el camino y hemos decidido acompañarlo, ya que teníamos el mismo destino...una disculpa, yo lo olvidé —Samuel hace un intento bastante vergonzoso por disculparse.

—Eres un idiota Samuel —lo tomo de la mano para que comprenda que no pasa nada, esos

comentarios los he escuchado un millón de veces, que ya no tienen efecto sobre mí. Se tranquiliza. Y da un gran suspiro.

Luis Daniel tiene la cabeza gacha, noto que tiene hojas secas enredadas en el cabello. Pongo mi mano en su barbilla, la levanto ligeramente para poder ver su rostro, tiene tierra en la nariz y las mejillas. Sus ojos se ahogan en las lágrimas que se rehúsa a dejar salir. Declan me escribe un WhatsApp.

“Astrid, le invitaré una malteada a Luis Daniel, sería genial si pudieras sentarte unos minutos con nosotros.”

Asiento y sonrío. Le revuelvo el cabello a mi pequeño hermano, me quedo observándolo unos segundos y me voy a la cocina. Por primera vez en mucho tiempo, siento que no soy la indicada para enterarme de sus penas.

Muevo cuidadosamente el florero con gerberas de color naranja a un lado y coloco en el centro de la mesa la malteada y el café frío. De manera automática, cada uno toma la suya y les dan un gran sorbo a las bebidas. Me quedo parada, subo el volumen de mi aparato auditivo y continúo esperando a que alguno de los dos diga algo, pero no lo hacen. Una de las mejillas de Luis Daniel, esta manchada a causa de las lágrimas que se le escaparon y la tierra. Intento borrar el rastro de su llanto, pero eso solo causó que fuera más evidente lo que acaba de suceder. Declan me hace una señal para que me siente, pero me da la sensación de que soy una extraña, de que no me corresponde estar en esta conversación. Pero, ¿de qué pueden hablar estos dos?

—Luis Daniel es el más valiente de los valientes, Astrid.

Lo sé.

La universidad se encuentra casi desierta, los exámenes están por terminar y han tenido algunas horas libres. Karla y Ana están compartiendo e intercambiando maquillaje entre ellas, los chicos aún no llegan. Samuel dijo que hará lo posible por acompañarlas un rato. Y Declan, no sabe nada sobre la sorpresa que le tiene preparada su prima, estará sorprendido cuando salga de su examen y la vea.

Ding.

Justo cuando está pensando en Astrid, le llega un mensaje de ella, donde le comenta que ya está en la entrada.

—Llegó Astrid, voy por ella a la entrada —Ana la ve con cara de fastidio y resignación. Lo puede entender, aún le gusta Declan.

—Bueno, amiga, no te tenemos opción, ¿verdad? —sus ojos son tiernos, aunque intente ser mala, no le queda.

—Te encantará conocerla. Yo también dudaba de la situación cuando Declan sugirió una cita doble, pero fue la mejor cita doble de la historia, ¡te lo juro!

—Admito que me hubiera gustado ver mientras le dabas la golpiza a Paula.

—Eso ocurrió gracias a Astrid —se da la media vuelta, pero se detiene para un comunicado importante—. Por cierto, ella normalmente está acostumbrada a que le escriban, puede ser en una libreta o un whats. Es más fácil que las señas. Aunque a veces usa un aparato que se supone la ayuda a escuchar, pero no sé si lo usara.

—Esta bien.

Cuando Karla llega a la entrada, se encuentra con una Astrid muy concentrada en un par de colibríes que vuelan cerca de ella. ¿Qué estará pasando por su mente? No la quiere distraer. Las aves vuelan en su dirección, ella la ve, se levanta del suelo para darle un abrazo. Con una seña le indica que me siga. Pasan entre las arboledas para acortar un poco de camino y llegar más rápido al área verde de la cafetería, donde Ana las espera. Se encuentra hojeando una de sus libretas, ella ha movido un poco la mesa en busca de sombra, no hace calor, pero agradece en su mente que lo haya hecho. El día es perfecto, incluso da la sensación de que nada puede salir mal.

—¡Ey, mira quien llegó!

Ana levanta la mirada, sonríe y se acerca a encontrarlas.

—Bueno Astrid, quizás ya sepas quién es, pero hare la presentación oficial. Astrid ella es Ana, Ana ella es la famosa Astrid, la novia de Declan.

—Un gusto conocerte linda —dice, al mismo tiempo que mueve su mano.

Karla duda en si ella la habrá escuchado, aunque también asume que el saludo con la mano es algo que se hace casi por inercia cuando te presentan a alguien. No ve rastro de confusión en el rostro de Astrid, así que se sientan a la mesa. Las chicas comienzan a conversar y a escribir con Astrid. Preguntas muy bobas y básicas, como, ¿cuál es tu color favorito? Parece ser un buen inicio, aunque a leguas se nota que Ana, es la menos involucrada en la conversación escrita. Las hojas caen de los árboles y mientras las ve balancearse con el viento, Karla no puede evitar pensar si ha cometido un error al tratar de integrar a la novia de su primo en el grupo, sobre todo conociendo los sentimientos de Ana. Siente una cosquilla de culpabilidad.

El rechinido de una puerta las hace voltear, es Declan, que viene pateando piedras y basura del suelo, se pasa la mano por el cabello.

—¡Ey! ¡Por aquí!

Declan voltea y se detiene por un segundo, cuando su mirada se encuentra con la de Astrid. Ese es el lugar menos pensado para encontrarse con ella, la sonrisa se le pinta en la cara de manera automática y camina dando zancadas para llegar a donde están. Se olvida por completo que esta su prima y Ana, él va directo hacia su novia. La abraza como si no la hubiera visto en años.

—Oye, yo también merezco un abrazo. Esto fue mi gran idea —le dice, al mismo tiempo que le da un puñetazo en el hombro.

—¡Auch! Tienes la mano pesadita prima.

—¡Claro que no! Tú eres muy débil.

—Ya, ya. Y.... ¿de que estaban hablando?

—Cosas de chicas —interviene Ana, observando un mechón de su cabello.

—Y de lo odioso que es el director —la expresión de Karla se vuelve intrigante—, alguien debería darle una lección a ese señor.

—¡Y por supuesto que no vamos a hacer nosotros!

—¿Qué? No seas cobarde. Incluso hasta creo que el universo está a nuestro favor, justo ahí va el director Díaz, ya se va. ¡Es nuestra oportunidad!

Todos voltean al camino por dónde camina. La cabeza calva con apenas unas cuantas canas del director, se asoma por encima de los arbustos que rodean la cafetería. Y después miran a Karla, que tiene la esperanza en sus ojos oscuros.

—Ni se te ocurra —ella arruga su nariz al escuchar a Declan en su tono de voz de autoridad, mira su reloj—. Tengo que irme, me van a adelantar el último examen. Gracias por la visita Astrid.

La besa, se va trotando, a lo lejos todavía les advierte.

—¡No hagan locuras!

Cuando Declan desaparece de vista, Karla se abalanza sobre ellas, tal como un tigre a su presa.

—Por favor tienen que ayudarme a sacar mi archivo de la dirección —Karla las ve con ojos de cachorro, las toma a ambas de las manos y ellas solo de miran las unas a las otras —No puede haber más reportes míos en esa carpeta.

—Entonces deja de hacer travesuras —la reprende Ana como a una niña chiquita.

—Bueno, solo ayúdenme a sacar unos cuantos, de la carpeta, se los estoy pidiendo de favor.

—Soy tu amiga, pero no cuentes conmigo para eso. Alguien nos puede cachar en la movida y no quiero un reporte en mi expediente.

—Creo que somos las únicas almas en la escuela, y los que pudieran estar, están más ocupados en sus últimos exámenes. Vamos...please.

Prácticamente les está rogando, Ana solo se rasca el brazo tratando de evitar su mirada suplicante, y Astrid, ella solo pasa su mirada de una a otra sin saber que hacer.

—¿Entonces, si me ayudaran?

Astrid se deja arrastrar por la avalancha de locuras de Karla, ella asiente y sonríe, está a bordo de un barco que va a hundirse. Y Ana suspira resignada, como si no tuviera opción alguna, más que ponerse el chaleco salvavidas.

—Solo vigilaremos y si alguien viene saldremos huyendo, ¿de acuerdo?

—¡Eso, son mis chicas valientes!

—Hagámoslo antes de que me arrepienta.

El pasillo que da a la oficina del director Díaz, está vacío, las secretarias hacen rato que se

han marchado, así que el terreno está libre. Karla se arrodilla para forzar la cerradura de la puerta, con una tarjeta del cine. Astrid y Ana dan vueltas por todos los alrededores, como leones enjaulados y revisan que nadie este por el pasillo. Después de al menos diez minutos eternos, es escucha un “crank” y la puerta se abre.

Karla se para justo debajo de uno de los ventiladores de techo y su cabello se alborota, siguen encendidos. Evidentemente, a las secretarias les importa un bledo gastar energía. Se asoma por la puerta entreabierta, entra a toda velocidad, de un lado a otro dentro de la oficina buscando entre carpetas y dejando todo fuera de lugar. Sin duda el director se dará cuenta de que alguien ha estado aquí, por el desorden que está dejando. Escucha un sonido, parecen llaves...alguien viene. Ana le hace una seña a Astrid para que se asome al pasillo. Su cara refleja preocupación, y se esconde tras una maceta con una palmera, lo suficientemente grande para cubrirla, mientras que ella se apresura a advertir a Karla.

—¡Debemos irnos alguien viene!

—*Karla*, ¡encontré mi carpeta!

—Y parece que yo las encontré a ustedes, señoritas —el director se queda con las manos en la cintura, con los ojos furibundos al verlas.

¡Por Dios! Karla abraza su carpeta cual loca, aprieta los ojos y espera regresar el tiempo con la fuerza que le queda para alcanzar a huir o esconderse, antes de este momento. Pero ahora solo les queda rezar para no ser expulsadas.

Hace días que no he visto a las chicas. Declan me dice, que Karla está castigada de por vida, casi. Ana esta con ellos por Karla, así que, sin ella, no hay mucho de qué hablar. No dejo de pensar en que hace mucho tiempo no me divierto tanto como cuando estoy con ellos, mientras mis pies rozan el suelo y mis tenis se ensucian, en el ir y venir del columpio. Intento volver a correr, pero he fracasado enormemente, el ejercicio y yo no somos compatibles. Así que me quedo aquí, en este parque casi abandonado, a ver pasar a la gente que, si les interesa su condición física, incluso a los que solo vienen a socializar y ponerse al día con los chismes; caminan y caminan, dando vueltas, ni siquiera trotan.

El sol apenas se asoma por entre las nubes, y la brisa de la tarde es lenta, parece que hasta ella tiene flojera de este día. Un par de ancianitas sonríen cada vez que pasan frente a mí. Como si intentaran, con cada arruga de su cara que me levante y salga tras ellas. Pero nada lo conseguirá; ni siquiera esa banda de color rosa que traen en la frente para evitar que el sudor llegue a sus caras, o esas mini mancuernas que traen en las manos. Nada lo hará, nada de eso llama mi atención. Me siento vacía, como si hubiera sacado todo de mi interior y solo quedara mi piel, intentando ser yo. ¿Por qué Dios me dio una voz que no puedo usar? ¡Ahhh, son tantas cosas!

No lo sé. En realidad, no se muchas cosas. Pero aquí sigo, buscando el sentido a la vida, aunque a veces parezca que no lo tiene. Levanto mis pies, para que ya no toquen el suelo, me impulso cada vez más y más fuerte. Mi corazón late deprisa y mi cabello despeinado baila con el vaivén de la velocidad del columpio. Dejo de darme impulso y solo mantengo mis pies elevados con mi mirada clavada en ellos. Me voy a quedar aquí hasta que se detenga solo. Unas risas me sacan de mi ensoñación. La melena rubia inconfundible pasa frente a mis narices. Ella y su séquito, dan dos vueltas más antes de que me decida que es momento de irme, a pesar de que el columpio aún tiene energía para más.

Tengo que atravesar todo el parque para llegar a la salida; se supone que voy un poco detrás del grupo glamoroso, pero no las veo por ningún lado. La gente camina a mi alrededor con ojos extrañados, con reclamos, porque estorbo en la pista. Me doy media vuelta y ahí están. Sus compañeras haciendo estiramientos o al menos fingiendo que lo hacen, y ella, Paula con sus labios rojos imponentes, y sedientos de venganza, estoy segura; juega con su cabello mientras explota una bomba de chicle.

—Pero mira lo que tenemos aquí —su mano me acaricia un mechón de cabello—. El pajarito se escapó de casa.

Bajo la mirada, en un momento de debilidad, pero no, ya no tengo que ser débil, debo ser fuerte. Levanto mi cara, dispuesta a retarlas y la miro directamente a sus ojos.

—Quizás el ratón le comió la lengua —su amiga morena, ni siquiera se molesta en voltear a verme al hacer ese comentario, se quedó revisando su celular, acto seguido, las tres estallan en risas.

—No seas mala Clara, ella no nos ha hecho nada para tratarla así, ¿o me equivoco, Astrid? —sus dedos rozan mi barbilla, y con la misma sutileza en sus movimientos la quito de mi rostro—. No tienes que mostrarte tan esquivas conmigo, solo quiero que seamos amigas.

Su sonrisa, casi malvada, provoca que se me revuelva el estómago. ¿Amigas? ¿Será que podemos ser amigas? Una parte de mi quiere de verdad limar asperezas, la otra no confía ni una

pizca en las palabras de esta chica, pero al menos, creo que no pierdo nada intentándolo, otorgándole una oportunidad o al menos el beneficio de la duda. Así que sonrío. Le digo con una seña que está bien, pero ella solo se queda observando, con esa sonrisa malévola en su rostro, la mía se desvanece de mi rostro cuando ellas explotan en carcajadas.

—¡Te dije que se lo creería!

—¡Es tan boba, pobre niña boba!

Mi respiración se agita, mis pies no responden y debo salir corriendo. Mis ojos se humedecen, bajo la mirada y camino hacia adelante, ellas siguen retorciéndose de risa, de repente estoy en el suelo. He tropezado. No, la chica que la acompaña a todos lados, ha metido su pie en mi camino y por eso estoy en el suelo. Paula extiende su mano, y en mi idiotez la he tomado, me empuja con sus brazos hacia atrás, caigo sobre mis codos, me los he raspado, las heridas arden y pequeñas gotitas de sangre se asoman.

—¡¿Qué pasa?! ¿Acaso creíste que olvidaría lo que tú y tu amiguita me hicieron?

—E nuy riferente, do...—no sé de dónde saca el valor para intentar pronunciar estas palabras, pero lo hago.

—Aww que ternura, apuesto a que son sus primeras palabras Paula, creo que deberíamos grabarla.

La otra chica, creo que se llama Valeria, saca su celular y comienza a grabar. Mi interior arde de un sentimiento que no conozco, una cólera gigantesca me domina y me dejo llevar. Pateo la mano de la chica, el celular cae al piso, me pongo de pie, lo piso una y otra vez. Estoy llena de una furia que no conozco. Ella se abalanza sobre mí, pero la esquivo fácilmente. Voy por Paula. La chica que fue su cómplice en la cafetería, sale huyendo y gritando. Vaya amiga que tiene.

—Oye, tranquila creo que...—no la dejo terminar, me aviento sobre ella, termino sentada en su abdomen, le empiezo a jalar el cabello, la golpeo con mis manos, la cacheteo, la rasguño y todo lo que puedo. Lloro de frustración, porque yo no soy así. Pero he llegado a un límite.

Toda mi vida las personas me han tratado diferente, burlado y hasta humillado. No sé quién soy en este momento. Mi víctima grita y patalea, pero nadie hace nada. Las ancianas deciden irse, y los demás sacan sus celulares para grabar la pelea. Intenta zafarse de mí; nadie reacciona ante sus alaridos. Tampoco yo. Siento como si estuviera viendo todo desde fuera y que algo se ha apoderado de mi cuerpo. Las risas cesan de repente, dando paso a murmullos.

Unos brazos fuertes me toman por la espalda, y mi presa huye. Un señor corpulento me carga como si fuera un bulto de papas.

—¡Este no es lugar para peleas, niñas!

Mientras el señor me carga, alcanzo a ver su rostro, me parece estar viendo a una persona completamente diferente por unos segundos. Me quedo sentada en el suelo, con mi cara entre mis piernas, para no ver nada.

“Tienes que ser buena persona, pero no pierdas el tiempo demostrándolo”. Hoy más que nunca, estoy de acuerdo con ella. Mucho tiempo atrás, mi madre dijo en una ocasión: ser buena con los demás, sin importar las cosas o las situaciones, porque yo no sé qué ha pasado en la vida de las personas. Y evidentemente, ellas tampoco saben que ha pasado en la mía. Pero a nadie le interesa mi pasado y mucho menos yo. ¿Por qué tengo que preocuparme por los demás? ¿Algún desconocido se ha preocupado sinceramente por mí? Me pregunto esto casi todos los días desde que tengo uso de razón, y en cada momento que se presentara, mi madre dijo lo mismo.

Llego al punto de preocuparme tanto por todo y todos, que incluso a veces pienso si un árbol llora cuando se queda sin hojas.

Con tantas personas a mi alrededor me es imposible no recordar a la vecina que reza a Dios,

para que su futuro bebé no tenga mi maldición. Ella habla sorprendida, cada vez que mi madre y yo, la encontramos de camino al mercado, a la tienda o simplemente hemos tenido la mala suerte de pasar frente a su casa. Exclama, “*¡Ay Evita, que habrás hecho en tu vida pasada!*”; mi madre solo la saluda y sonríe, se indigna ante tales comentarios, lo veo en su cara, con mis ojos de niña, pero ella siempre sonríe, “*Que tenga buena tarde Mechita*”.

Fueron tantos años ahogados en mi pecho. Ya no resisto más y la ola de heridas las he dejado caer sobre Paula. La bañe con las ganas de gritar: *¡Ya no más!* No encuentro otra forma en la cual pudiera expresarme con ella.

Hoy he intentado hacer algo que ni siquiera con Declan, que me ha demostrado ser una buena persona conmigo y alguien en quien confiar. Trato de pronunciar con la mejor dicción que pude algunas palabras, de comunicarme de la única manera que ella conoce y que para mí es un sueño. Hablar.

Una brisa fresca me recorre la espalda, las copas de los árboles se mueven, dejando pasar la luz del sol de vez en cuando y dibujando formas en el suelo que parecen estar bailando. Sigo con la cabeza escondida; una mano cálida esta posada sobre mi hombro, es Maritza, que va con ropa deportiva y su cabello sujetado en una cola de caballo. Un poco más atrás, están los demás: Declan, Karla, Ana, Samuel bebiendo un Gatorade. Me saludan con la mano, esperando que los salude de vuelta, pero no tengo ánimos y vuelvo a esconder mi cara. Una mano cálida me toca el hombro dos veces, levanto la mirada para ver un papelito doblado. Lo recibo y lo abro.



«Diste una pelea bien chida. D.»

«Tremendo susto le has dado a esa Barbie, apuesto a que no volverá a meterse contigo. S.»

«Estoy orgullosa de ti. ¿Quién diría que aprendes rápido? K.»

—Oye chica, recuérdame no hacerte enojar nunca, jamás en la vida —me rodea con sus dos brazos y yo rompo a llorar, dejo mojada la parte del hombro de su playera. Me limpio las lágrimas antes de girarme a ver los chicos, todos con atuendos deportivos. Ellos me aplauden, como si acabara de ganar algo.

Me levanto del suelo, llena de polvo. Declan me abraza, toma mi rostro entre sus manos y me besa.

—La neta se lo merecía, es una arpía—nadie esperaba que este comentario proviniera de Ana y la miramos con asombro.

Las risas estallan y solo quiero estar con mi mamá.

Después del día de la pelea, Paula y su séquito, no se ha aparecido ni de chiste por la cafetería, incluso Karla menciona en un comentario, que hace lo posible por esquivarlos en la universidad. No me siento mal, más bien, me siento aliviada de ya no tener que pensar en el miedo o en lo que me podría decir o hacer.

Incluso noto más feliz a mi hermanito, desde aquel día con Declan. No sé qué habrá pasado o de que llegaron a hablar, y al final, tampoco importa, porque su sonrisa es lo mejor. Los chicos se ven increíbles charlando en la mesa del rincón. Maritza está al otro extremo, atareada porque tiene que cobrar ella misma los pedidos, porque Carmen no ha llegado.

Es un día realmente lindo, me da la sensación de que la energía negativa ya no existe. Los pájaros revolotean muy cerca de las ventanas y los perritos que andan cerca intentan atraparlos. Me parecen tan tiernos. Recojo los platos sucios de mis mesas, voy en su auxilio, cuando veo entrar a Carmen.

—¡Vaya, ya era hora de que llegaras niña! ¡Estoy vuelta loca! —se amarra el cabello enredado en un moño y termina atándolo con un listón verde—. Y porfa, quítate los audífonos esta tarde, que siento que me ignoras cuando los llevas puestos, ¿va?

Carmen, se acomoda los lentes y guarda sus audífonos en su mochila floreada, que deja sobre el suelo. Nunca le ha gustado dejarla en el pequeño armario que tenemos para guardar nuestras cosas.

Sarita ya no viene como antes, prácticamente solo viene los domingos, que es un día de poca actividad, le ha dejado la responsabilidad del negocio a Maritza. De reojo, veo a los chicos seguir parlotando, se ríen, a excepción de Declan; está tan sumido en sus pensamientos que ni siquiera se ha comido la crema batida con canela de su frapuchino, eso sí es raro. Se revuelve el cabello con la mano y con la otra juega con el tenedor que le deje para la rebana de pay, que tampoco ha tocado.

Karla también lo ha notado, luego Ana, que lo mira fijamente con la mirada perdida en él. Mientras este sigue viendo como hipnotizado, como se va derritiendo la crema lentamente. Parece una película que se reproduce de manera interminable, como si fuera minuto a minuto, y yo soy la única espectadora. Pero no cualquier espectadora, una que ve como miran a su novio con ojos de cachorro a medio morir, y por primera vez, después de un larguísimo tiempo, siente celos por alguien. Siento una presencia que me interrumpe.

—Chica...—Maritza, me toca el hombro, y yo dejo caer el azúcar de la sorpresa que me ha dado, ¿lo habrá notado? —, estoy nerviosa.

Muevo mi cabeza hacia un lado, para darle a entender que no entiendo la razón de su nerviosismo.

—Mañana veré a mi madre, la biológica.

Leo sus labios. Me quedo atónita ante la noticia. No puedo dejar de pensar en la señora Mercedes. Ella cree que no la he entendido o que no he alcanzado a leerla; pero el sonido de mi aparato está bien, ella me escribe una nota.

«Mañana veré a mi madre, la biológica.»

El pedazo de papel se queda en mis manos; este es uno de esos momentos en los que agradezco no poder usar mi voz, porque ni siquiera tengo palabras para para escribir.

La mañana parece ser como cualquier otra en esta época del año. El viento que nos acompaña es ligero, se cuela entre mi cabello de manera refrescante, aunque el sol se esfuerce en elevar la temperatura, provocando calor, porque hasta parece que quema la piel a estas horas. Algo inusual.

La cafetería de la cita es moderna. Los sillones del interior tienen un estampado de flores entre colores beige y café oscuro. Las mesas pequeñas que se encuentran en la parte delantera, en el exterior, tienen mesas de madera barnizadas de un color oscuro para que combinen con el tono de los sillones. Los centros de mesa son de madera con flores artificiales, algunos solo tienen unas ramas como si fueran helechos sin vida.

El tacto de la mano de Declan me calienta la mano, juega con sus dedos sobre mi palma y yo siento un cosquilleo recorriendo mi espalda. Bebo un sorbo de mi café caliente, que he pedido con alcohol, sí, con un toque de whisky. Es el café más delicioso que he probado. La cafeína mezclada con el licor hace que mi paladar experimente otro nivel de sabor. La temperatura de la bebida es ideal para la batalla contra el sueño un domingo a las 9:25 de la mañana, y bueno, lo demás le da un twist. Declan, ha pedido un café negro. Anoche se desveló haciendo trabajos de la escuela, está más dormido que despierto, pero aquí está, apoyándose, mientras apoyo a mi amiga.

Ella está en el interior, en la zona climatizada. La veo a través de la puerta de cristal, está jugando con sus rizos, mordiendo el labio inferior, mientras ve la hora en su reloj puesto en la muñeca. La cita es a las 9:30, llegamos antes. Maritza no quería que su madre tuviera que esperarla. Le envió una foto para que pudiera reconocerla al llegar. Ella no quiso que le enviara una, la primera vez que la viera quería hacerlo en persona. Somos los únicos clientes en la cafetería “*Santo Café*”, hasta el momento.

El sonido de tacones interrumpe en el ambiente, suena una canción de una banda de chicos y Declan me escribe, que le gusta esa canción y veo sus labios moverse al mismo tiempo que mueve sus dedos, imagino que al ritmo de la música. Una señora vestida de manera elegante y casual entra; está usando jeans, una blusa blanca de seda y un saco azul marino combinado con tacones bajos pero ruidosos al caminar; pasa al lado de nosotros, se quita las lentes de sol, su cabello con un lacio perfecto se despeina un poco y saluda.

La dama duda en la puerta, Declan y yo la miramos ansiosos, debe de ser ella. Saca su celular y lo mira fijamente. Entra. Se dirige hacia Maritza, que no le ha quitado la mirada desde que la vio en la puerta. Se sienta sin dudar en su mesa. Y nosotros nos quedamos como observadores de una película muda.

—¿Eres tú? ¿De verdad viniste?

—Hola Maritza —se quita los lentes oscuros y los deja sobre la mesa—. De verdad que eres hermosa mi niña.

—Gra...gracias, usted también es muy bella señora Camila.

—Tonterías. Dime Camila solamente, no necesitamos tanta formalidad querida. En cuanto a lo de bella, bueno, necesito mucha producción para llegar a esto —empieza a jugar con las siete pulseras que trae puestas en la mano derecha, su mirada fija en ellas—. Tienes los ojos de tu padre...y su cabello.

Maritza se congela ante tal revelación, la sorpresa se ve en sus ojos, respira profundamente.

—¿Cómo era él?

—Bueno querida, creí que querrías saber de mí y de mi vida —revisa sus uñas, saca su iPhone y lo deja sobre la mesa—. Pero, en fin, ¿por dónde empiezo?, bueno, él era el típico muchacho que sabía que palabras usar para conseguir lo que quería, de cualquier persona,

endulzar el oído era su talento. Muy guapo eso sí, con tus ojos profundos, hasta siento que es él quien me está viendo en este momento —levanta la mano para llamar al mesero, pide dos capuchinos, Maritza asiente en señal de estar de acuerdo—. Como te decía, era el chico popular de la escuela, tuvimos un romance intenso y profundo, pero no era amor. Cuando intente endulzarle el oído diciéndole que estaba embarazada, él se quedó sordo —el mesero regresa con las bebidas.

—Dos capuchinos. ¿Puedo ofrecerles algo más?

—Eres un encanto querido, pero estamos bien.

—¿Señorita?

—No, gracias.

—Estamos bien —el mesero se retira, y ambas le dan un gran sorbo a la bebida caliente al mismo tiempo—, como te iba diciendo, recuerdo tan nítidamente ese día, en la escuela. Se lo dije, toda emocionada con una sonrisa de oreja a oreja, él dejó de verme a los ojos, se levantó para irse y no volver a dirigirme la palabra, ni por mensajes de texto.

—¿Y ya? ¿No insististe, no quisiste luchar por mí, por nosotras?

—¿A los 16 años? ¡Imposible! ¿Qué iba a hacer yo con una bebé? No podía cuidarme ni yo misma —se detiene un poco para pensar—; mi madre me convenció de darte en adopción, y fue mi decisión que fuera cerrada. Me sorprendió demasiado que me hayas localizado, porque eso significaba que sabías que eras adoptada...me hubiera gustado que nunca te enteraras de eso.

—¿Planeabas que viviera en una mentira toda mi vida?

—No iba a ser una mentira. La mujer que te adopto es más madre que yo, aunque no hayas crecido en sus entrañas. Pobre mujer, estaba muerta por dentro.

—Sabes que, tienes razón, Mercedes es la mejor madre que me pudo haber dado la vida. Porque la que me toco, resulto ser una cobarde.

—¡Más respeto niña, que soy tu madre!

—¡Tú renunciaste al derecho de ser mi madre cuando me diste en adopción! ¡Mi madre es Mercedes!

—¡Eres una grosera!

—¡Y usted una desalmada!

Camila se levanta de un brinco, sobresaltada, se acomoda la blusa y el saco. Trata de disimular que las palabras no le han afectado, pero sus ojos no engañan a nadie. Maritza, respira aceleradamente, con la furia en el rostro como reacción ante lo que ha dicho su madre biológica, sin tocarse el corazón, como si estuviera hablando de la vecina, o del chisme de moda. Camila intenta rozarle la mejilla con su mano, pero Maritza la esquivo con agresividad.

—Yo pago la cuenta, ya te puedes ir a vivir tu vida perfecta.

—Ni siquiera hablamos de mi vida, querida.

—Ya se todo lo que necesitaba saber, señora.

—Discúlpame por haberme expresado de esa manera de la mujer que te crío. Espero que algún día podamos volver a reunirnos —se pone los lentes oscuros y el ruido de sus tacones marca el ritmo de su retirada.

—Mercedes —Camila se gira para mirarla, y sonríe con tristeza—. La mujer que me crío se llama Mercedes.

La dama en cuestión sale con ojos llorosos, se apresura a ponerse sus lentes y para un taxi en cuanto llega a la avenida. La vemos irse, dejando un rastro de aflicción a su paso. En el interior de la cafetería hay una desolación encarnada: Maritza.

Me levanto de un salto, en cuanto veo que la mujer se sube a un taxi sé que tengo que ir por Maritza que sigue sentada, jugando con su cabello. Le aprieto la mano a Declan, como diciéndole, *“Esto es importante, tengo que ir con ella”*.

Pongo mi mano sobre el hombro de Maritza, ella me corresponde poniendo la suya sobre la mía, esta fría. La ausencia de vida en su alma me destroza. Algo en su interior se ha perdido. Su madre, se ha marchado, ahora solo le queda una vieja herida, más abierta que nunca. Como cuando tienes un accidente y vuelves a lastimarte en el mismo lugar.

—Las espero en el carro —dice mientras se truenan los dedos.

—No. Estoy bien, vámonos —leo sus labios. Sus ojos perdieron la luz.

El accidente, acaba de ocurrir para ella.

Maritza no habla, se limita a mirar por la ventana, abrazándose a sí misma. Al verla tan frágil, como si fuera de cristal, a punto de caer al suelo y romperse, el corazón me golpea el pecho.

Los rayos del sol me queman la cara, vamos en el Tsuru rojo del noventa y nueve. El plan es pasar el día en la playa; el tiempo sopla a nuestro favor y el silencio es nuestra música de fondo.

Él maneja por la carretera llena de curvas, yo siento un miedo irracional en la panza mientras el viento me revuelve el cabello. Esta parte es conocida como la parada de la muerte, incluso hay un altar en su honor. La humedad aún no desaparece del todo, pero eso no es impedimento para nosotros, hasta que un tráiler que viene en sentido contrario intenta rebasar, se acerca a gran velocidad, Fernando no suelta el acelerador, mis ojos se abren de par en par y nuestro coche derrapa, nos salimos de la carretera, las marcas de las llantas quedan pintadas en el asfalto. Estira su mano para tomar la mía, no quiero aceptar lo que ocurre, pero todo pasa frente a mí en cámara lenta que es imposible no verlo. Sus ojos se congelan en el tiempo, veo el miedo en él, me dicen sus últimas palabras sin decirlas, me mira de reojo, me veo reflejada en ellos antes del gran impacto. Leo un último te amo en su mirada, antes del adiós adelantado. Es increíble la cantidad de cosas que se dicen, sin decir una sola palabra.

Siento un hilo de líquido caliente recorre mi cara, el paisaje se disipa, se hace borroso, quiero moverme, pero todo el cuerpo me duele. Los pedazos de vidrio parecen volar, hasta que se incrustan en mi carne y después, una luz que me deja ciega, hasta quedar en total oscuridad.

Las noches se vuelven infinitas mientras pienso en nuestros últimos momentos juntos, leo las cartas que escribimos una y otra vez, solo para sentir algo, aunque ese algo sea doloroso. Veo las fotos en mi celular como instantes congelados. Todos los planes, promesas, desaparecen. ¿Respirar o comer? Por impulso natural del cuerpo. Por sobrevivir.

Visito la cafetería para inventar citas con un fantasma, Sarah me observa de lejos, su sola presencia me transmite calor. Ella rescata lo que queda de mí, para volver a empezar, para revivir un poco cada día. Se que no es nada fácil.

¿Maritza estará muerta por dentro ahora?

Los días transcurren lentos, igual que los movimientos de Maritza, que intenta fingir que ya no le afecta el encuentro con Camila. Mercedes ha decidido pasar algunos días en su departamento, para hacerle compañía. A veces sonríe. Pero la mayoría del tiempo, se le nota decaída. Pero me gusta pensar en ella como en una flor, he decidido regar la semilla de su corazón con el agua de mi amistad incondicional. Será un proceso largo, pero con la ayuda de Mercedes, que es más madre que Camila, ella renacerá y la veremos florecer más bella que nunca.

En medio de mis pensamientos, ella me toma del brazo y nos movemos hacia atrás de la barra, me pasa un papel doblado en dos partes, tiene una sonrisa triste en el rostro. La desdoble y veo una caligrafía perfecta en manuscrito que te hace querer mirar esas letras por el resto de la vida, es de su madre biológica. Maritza muestra una fotografía, es Camila, con un bebé en brazos, es ella recién nacida. Esto es lo que la ha tenido tan ensimismada, y yo que pensé que era por las clases virtuales.

—La única foto que existe de nosotras juntas, la prueba irrefutable que nos une —una lágrima se resbala de sus ojos.

Esa mujer le ha escrito una carta, como a la antigua. Leo esas líneas mientras Maritza acomoda su cabeza en mi hombro.

Maritza:

Sé que las cosas no sucedieron como habías esperado, quizás, toda la vida que tienes. Que arruine el momento como quien arruina una fiesta sorpresa. Fui obstinada. Solo estaba pensando en mí y en lo que dirían mis conocidos, que ni amigos cercanos alcanzan a ser, pero de los cuales me importa su opinión, y aun no sé por qué. ¿Por encajar en su mundo? Ya te perdí una vez por esa decisión absurda, y ahora que me has encontrado, yo debo encontrarme a mí misma, y quiero tenerte conmigo en esa búsqueda que emprenderé. Mercedes es la mejor madre que pude haber encontrado para ti.

Solo quiero disculparme y ser parte de tu vida.

Con cariño, Camila.

Es imposible no llorar después de leerla, saco de la bolsa de mi pantalón algo que prepare especialmente para ella. Otra carta, para animarla; coincidencias del destino.

Le quito el listón verde que tiene y la pongo entre sus manos, ella me da un codazo.

Querida Maritza:

Cuando nos conocimos, jamás me hubiera pasado por la mente que estaríamos en este preciso momento de nuestras vidas, aun siendo amigas, y no de las casuales, si no de las mejores. Tu personalidad fuerte es impetuosa. Sabes expresar tus emociones, y si algunas situaciones o palabras no van a traer nada bueno, decides guardarlas. Porqué con el paso del tiempo la vida ha ido cambiando, y me asombra como has evolucionado. Eres una gran mujer y estoy muy orgullosa de ti.

El universo sólo te da lo que te mereces, y tú solo puedes obtener cosas buenas. No te lo he dicho, pero creo que dentro de ti hay un gran potencial y un día lo desarrollarás al máximo. Hay millones de personas en el mundo y muy pocas nos ayudan a soñar, a motivarnos a perseguir nuestros objetivos y sobre todo a cumplirlos. Aléjate de ellas, sino te apoyan, sino creen en lo que te apasiona, ignóralas. Sé que conseguirás todo lo que te propongas. Yo creo en ti. Tú eres

una persona soñadora, te toca ir por lo que anhelas.

Tenemos ese tipo de amistad que no conoce distancias ni el olvido. Gracias por estar en mi vida y por apoyarme. Sabes que siempre estaré cuando necesites mi ayuda.

Siempre con cariño, para ti.

Astrid.

Maritza suspira, dejando ir el peso del secreto que ahora es mío también. La veo correr a una mesa que ha levantado la mano y no puedo dejar de pensar que a veces el destino nos pone las cartas sobre la mesa, con el juego ganado, mostrándonos la jugada perfecta para obtener la felicidad, decidimos ignorarla, creemos que nos está engañando, manipulando nuestra mente. Como diciendo, “Mira lo que tengo para ti, pero aún no te lo voy a dar”. Pero lo cierto es que está ahí, esperando por nosotros, sin obstáculos. Y creamos barreras invisibles para no lograr la victoria que tanto queremos. ¡Qué complicados podemos llegar a ser los seres humanos!

Cuando salgo del trabajo Declan ya está afuera recargado sobre el árbol, con esa manía en los dedos. Dice que me llevara a un lugar diferente.

Ding.

“Creo que te gustara el lugar, además de que esta cerca de tu casa.”

“Espero que sea tan chido como dices.”

Tomamos un taxi para llegar, tenemos una reservación a las siete en punto y ya vamos tarde. El lugar es un bar con luces neón sobre el techo, nuestra mesa tiene un mantel rojo y una rosa en un florero. Casi de inmediato el mesero lleva nuestra cena y una jarra de clericot. A veces se me olvida que estoy con él y hago señas, solo se me queda viendo y yo me río. De reojo puedo ver como sus dedos están inquietos otra vez.

“¿Que te pasa?”

Creo que se debe al alcohol que sea directa con mi mensaje. Mientras muerdo una alita con salsa picante, lo miro y su rostro deja de sonreír. El bocado casi se me atora en la garganta, le doy un sorbo a mi copa.

“Es que mi tía murió.”

Ahora me voy a ahogar, me aguanto las ganas de escupir y empiezo a toser, mis órganos internos van a salirse si sigo así. Él se acerca y me da unas palmadas en la espalda, hasta que me recupero.

—¡No, espera! No creas que acaba de morir, fue hace unos años, es solo que...

“Fue hace unos años, pero la fecha ya viene y no sé, pero la sigo extrañando...”

—Disculpe, ¿quiere que les traiga agua? —Declan asiente y a los pocos minutos un vaso de agua helada me refresca la garganta.

Lo entiendo más de lo que se imagina. Ahora me siento una tonta porque llegue a creer que era otra cosa la causa de su nerviosismo o tic raro. Soy una imprudente.

Ding

Me llega un mensaje, él come lo que queda de la botana sin mirarme. Veo la pantalla de mi celular y noto que es de un número que no tengo registrado. Lo abro y me quedo helada al ver la fotografía, es Declan con Paula. Y parece...parece que se besan.

El jarrón de las flores se estampa contra la pared con una fuerza que me espanta, siento la cabeza estallar, mis uñas se clavan en mis manos en un fallido intento de contener las lágrimas que huyen de mí misma. Todo está en el suelo, ya no tengo nada que arrojar, solo mis vagas esperanzas de que lo que ven mis ojos no sea verdad, pero una imagen dice más que mil palabras.

Necesito ser inquebrantable, me estoy quebrando ahora mismo. Me duele la cabeza de imaginar, de ver esa foto en mi mente cada vez que cierro los ojos. Y no dejo de pensar en las sospechas de mi padre, en su boca llena de razón y yo, una ilusa que se arrastra a una ilusión vacía. ¿Por qué hizo eso?

Veo las flores en el piso, rodeadas de pedazos de porcelana barata y siento la adrenalina en mi cuerpo, la impotencia, las ganas de correr y no parar hasta llegar al fin del mundo...Llego a casa, sin saludar, directo a mi habitación. Soy un huracán destruyendo todo a su paso, con una incesante lluvia de agua salada. Solo quiero ahogar esto que hay en mí.

Reviso mi celular, nada, ni siquiera un bendito mensaje para preguntar porque lo he abandonado en ese restaurante, con los pétalos de rosa sobre la mesa. Me siento estúpida. Y humillada. Tal vez ese es el verdadero motivo de su inquietud y lo de su tía sea solo un pretexto porque es un cobarde. Mi cabeza no encuentra otra explicación lógica a su actitud conmigo. Quiero golpearlos hasta que me sangren las manos. ¿¡Que tan difícil es escribirme que ya no quiere estar conmigo!?

Alguien abre la puerta despacio, deja sobre el piso un plato con hotcakes con rebanadas de plátano y mucha miel de maple. Las manitas de Luis Daniel empujan el plato hacia dentro y cierra. Me recargo sobre la puerta, al levantar los cubiertos del suelo veo una nota con su letra que parecen jeroglíficos.

“Te hice hotcakes, te quiero”

Son deformes y deliciosos. Mientras como un bocado, los sollozos intentan vencerme, pero mi orgullo está muy herido y encuentro el coraje que necesito para escribirle a Declan. Le mando la foto, un mensaje simple pero directo.

“Si querías terminar, solo tenías que decírmelo.”

Leo lo que acabo de escribir, los dedos me tiemblan y el mundo se me va abajo cuando le doy *enviar*.

—¿Qué te pasa? ¿Acaso estás loca?

—¡No sé de qué hablas, suéltame!

—Se que fuiste tú, ¡no lo niegues! Nadie más tendría motivos para herirla de esa forma.

—Tengo mejores cosas que hacer, cuatro ojos.

—Que insulto tan original.

Paula le suelta una cachetada, pero Karla la detiene con agilidad. Los chicos de la cafetería de la universidad se encuentran atentos a cada movimiento, nadie hace ruido, se pueden escuchar sus respiraciones agitadas. Paula se suelta del agarre con un movimiento brusco y mira a su alrededor, los ojos de todos clavados sobre ellas. El frío del aire acondicionado le pone la piel de gallina.

—No me hagas humillarte más, por favor.

—¿Humillarme? No me hagas reír.

La puerta se abre y dos chicas metidas en su celular entran y van directo a Paula sin percatarse de que Karla se encuentra ahí también.

—¡Ay por Dios, Paula! Debes ver los memes que hice con la foto.

—¿Qué foto?

—Vaya que eres tonta —la chica levanta la cara y se encuentra con Karla de frente, le quita el teléfono de las manos.

Karla sale corriendo de la cafetería sin pensarlo, debe encontrar a su primo, ¡tiene la prueba que necesita para demostrar que todo fue planeado! Corre entre los pasillos, chocando con alumnos y profesores, entre los jardines hasta que llega a la biblioteca. Y no puede evitar pensar en sus palabras, las que dijo cuando Declan la menciona por primera vez. Ella se ríe al escucharlo decir que le gusta la chica de la cafetería, la seriedad en la cara de su primo la hace comprender que no es ninguna broma. Se le hace un nudo en el estómago.

—Y.... ¿de qué van a hablar? O, mejor dicho, ¿cómo van a hablar si ella no puede? Ay primo de veras.

—No lo sé, de lo único que estoy seguro es que quiero conocerla.

—Tú sí que estás loco o algo así.

—Me gusta de verdad, incluso yo estoy sorprendido, pero así es, me gusta demasiado.

Abre las puertas de la biblioteca de golpe y lo busca con la mirada. Lo ve de espaldas entre un par de estanterías, camina lo más rápido que puede. Le da un par de palmaditas en el hombro. Sin decir nada, le extiende la mano con el teléfono.

—¿Está bloqueado? —Observa el fondo de pantalla, es una foto de Paula y sus amigas.

—Maldita sea...Es de una de las amigas de Paula, hay una foto, al parecer dejaste que se te acercara mucho y por la perspectiva, de verdad parece que se están besando —sus ojos parecen perdidos en la imagen.

—Creo que ya cual podría ser la contraseña, si no la ha cambiado —teclea una combinación de números específica.

—No es esa.

—Ya se quién nos puede ayudar, ¿recuerdas al amigo de Samuel? De informática —un gesto afirmativo después, ambos salen apurados.

El chico se encuentra trabajando en el área de sistemas como parte de su servicio. Convencerlo no es fácil, incluye promesas que quizás Karla no pueda cumplir, pero ella sabe cómo convencer a las personas.

—Te lo puedo tener listo en una hora si me consigues una cita con Ana y no te cobraré extra por la urgencia.

—Trato hecho —Declan ve a su prima con cara de interrogante. No puede creer que prometa algo sin siquiera confirmarlo, pero tampoco es algo que le sorprenda.

El tiempo parece ir más lento de lo normal en estas circunstancias. Él camina de un lado a otro mientras su prima se entretiene en las redes sociales como si nada. Un poco antes del tiempo esperado, el chico les confirma que ya está desbloqueado el celular.

—Tengo que ir a ver a Astrid.

—¿Qué? ¿Ahora? —él la abraza y sale corriendo, con la mochila abierta.

Corre sin importarle nada. Ni siquiera el sol abrasador sobre su cabeza o la gente con la que tropieza a cada rato en su camino. Solo piensa en que debe llegar, de inmediato. Se asoma por los cristales, ve a Maritza de un lado para otro, no la ve por ningún lado. Entra con la respiración agitada y va directo a la chica que está atendiendo la caja.

—Hola, ¿me puedes decir donde esta Astrid? —la chica se quita los audífonos y lo ve con cara de confusión.

Él siente que todo a su alrededor sucede en cámara lenta y su corazón acelera cada vez más.

—Perdón, no te escuché —la desesperación se apodera de él.

—Busco a Astrid.

—Ah, ella no vino a trabajar hoy.

No tiene tiempo a reaccionar, porque una mano dura le golpea la cara. Pierde el equilibrio y cae al suelo, se levanta de un salto, pero antes de que pueda decir alguna palabra Maritza lo toma del cuello de la camisa. Sus ojos enormes muestran una furia contenida.

—Se que crees que me lo merezco, pero déjame explicarte...por favor.

—¿Que me vas a explicar? ¿Lo idiota que eres?

Los clientes los miran sorprendidos, ella está siendo controlada por sus emociones, que no le importa.

—Todo fue una trampa, Maritza, es en serio.

—Ahora resulta que eres una pobre víctima.

—Tengo que mostrarte algo.

—¡Maritza, por el amor de Dios, suelta a ese muchacho! —Sarah la ve con ojos de decepción y con las manos en la cintura —¿Que te sucede, niña?

Sarah se aproxima a ellos, su mera presencia se impone ante Maritza, quien suelta la camisa de Declan, no sin antes darle un empujón.

—¿Ahora me pueden explicar el porqué de lo que acaba de pasar?

Declan le muestra el celular a Maritza, la fotografía del delito, ella reconoce que no es el suyo y lo agarra, comienza a pasar las fotos, Paula sale en varias. Reconoce a las otras dos, son sus amigas, las ha visto con ella. Se le queda viendo, avergonzada.

—¿Ahora me crees?

Esta por atardecer, caminan en un absoluto silencio. Dentro de poco llegaran a casa de Astrid. Después de explicarle cómo fue que Paula y sus amigas, aprovecharon el momento para tomar esa foto y hacer creer esa mentira a Astrid, Maritza relaja el cuerpo y las ganas de seguir

golpeándolo se esfuman.

—Esa chica sigue obsesionada contigo.

—Algo así, lo raro es que todo el tiempo que estuve solo, ella ni siquiera me pelaba, te lo juro, cuando terminamos ella parecía feliz.

—Creo que es orgullosa, ya sabes, hago que no me duele para que no te creas el importante.

—Tal vez. No es una mala persona. Es muy complicada, siempre hubo algo que no cuadraba entre nosotros —él suspira para sus adentros.

Están a un par de cuadras por llegar, hay niños jugando en la calle, Luis Daniel esta entre ellos, pero no se da cuenta que van de camino a su casa. Él siente que los latidos de su corazón se escuchan más alto de lo que deben y Maritza está ansiosa por ver la cara de su amiga, de contarle la verdad.

—No le dije a Astrid que venías conmigo, será una sorpresa.

—Espero que no me quiera golpear —observa a Maritza de reojo.

—Disculpa por lo de hace rato, me enoje muchísimo cuando Astrid me mando ese mensaje diciéndome lo mal que se sentía por tu culpa.

—No hay bronca —se encoge de hombros—. Creo que yo hubiera hecho lo mismo...si la hubieras visto esa noche.

—No te preocupes, todo se aclarará en un santiamén.

Toca el timbre de la entrada un par de veces, se escuchan pasos al otro lado de la puerta. La expresión en el rostro de Declan cambia de repente. La persona que les abre no es la que esperaban.

Bajo las escaleras y veo por la puerta abierta a Maritza, por alguna razón mi papá no la ha hecho entrar, parece que intenta cubrir con su cuerpo la entrada, pero es absurdo, se trata de ella. Voy hacia él y jalo la puerta para abrirla por completo, entra una ráfaga de aire, como el relámpago antes del trueno y nuestros ojos colisionan, siento que me paraliza por dentro y mis piernas comienzan a temblar. Verlos llegar juntos me parece tan extraño. No sé qué hace él aquí, estoy tan sorprendida.

Su mirada, de ese café tan singular no deja de buscarme.

—Pasen chicos, están en su casa —su cara no es del todo de felicidad, pero me da un beso en la frente y se retira a la otra habitación.

—Gracias señor —Maritza jala a Declan del brazo y lo obliga a pasar.

Yo los guío a la sala y ellos se sientan frente a mí. Me quedo esperando a que me digan a que vinieron; voy por unas latas de refresco para darles tiempo a comenzar, les doy una a cada uno, me siento otra vez, observándolos. Ella tiene más práctica hablando conmigo en señas, así que me dice lo que ha hecho Karla en la escuela para conseguir la prueba de la verdad. Mueve las manos en ademanes que solo ella y yo entendemos, aunque también sirve de traductora con Declan.

—Lo último que hubiera pensado es que todo fuera planeado, significa que ella ya estaba esperando que la confrontara por lo de la ventana.

—Suenan muy loco, pero sí —dice Maritza antes de darle un gran sorbo a su bebida y termina aplastando la lata—, y yo que creía que eso solo pasaba en las novelas mexicanas.

Tengo el celular de esa chica en mis manos, la foto fue tomada con este aparato. Esto es demasiado disparatado. A veces, las cosas que ves con tus ojos no son siempre reales, pero algunas cosas necesitas verlas para creerlas. Ahora que se lo que realmente pasa, me siento muy mal por Declan, mis desprecios de los últimos días no son para nada lo que él se merece. Y aquí esta, acariciando mi cabello, me mira y sonríe, sigue a mi lado a pesar de todo, no debo tener dudas de lo que siente por mí, sé que es sincero.

El plan de Paula por poco funciona. Me quedo viendo por la ventana por unos momentos, estrujo la lata vacía entre mis manos. No dejo de pensar en que hubiera tenido éxito, si no me animo a reclamarle, a mandarle la foto.

Él y yo, ya no formaríamos parte de la misma frase. Siento escalofríos con esa idea. Me acomodo al lado de él y lo abrazo contra mi cuerpo, no quiero dejarlo ir. Dejo salir el aire, debo dejar de ser tan dramática. Maritza sale de la habitación para darnos un momento a solas, la electricidad de nuestros labios juntos regresa y me hace vibrar, el tacto de su mano con la mía me hace sentir la calidez que necesito.

Ella regresa con un tazón enorme de palomitas, que co-locan en la mesa de centro, enciende la tele para ver algunos capítulos de La teoría del big bang.

—Ya tortolitos, cálmense, no coman pan en frente de los pobres.

—Bueno, ya dale play al programa —me recargo en el hombro de Declan.

Mientras veo los enredos de los personajes y sus problemas de física, no dejo de preocuparme por Paula, que vuelva a intentar hacer algo, pero tampoco puedo culparla. Nadie puede hacer nada si te gusta alguien.

Las hojas secas en el suelo crujen a cada paso que doy mientras barro la parte delantera del local. Arrastro la escoba al terminar, veo a Maritza apretarse la cabeza rodeada de un montón de papeles, sus apuntes de la escuela. Al verla así, me dan ganas de hacer lo mismo, volver a las clases, aunque sea en línea como ella para no dejar de trabajar. Y tener algo más que hacer durante el día. Me recargo en la barra junto a ella.

—¡Ahhh, nunca regreses a la escuela, es horrible! —esconde la cara entre los papeles.

Si supiera que lo estoy considerando. La campana suena, Maritza gira su vista en dirección a la puerta y yo hago lo mismo. Es él, mi Declan, acompañado de Karla.

Lo observo desde donde estoy, fascinada con su manera de andar, como se acomoda el cabello de la frente, creo que puedo quedarme horas viéndolo a él y a sus manías, como cuando sumerge las galletas en el café. Me ve, sonrío de oreja a oreja, se acerca y me acaricia la mejilla, su mano cálida, rodeada de ese gélido ambiente es una sensación indescriptible, ella me saluda con la mano.

En cualquier otro momento me hubiera sentido realmente avergonzada, pero ahora, siento que así se debe sentir cuando te enamoras. Puedo ver el amor en sus ojos y no importa lo que pasa alrededor. Ha llegado a moverme el piso y el alma, para hacerme ver la vida que pasa justo frente a mis ojos.

Sarah llega con una caja de cartón que deja sobre la barra, me ve con esa mirada llena de emoción. Le encanta de-corar según la época del año. Hojas en tonos naranjas y rojos, pequeños centros de mesa a juego.

Volteo a ver a mi amiga, su cara me dice todo lo que debo de saber, esta fastidiada, así que tomo la caja y me voy a sacudir los adornos y planear donde los voy a colocar sin molestar a los clientes que están dentro. Me siento en una silla y de reojo alcanzo a ver a Karla con la mano levantada, mientras le escribo a Maritza para que vaya a atenderlos, ella se levanta y va a su mesa. Se tarda más de lo normal en tomar un simple pedido, parece que charlan entre ellos. Eso me agrada, quizás la próxima vez que salgamos ella pueda acompañarnos.

Un tipo encorvado, muy raro, vestido de negro entra a la cafetería. Siguen platicando con los chicos, así que me levanto y voy a la caja, supongo que va a pedir para llevar. Le paso uno de los menús y espero paciente a que me indique lo que va a llevar. Él inclina la cara, al parecer no quiere que le vea el rostro, aunque si quisiera, sería casi imposible con esos lentes tan enormes que trae puestos. Estoy comenzando a impacientarme, una clienta se acerca a pagarme, saco su cuenta y abro la caja registradora, en ese momento, siento la boca fría de su arma en la sien.

No necesito ser un genio para saber lo que eso significa.

—¡Esto es un asalto, que nadie se mueva!

A la chica se le llenan los ojos de lágrimas y solloza, veo a los chicos en la esquina del lugar, no me quitan la mirada de encima. Yo me quedo con las manos levantadas, en señal de que no haré nada estúpido. Él comienza a agarrar los billetes y se los guarda en la mochila que trae, yo solo rezo en silencio para Sarah no salga de la cocina, no quiero ni imaginarme como reaccionaria. Lucho con todas mis fuerzas para no temblar, pero ya es demasiado tarde, tengo gritos atrapados en mi garganta. La impotencia dentro de mí es tanta que voy a estallar. El coraje sale de mi cuerpo en forma de agua salada. No me animo hacer nada, hay personas que quiero en este lugar y eso significaría ponerlos en peligro. Por muy frustrante que sea, lo mejor es hacer

nada.

Sus manos entran y salen muy rápido, gira su cabeza de un lado a otro, el lugar está lleno de estatuas vivientes que solo ven lo que pasa, a la espera de lo inevitable, que este ladrón se salga con la suya y por fin se vaya para poder respirar. En un movimiento brusco, sus lentes caen al suelo y veo su rostro.

Sus pupilas se dilatan.

El aire deja de entrar a mis pulmones.

Él dispara.

Estoy en el suelo, no quiero abrir los ojos, me siento aturdida, una punzada no deja mi cabeza en paz. La chica de los ojos llorosos se acerca a mí y me ayuda a levantarme. Declan y Maritza corren, me envuelven en sus brazos.

—Chicos, ¿hay algo en lo que pueda ayudar?

—¿Puedes revisar como esta Sarah? Estaba en la cocina —Karla no duda en seguir las indicaciones de Maritza.

Ellos comienzan a revisarme, me palpan los brazos y las piernas en busca de alguna herida. Lo cierto es que no tengo ningún rasguño. Solo estoy muerta de miedo, y por fin lloro. Dejo salir todo el aire atrapado en mi pecho. Tengo tanto miedo, quiero quedarme entre los brazos de Declan por siempre.

—La señora se durmió en una silla, así que todo bien.

—Gracias Karla —los clientes asustados se levantan de sus mesas, algunos sin siquiera terminar lo que ordenaron—, en un momento le cobro.

—Descuida, así está bien —dice el señor y deja sobre la barra dos billetes de doscientos pesos.

La mayoría de los clientes hacen los mismo, a excepción de unos cuantos que si quieren su cuenta exacta. Es algo que se agradece porque yo tampoco tengo cabeza para hacer cuentas en este momento, solo quiero irme a casa y dormir todo lo que pueda.

Los chicos se quedan con nosotras después de poner el letrero de “Cerrado” en la puerta, esperamos a que Sarah despierte para contarle la anécdota.

Le envió un mensaje a mi papá porque no tengo fuerzas ni para caminar antes de subir al coche, doy un último vistazo a través del cristal. Es increíble como un lugar puede contener tu corazón entre sus paredes.

El olor a pan recién horneado se esparce por el lugar. Los chicos están en la mesa de siempre, Maritza les toma el pedido y habla con ellos. Entre risas, Astrid observa la escena, se alegra de que tenga buena relación con su novio. Novio, esa palabra que le da una etiqueta a su relación y a la forma en la que Declan se quita el cabello de la frente, los nervios en las piernas que provoca en ella cada vez que lo hace, y al verlo de esa manera, tan despreocupada, le da la sensación de una felicidad inexplicable.

—Declan, ¿quieres que te traiga lo de siempre?

—Ah...Si, por favor. ¿Me puedes traer sobrecitos de azúcar morena?

—Por supuesto.

—Y a ti, no se te vaya olvidar, ¿tenemos un trato? —Maritza le guiña un ojo y se aleja con su cabello rebelde sobre su espalda y pasa el pedido a la cocina.

—Entonces Karla, te toca una de las partes más importantes para que este plan tenga éxito.

—Yo me encargo, además, ya sabes que soy como un reloj suizo, aquí nos tendrás de regreso a las siete en punto.

Karla, junto con sus enormes lentes y Samuel se retiran. Se cruza en el camino con Astrid, le dice adiós con la mano y ella ve como la puerta se cierra tras de ella. Hoy todo le parece diferente, como si el hecho de que nada suena dentro de ella quedara fuera de la ecuación.

—Gracias hermosa —ella sonríe, porque, aunque no pueda estar segura de lo que he dicho, sabe que es algo lindo. Cuando está a punto de retirarse, la toma con dulzura por la muñeca.

El recuerdo del arma sobre su cabeza aún sigue presente, la horrible punzada en su cerebro la tortura de vez en cuando, él lo puede sentir con solo tocarla, porque también lo siente. La boca de la pistola cuando hace contacto con su sien, y el zumbido del disparo sigue por los rincones de su mente, le provoca dolor de cabeza. Y la deja ir, porque sabe que, con ese tacto de sus manos, le ha dicho más de lo que pudiera decirle con palabras.

Por un momento el silencio llega, para después explotar como una burbuja por las carcajadas. Astrid va de aquí para allá, ellos pasan la tarde intercambiando miradas furtivas cada tanto. Se ve bonita con su cabello color ave-llana, escapando de los pasadores con perlas para intentar contenerlos. Un par de ojos verdes la escrutan desde la distancia sin que ella se dé cuenta. Ana se levanta de la mesa con la excusa de que tiene que estudiar.

A pesar de su belleza, siempre ha tenido el presentimiento de que la suerte la ignora desde su nacimiento. Y cuando parece que por fin se acuerda de ella, pasa algo malo. En este caso, cuando por fin decide acercarse a Declan, él conoce a Astrid, y los planes hechos en su mente de desvanecen como castillos en la arena. El amor es un unicornio. No existe para ella.

Algo se vuelve diferente en su interior, sus ojos tienen ese brillo que muchos suelen llamar amor, pero su corazón tiene miedo; ese horrible sentimiento de que todo es gris, todo se pudre antes de tiempo. La mira ir de un lado a otro, sirviendo café y acomodándose el cabello detrás de las orejas. Tiene que reconocer que no la odia, aunque quisiera, no podría hacerlo, al contrario, le inspira mucho cariño. ¿Cómo es posible que haga eso una casi desconocida como ella?

Tan diferente a cualquier otra chica con la que él ha salido antes. Imagina que fue su sonrisa infantil o su cabello corto lo que atrajo la atención de Declan. Sea lo que sea, está feliz por él, porque de alguna manera ella le ha enseñado que el amor no tiene lenguaje y cuando llega hace

lo imposible para quedarse. Además, ahora conoce una manera diferente de ver y sentir al mundo. Ana la sigue viendo de lejos y observa todo a su alrededor, en especial a las personas que son cercanas a ella para descubrir la magia que provoca su presencia.

Suspira para sus adentros mientras Declan se encuentra deambulando en las redes sociales y ella deja que su capuchino pierda el sabor. Camina a la salida y guarda su teléfono en su bolsa, decidida a irse sin despedirse.

—Espera, creí que esperarías a Karla y Samuel para que te dieran un aventón a tu casa.

—Si, es solo que tengo muchas cosas que hacer y me iré en autobús, no te preocupes, dile a Karla que le mando mensaje en la noche.

—¿Vendrás a ayudarnos ese día?

—Aquí estaré, obvio.

Astrid le dice adiós con la mano desde el otro extremo, mientras lleva una bandeja repleta de platos sucios, no puede evitar sonreírle, le agrada más de lo quiere. Después del sonido de la campana de la puerta, la brisa calurosa de la tarde le da de lleno en la cara y cierra los ojos.

Piensa que el amor no sirve de nada si se queda callada, pero lo cierto es que la vida los prepara para este momento. Perderse y encontrarse entre millones de personas es una bendición que pocos tienen. Afortunados les llaman.

Caminamos por las calles empedradas, los postes de luz están tapizados de anuncios feministas y promociones en los bares, a cada paso que damos veo a las personas inmersas en sus celulares, con la cara iluminada; deben estar posteando fotos en sus estados de WhatsApp o historias en Instagram. Indiferentes al mundo de verdad.

Las manos de Maritza sudan y se las seca en el pantalón a cada rato. No sabe si ir a la cita o no. Y la entiendo, todavía tiene el sabor amargo de la última vez. Así que para matar tiempo paseamos en un mercado callejero, hay puestos de cristales y cuarzos, que la vendedora jura que tienen beneficios para nuestro cuerpo y mente. Yo compro un dije artesanal en color rosa, para aliviar la tensión y relajar, además de ser conocida como la piedra del amor. Ella no presta atención, está ahí pero su mente vaga en otro lado.

Seguimos paseando entre los puestos, las primeras estrellas comienzan a verse en el cielo con esa combinación de colores entre el día y la noche. Las luces nocturnas se encienden, la hora ha llegado. Maritza se recarga en mi hombro. No quiero dejarla ir sola, pero sé que esto es algo que ella debe hacer, para reconciliarse con su pasado.

Llegamos al bar y yo me quedo afuera, solo en caso de que me necesite. Me mira y sonríe, hace un corazón con sus manos, yo hago lo mismo, ella entra, sus chinos alborotados, tan oscuros y rebeldes como la noche, también sienten la tensión, la veo apretar los puños y tomar aire antes de decidirse a entrar. Se ve tan chiquita dentro de ese abrigo.

“Gracias por estar conmigo siempre. TQM”

Ahora mi cara es iluminada por la pantalla de mi celular, no puedo evitar no alegrarme por Maritza, y al ver la manera en la que Camila la abraza, confío en que estará bien sin mí. La escena me parece casi imposible. Pero lo cierto es que, en ocasiones, como la luna saliendo en pleno día, los sentimientos le ganan a la razón.

“No estás sola, siempre tendrás mi apoyo. Estoy segura de que todo estará bien, te veo mañana, ¿va?”

Le hago la parada al primer taxi que pasa por la calle y me subo, no sin antes verlas a través de los enormes cristales, tomadas de las manos. Me alegra que estén aprovechando esta ocasión, para eso son las segundas oportunidades, porque las terceras tal vez no existan.

Los días pasan como si nada. Son tan ordinarios que me aburren. A excepción de la felicidad enorme en Maritza. Las muestras de cariño no son lo suyo, a menos que esa muestra sea pelear por alguien que quiera. Es la prueba máxima de su amistad incondicional y verla así de feliz, también me hace feliz a mí. Los chicos y Declan, han estado visitando la cafetería más a menudo, a veces, pueden venir hasta dos veces al día. No me molesta, solo me parece raro, con todos los exámenes que tienen que presentar.

Mi cumpleaños se acerca, la verdad es que no me apetece nada hacer una celebración. En casa, he decepcionado a Luis Daniel y a mi papá. Ya les dije de manera rotunda y sin excusas que no quiero ni un regalo. Me mantengo lo más firme, pero al final sí me van a comprar un pastel pequeño, solo para nosotros tres. Papá dice que un cumpleaños sin pastel es pecado. Ya sé, que exagerado. Quiero pasar el día con Declan y mis amigos, nada más.

En fin, los días siguen y la vida es bonita.

La campana suena y al voltear veo a Karla con la sonrisa más enorme que haya visto sobre su rostro, directamente hacia a mí, y me quedo a esperar la bomba de alegría que ella representa. Declan entra al lugar con una sonrisa de complicidad mientras su prima me envuelve en un abrazo súper enérgico. Cuando me suelta, extiende una nota y la tomo entre mis manos para leerla. Aprovecha para regalarme un rápido beso en los labios, que me toma desprevenida, pero me gusta, va la mesa de siempre y se sienta junto a Samuel. Sus dedos comienzan a moverse, como si quisiera irse rápido. Karla se percata de mi distracción y me hace señas para que le ponga atención a ella y a su nota. Lo siguientes minutos, consisten en un intercambio de notitas de colores.

“Mañana pasare por ti a las 4:00 pm en punto”

“¿Para qué?”

“Porfa, acompáñame. Pasare a tu casa puntual, va”

“Tú ganas. Solo tengo que avisar para que me cubra Carmen. Y quiero hacerte unas preguntas, el precio por acompañarte serán tus respuestas.”

“Me parece un precio razonable.”

Me devuelve la nota con unos ojos tan grandes y llenos de bondad como los del gato con botas cuando está rogando por algo, que no puedo negarme, a pesar de que no tengo ni idea de a donde iremos o la razón de que sea tan importante para que sea yo la persona que la acompañe. Asiento con la cabeza y ella grita, da saltos en su lugar, yo apenas alcanzo a oírla con mi aparato, pero Carmen y algunos comensales del alrededor, se tienen que tapar las orejas ante la agudeza de su voz. Ella baila de felicidad, Maritza se une a ella. Creo que me perdí de algo, porque no recuerdo que ellas dos fueran tan cercanas. Aunque tampoco debería extrañarme, en varios eventos ella ha estado conmigo.

Karla se despide y sale corriendo, literalmente, Samuel sale detrás. A través de la ventana la veo escabullirse en el auto mientras el viento sopla en dirección contraria llevándose las hojas secas de los árboles. Es como si estuviera luchando contra la brisa. Me recuerda a un pez nadando a contra corriente.

Las manos de un chico de unos quince años me sacan de mi ensimismamiento. Mientras tomo su orden, Ana entra en el lugar y camina directo hacia Carmen. Conversan y comparten risas. Me alegra que este abierta a nuevas personas, nuevas amistades. Suele ser muy reservada,

por lo general acostumbra a encerrarse en su mundo de música y tareas. Y de la misma manera en la que entra, Ana se va. Se aleja sin dejar rastro y tan fugaz como una estrella.

Siento que su mundo y mi mundo, comienza a ser uno solo. Aunque sé que no existe tal cosa, porque lo único que importa es que las personas se puedan ver a los ojos y crear su propia versión.

Hoy es mi cumpleaños, a excepción de mi papá y mi hermano, todos los demás se han portado muy normales. Me han llegado mensajes de felicitaciones y por la noche veré a Declan para cenar. Estoy por mandarle un mensaje a Karla, para decirle que estoy lista cuando el ding de mi celular me avisa que tengo un WhatsApp nuevo.

“Estoy afuera.”

Mi papá se levanta al mismo tiempo que yo de la sala y va detrás de mí. Le doy un beso en la mejilla y me voy. Cuando abro la puerta principal, la veo recargada en el coche de Samuel, con su cabello revoloteando como un ave con las plumas negras. Siento la mirada de mi padre en la espalda, sé que me está viendo todavía, cuando volteo hacia atrás el esta con una enorme sonrisa en la cara, una expresión muy diferente a cuando Declan viene por mí. Le alegra saber que mi círculo social se amplía más allá de Maritza.

Trae puestos unos lentes oscuros que no me dejan ver sus ojos. Se sube al coche y su vestido floreado ondea al hacerlo. Me arrepiento de haberme puesto unos simples pantalones, pero las plataformas me hacen sentir seguridad al caminar. Ella maneja y llegamos a la plaza comercial en diez minutos, no hay tantas personas como imagino, supongo que aún es muy temprano para la mayoría.

Karla se quita los lentes y los pone en el escote de su vestido, su mirada se ve diferente, sus ojos cafés se ven sos-pechosos. Entrelaza su brazo con el mío y vamos de una tienda a otra, viendo todo lo que no podemos comprar en los escaparates de cristal, buscando ofertas, y cuando nos sentamos a descansar en una banca, se que debo aprovechar el momento.

“¿Puedo preguntarte algo? No he tenido el valor de preguntárselo directamente a Declan...”

“Claro, apuesto que es sobre la tía.”

“¿Como sabes?”

“Hace algunos años nuestra tía Meli, falleció, le afecto mucho.”

Me siento una entrometida, creo que este tema no me concierne todavía. Karla se levanta sin darme ninguna señal y regresa con dos conos de helado de vainilla con chispas de colores. El frío me congela las encías, me quedo viendo cómo se empieza a derretir. Y ella sigue escribiendo.

“Él la quería mucho, casi tanto como a su mamá, fue en navidad, así que es normal que se ponga un poco nervioso, fue muy difícil para él.”

Karla se gira a verme, y me da un apretón en el hombro, su sonrisa me transmite que no debo sentirme mal.

“Creo que me iba a decir algo sobre ella, el día que salí co-riendo por la foto.”

“No te culpo, yo hubiera agarrado a cachetadas a Samuel si me llega una foto como esa, la verdad.”

Leer eso me hace reír. Se muy bien por lo que pasa Declan. Tengo personas que ya no están aquí pero no significa que los haya olvidado.

Después de caminar por toda la plaza se nos ocurre hasta saltar en un brincolín con forma de Mario Bros. Es lo más divertido que he hecho en años. Ni siquiera le incomoda que su vestido se levantara al saltar, ella solo disfruta el momento. Ya no me siento extraña con ella, no necesito

escribir o mandarle un mensaje para decirle algo, de alguna manera puede leer mis silencios. Incluso de vez en cuando hace unas señas muy raras para tratar de decirme algo. Aprecio mucho eso. Me toma de la mano y solo me dejo llevar por su calidez, como los peces en la corriente marina.

La veo y me pregunto, ¿Por qué es tan buena conmigo? ¿Solo porque soy la novia de su primo? Sin importar cuantas preguntas pasen por mi mente, en el fondo creo que es real, de verdad le importa acompañarme, hablar de alguna manera. La alarma en mi celular vibra en la bolsa de mi pantalón, ¡ya casi van a ser las siete! Ya debe estar esperándome.

“Creo que es hora de irnos, quede de ver a Declan a las siete en la cafetería”

Ella hace pucheros mientras se pone los lentes, a pesar de que ya no hace sol como cuando llegamos a la plaza, sus dedos se mueven a toda velocidad mientras yo la veo, espero que no se enoje por pedirle que me lleve a mi cita. Al final, pero resignada por mi insistencia, accede.

El viaje de regreso es relajante, Karla maneja más lento que los chicos y eso me gusta. Juega con su cabello al tiempo que maniobra con el volante y mueve los labios. La radio esta encendida, así que imagino que debe de estar cantando. Yo me recargo en la ventana, dejo que la brisa me acaricie la cara y cierro los ojos. Se estaciona afuera de la cafetería, empieza a mover sus dedos por la pantalla del celular. Ambas nos quedamos viendo la entrada; las puertas están cerradas y el letrero de “Cerrado” está meneándose de un lado a otro. Acaban de ponerlo. Salimos del coche y me acomodo al lado de ella, esto me parece muy extraño, solo espero que no sea otro asalto, porque ahora si se me sale el corazón.

Ella toca el cristal de la ventana antes de decidirse a pararse frente a la entrada. El viento comienza a soplar y dan ganas de no entrar. Siento escalofríos en la espalda, me abrazo a mí misma. Como quisiera decirle que ya no quiero dar un paso más, que debemos esperar afuera a los demás, pero ella gira la perilla, la puerta se abre y la campana anuncia nuestra llegada.

Mis ojos se abren de par en par. En serio, se me va a salir el corazón del pecho.

Declan va de un lado a otro con bolsas de globos y serpentinas para decorar. Se rasca la cabeza mientras ve el techo, pensando en la manera en la que va a poner la decoración. Sarah fue muy amable al prestar la cafetería para la fiesta, aunque eso signifique que cierre temprano. Los últimos clientes del día ya se retiran, ahora tienen más libertad para mover las mesas que necesitan. Maritza limpia con la ayuda de Ana. En el interior de la cocina, un pastel sigue en el horno. El aroma a mantequilla y vainilla se escapa a través de la puerta. Es lo que hipnotiza a las personas que vienen a este lugar, las hace querer más y regresar siempre.

Mientras los demás siguen atareados hasta con los de-talles más mínimos, Declan se queda viendo su reflejo en el cristal, sonríe como un loco hasta que una bolsa de globos le golpea la nuca. Es Samuel.

—Esos globos no se van a inflar solos, bro.

—Eres un idiota —le avienta la bolsa de regreso y él la atrapa con las manos.

—Soy el idiota encargado de los globos, así que ponte las pilas, que aún nos falta mucho —lo dice mientras agita en el aire la bolsa de globos de colores.

—¿Perdón? Pero si el encargado, eres tú.

—Pero tú y yo somos uno mismo, uhhh ohhhh uhhhh —esta última frase la dice cantando, baila al ritmo de la canción y al mismo tiempo se acomoda el cabello como un roquero.

—Esa es una canción de Timbiriche.

—¿Y ya por eso no me vas a ayudar? Creí que éramos casi hermanos...

—Ay ya pues, trae acá esa bolsa —hace una seña para que se acerque, se acomodan en la mesa y comienzan a inflar- los. Él lo hace con una bomba de aire.

Para cuando Declan ya ha inflado tres con el aire de sus pulmones, él apenas va por el primero. La bomba no funciona.

—¡Me han estafado! —la deja caer en una silla vacía que está a su lado y empieza a usar el método tradicional.

Carmen adorna la barra con un hermoso mantel blanco con flores pequeñas en las orillas, la barra ahora parece una mesa enorme. Sarah sale de la cocina, dando pasos lentos, en las manos tiene el pastel listo, las fresas tienen mermelada y las flores de betún huelen dulce. Maritza se acerca a la barra, estira sus piernas, mientras se pasa la lengua por los labios al percibir el aroma a azúcar. Al centro con letras rojas dice: *Feliz cumpleaños Astrid*.

Al fin, han concluido la misión, ¡con diez minutos de sobra!. Que Maritza aprovecha para ir a cambiarse al baño, el chongo del cabello se deshace a cada paso que da. Declan solo se alisa la camisa y comprueba que tiene buen aliento. Los minutos parece que pasan más lento. Un ding, interrumpe en el silencio del lugar.

“Ya vamos en camino, se me acabaron las ideas.”

—¡Astrid y Karla ya vienen para acá!

Cierran las cortinas, y esperan en silencio a que la puerta se abra.

Las bombas de confeti explotan frente a su cara, Astrid salta del tremendo susto. Le toma unos momentos entender lo que sucede, su corazón late a mil por hora y de a poco, recupera su ritmo normal. Reconoce esos rostros entre la confusión. Tantas bocas moviéndose al mismo tiempo, con una sola frase que en su cabeza se convierte en una punzada constante. Mira a Karla, que la abraza y la empuja para que termine de entrar al establecimiento. Ve a todas las personas

que quiere reunidas en un solo lugar, incluidos su padre y su hermano, que va hacia ella dando esos característicos saltitos y con sus brazos rodea su cintura.

La cafetería está adornada con globos de colores, flores y serpentinas sobre las mesas de manteles. Los pequeños floreros siguen puestos, pero esta vez tienen un bello girasol. La barra se ha convertido en la mesa principal de la celebración. Sarah prepara su famoso pastel, especialmente para ella. El olor a vainilla es la fragancia del lugar. Todos aplauden y se acercan a abrazarla. Es el abrazo más significativo que ha recibido en su vida. La felicidad se desborda de ella en forma de lágrimas. De uno en uno se acercan con sus felicitaciones sinceras. Su amistad es el mejor regalo. Declan le entrega una cajita dorada, en el interior puede ver un collar que vieron en la tienda de antigüedades.

Astrid contempla el regalo entre sus manos, fascinada con la belleza de la pieza y él sonríe con esos hoyuelos que son las comillas de su boca, se pasa una mano por el cabello, piensa que, si los sonidos se pudieran ver, se verían como lo que uno más ama. Porque en ese preciso momento, ella se ve como un sonido.

—Supongo que tienen hambre muchachos, así que, ¿por qué no empezamos con la comida?

—¡Yo te ayudo Sarah!

Maritza llega a su lado en un par de zancadas, en el camino jala del brazo a Carmen para que la ayude. Salen con bandejas llenas de refrescos de sabores y la ensalada de pollo con tostadas para repartir. Con la destreza habi-tual, las chicas terminan de atender las mesas y terminan sentándose al lado de Astrid.

“¡Sorpresa!”

“Y vaya que me sorprendí. Me alegra mucho que estés aquí.”

“Eso debes agradecérselo a tu novio, que organizó todo.”

Astrid voltea de pronto para verlo, que baja la mirada y oculta la cara en su cabello. Ella siente que es una protagonista de una película juvenil, donde por fin tiene todo lo que quiere y ya nada puede salir mal. El aroma del perfume de Declan impregnado en su blusa, es toda la prueba que necesita. Solo puede pensar en una cosa, que ojalá pudiera congelar ese instante.

Afuera, las nubes grises se apoderan del cielo. Los pájaros vuelan a sus nidos esperando una tormenta, aunque no pinte para tanto. El viento mueve las ramas de los árboles. Ahora sí, su día no podría ser más perfecto. Da un suspiro y recarga su cabeza sobre la de él. Observando como los demás se pierden en sus conversaciones o en sus teléfonos, cuando su mirada se cruza con la de su padre.

Los chicos comienzan a jugar mímica, Karla hace unas muecas súper graciosas. Nadie adivina que está describiendo a un perro, solo Astrid, pero ella no dice nada. Se queda recargada en la barra junto a lo que queda del pastel que recién acaban de partir, saboreando una rebanada del paraíso que deleita su paladar.

Mientras los demás están atrapados en el juego de señas, Astrid y su padre, después de mucho, mucho tiempo abren su corazón el uno al otro, su mirada es el lenguaje del amor más puro. Le dice lo orgulloso que esta de ella, la alegría que le da el que tenga nuevos amigos, que abra su mente y su corazón a nuevas personas. Que su madre también estaría muy feliz por ella. El gran efecto positivo de esas nuevas amistades se nota hasta en su pequeño hermano, Luis Daniel, quien también se encuentra muy concentrado jugando. Lo ve reír, le inunda el alma de felicidad. Toma su mano entre las suyas y llora en silencio, porque no quiere arruinar la fiesta para los chicos, esconde su rostro en el pecho de su papá. El usa su dedo índice para limpiar las lágrimas fugitivas de su mejilla y se funden en un abrazo tan íntimo, que son los últimos en darse cuenta de que alguien acaba de entrar a la cafetería. Las risas y murmullos se callan, solo la

música queda en el aire. Todas las miradas se dirigen a la puerta. Astrid siente en el ambiente algo raro, da media vuelta, es cuando la ve.

Es Paula.

El frío de la tarde se cuela por la puerta que ha quedado entreabierta. Las respiraciones suenan al mismo tiempo, Paula se queda en la entrada, alisándose el cabello despeinado por la capucha de la sudadera, cae como lluvia dorada por su espalda. Es ella, a pesar de que sus labios pálidos no se ven intimidantes a diferencia de cuando están pintados del color de la sangre y no viste ropa entallada al cuerpo. Es paula, en pantalones marrones con tenis converse. Sin máscaras de maquillaje para ocultarse. Los segundos se hacen eternos, hasta que Maritza llega y se para frente a ella, tiene el fastidio dibujado en su expresión.

—¿Acaso no viste el letrero de “cerrado”?

—Lo hice...pero...

—¿Entonces no sabes leer?

—Hoy no vengo con intención de pelear, se los puedo asegurar, a todos...

—Ajá...a otro perro con ese hueso —la voz de Samuel resuena por el lugar.

—Sera mejor que te vayas, Paula, creo que es claro que no eres bienvenida —comenta Karla, de una manera muy serena.

Paula recorre con la mirada los rostros de los presentes, sus piernas titubeantes, tiemblan. Esconde sus manos en las bolsas de la sudadera.

—Les pido disculpas. Fui una perra...sin motivo.

—Y vaya que sí...ya me contaron las artimañas que hiciste —la voz de Maritza es un cuchillo afilado.

Su mirada se nubla y parece que las palabras se atorán en su garganta. Nadie más habla. La música sigue sonando. Sarah interviene en la escena. Con pasos lentos, se queda al lado de Maritza, la toma del brazo.

—Bueno, yo creo que tu disculpa es de las más sinceras que he escuchado en mi vida, y déjenme contarles —alza la voz en esta última frase y los inspecciona con sus ojos grandes marcados con arrugas del tiempo—, que he escuchado demasiadas, más de las que me hubiera gustado —se acerca a Paula, toma su mano y la conduce a la barra, ignora a Maritza, quien se cruza de brazos y la ve de ma-nera extraña—. Ven, que te voy a dar una rebanada de pastel para que endulces tu paladar, claro, si Astrid me lo permite —su voz se vuelve tierna, le hace señas para indicarle lo que quiere hacer, ella asiente con una sonrisa tímida en la cara.

Para sorpresa de muchos, ella se sienta a su lado, balanceando los pies. Astrid voltea a ver a los demás, están atónitos. Y no es para menos, después de los varios roces que ha habido entre ellas, todos creen que se ha vuelto loca o se le borro la memoria. Pero ella, solo les muestra esa sonrisa que la caracteriza y come pastel como si nada fuera diferente, como si la chica que se encuentra a su lado no le hubiera hecho daño en varias ocasiones.

Lo que están viendo sus ojos es algo tan ilógico que no lo pueden creer. Como el sol saliendo a media noche.

—¡A ver muchachos, sigan con su juego ese de las manos! Si alguien gusta más pastel, venga a la barra.

Se sienta frente a Astrid y conversa con el señor Daniel, que al parecer no estaba enterado de muchas cosas que ha ocurrido en la cafetería, como el incidente de la ventana, su hija no fue muy precisa cuando hablaron sobre eso. La chica se pone la capucha, intenta esconder sus ojos cafés para que no se crucen con los del padre de la persona que ha herido a causa de sus propias

heridas sangrantes, que no pueden cerrar. La vida de Paula, no es solo ropa de marca y accesorios de lujo, aunque por mucho tiempo esa es la imagen que muestra al mundo, como un escudo para que nadie traspase hacia su corazón anémico de amor y comprensión, de sus padres. Su refugio es una burbuja que se ha reventado. No tiene a donde ir. No tiene a quien acudir.

Se muerde las uñas, un remolino de emociones le destruye todo por dentro, pero contrario a lo que ella cree, él es una persona agradable, no le hace ningún reclamo, además si su hija ve en ella algo de luz, entonces no hay nada de qué preocuparse, él trataría de ver eso que no puede ver todavía.

Los demás siguen reacios a la presencia de Paula, los murmullos no dejan de sonar a sus espaldas. Poco a poco reanudan el juego, ignorando su presencia. No deja de disculparse por haber ignorado el letrado, simplemente lo toma como un error porque vio personas en el interior.

—Bueno, espero que sea lo que sea que te tenga triste, lo puedas resolver.

—Es muy amable señor.

—Te daré un consejo, quizás muy trillado, pero creo mucho en el —hace una pausa, esperando que lo vea, pero ella lo evita—, en muchas ocasiones, lo que nos puede sanar siempre ha estado dentro de nosotros mismos, pero nos negamos a aceptarlo. Cuando te des cuenta de lo que tú misma no quieres aceptar, te será más fácil salir del hoyo donde estas.

Paula, asiente, no deja de tronarse los dedos, agradece el consejo y el pastel. Antes de irse, abraza a Astrid, ella se deja envolver con esos brazos delgados y fuertes, su cabello huele a manzana. A veces necesitamos dar un abrazo para reconstruirnos a nosotros mismos. Se va sin despedirse de los demás. Ella lo entiende.

El olor a plástico inunda la habitación, se preparan para recoger la basura y dejar la cafetería limpia para el día siguiente. Lo que queda se reparte entre todos, justo cuando Maritza se acerca a Astrid con su parte, le roza la oreja y se asegura de que tenga puesto su aparato auditivo, le sube el volumen. No quiere escribirle, necesita decir lo que siente en voz alta, más para sí misma que cualquier otra cosa, necesita que ella esté presente cuando lo diga.

—Hablé con mi madre, con Camila —ha llegado el momento, por fin ha decidido abrirme su corazón—, fue diferente. Me hablo sobre ella, su historia, sus motivos para darme en adopción. Fue liberador, Astrid. Tanto para ella como para mí. Como separarnos de un pasado que nos hacía daño porque no lo conocíamos. Le hablé sobre mi infancia, esa que no pudo conocer, mis novios de la secundaria y mi primera vez —su voz se empieza a quebrar y sus ojos se ven brillantes por las lágrimas que intenta contener.

Se toma un momento para refugiarse en su amiga, para limpiarse las mejillas mojadas. Ella sabe lo importancia de su encuentro. Como la respuesta al crucigrama de su vida.

—También le regalé algunas fotos mías. Solo las autorizadas por mi mamá Mercedes, obviamente —suelta una pequeña carcajada—. Ella le habló a su familia sobre mí, me parece muy valiente de su parte. Nos seguiremos viendo, estaremos en contacto, y quien sabe, quizás algún día la conozca —la abraza otra vez, dejando de lado la bolsa de basura que trae—. Gracias por estar conmigo.

Se aleja, arrastrando la bolsa, y sonriendo cada vez que regresa la mirada hacia atrás. Astrid se gira, buscando con la mirada a Declan, piensa en lo que le dijo Karla y solo desea con el amor más ferviente que siente, que él se decida a abrirle su corazón.

La mano de Luis Daniel se entrelaza con la de su hermana, se talla los ojos y da un bostezo al mismo tiempo, Astrid pasa la mano por el rostro de su hermano, se le cierran los ojos del cansancio. Se despide de los chicos, carga a su hermano entre sus brazos y lo lleva al coche. El señor Daniel se ofrece a llevar a la señora Sarah a su casa, pero ella ya ha llamado un taxi. La

ofende enormemente que solo porque esta anciana, y las indicaciones del médico, que reposara todo el tiempo que le sea posible, para evitar que se canse, el hecho de que todos estén disponibles todo el tiempo para ella.

—¡Los jóvenes de ahora! Creyendo que uno ya es un inútil, faltaba más.

Esa es su Sarah, un roble con el tronco firme y arraigado a la tierra. Tiene más fortaleza de la que cualquiera pudiera creer.

Maritza se queda con las llaves de la cafetería y los chicos se han ofrecido a llevarla a su departamento, Astrid se siente agradecida por eso, la iluminación de las calles, no es la mejor.

Ellos son los últimos en irse, esperan sentados en el coche, observando por el espejo retrovisor a que arranque el coche de Samuel, que el taxi llegue por la señora Sarah para poder retirarse tranquilos.

Piensa en su pequeña familia, fracturada, pero siente que es la más unida. En los momentos malos y como el amor no la ha abandonado a pesar de las circunstancias difíciles. Ahora tiene más miembros, que han sido elegidos por ella.

La noche fresca, les acaricia la espalda mientras esperan a que Maritza entre a su departamento. Cuando la luz se enciende, Samuel arranca el coche otra vez. No hay estrellas, no hay nubes obstruyendo la vista nocturna. Es simplemente perfecta. En la parte trasera del coche Ana y Karla, recargadas la una en la otra, con los ojos cerrados. Declan rompe el silencio.

—¿Cuánto tiempo crees que se tarda en olvidar?

Su pregunta los toma por sorpresa. Él no es el tipo de persona que hace preguntas, es de los que tiene respuestas.

—Creo que tu pregunta está mal formulada. Supongo que quisiste decir, ¿cuánto tiempo se tarda en sanar? Porque a veces, no se puede olvidar.

Nada. No responde. El ruido del motor es la música del ambiente. Él siente que su piel se eriza, los ojos de su prima se encuentran fijos en el espejo retrovisor, no sabe si buscando a Samuel, o a él, para ver su cara después de su respuesta. El silencio prevalece, en el fondo les gusta, solo el hecho de existir sin pensar en que pasara mañana, todos inmersos dentro de su propio universo, acompañándose en la soledad silenciosa.

¿Así es el mundo para Astrid? La mayoría del tiempo en una pausa profunda. ¿Cómo es eso posible? Hasta un suspiro en la oscuridad, es relajante.

—Deberíamos estar más tiempo así, en silencio.

—También me gusta —comenta Declan, al tiempo que levanta su brazo, como intentando alcanzar lo inalcanzable. La luna —. Me caes mejor cuando estas ca-llado, Samuel.

—Yo prefiero cuando ambos se callan.

Ana sigue con los ojos cerrados, escuchando la conversación, solo se quita los cabellos de la cara y se acomoda en el asiento.

—¿Cómo que mejor, bro?

—No dices tantas tonterías.

—¡Pero te ríes de mis tonterías!

Sus carcajadas resuenan en el aire.

—Ya van a dar las doce, creo que ya deberíamos irnos.

—Sí, Samuel, ya vámonos a casa.

Declan permanece pensativo, se limita a dejar que la brisa lo despeine, se queda viendo por la ventana. Samuel enciende el radio, se escucha “Humanos como tú”, de División minúscula, una de sus bandas favoritas. Declan piensa en la canción, en como la letra empieza a tener sentido... *Humanos como tú aquí no hay, no hay...* no los hay, porque ella es una especie en peligro de extinción. *Intento procesar tu blanca piel, esos enormes ojos cuando me ven...* ¿Cuántas veces se ha perdido en esos ojos color miel? *No pienso preguntar a dónde voy, mientras sean tus manos mi ubicación...* está enamorado.

No importa a donde vaya o donde se encuentre, es a la única que ve. Ella es ese rayo de sol en medio de la noche dentro en su emocionado corazón.

El rosa o el morado, me pongo uno y otro sobre la ropa, pero ningún vestido me convence. Es la primera fiesta a la que voy, que no sea familiar, y no sé qué ponerme. Mientras me veo en el espejo, me imagino un montón de situaciones que pueden salir mal. Los vestidos caen al suelo. Pero... quiero ir.

Cuando las chicas llegaron vestidas igual a la cafetería, con un ánimo que podría levantar hasta a un muerto, y atrás de ellas, Declan con su sonrisa encantadora y su mirada cómplice porque ya sabe a lo que voy a enfrentarme. Hasta parece salido de un sueño, con el sol haciendo marco a sus espaldas. Me planta un beso con una emoción nueva para mí. Me abraza y los pedacitos que aún estaban rotos de mi corazón se juntan y se vuelven a pegar.

—¡Tenemos una fiesta! —le dice a Maritza, como si eso le fuera a cambiar la vida. Karla aparece detrás y salta a la espalda de Declan.

—¡Yuju! Será mi cumple chicos, bueno, nuestro cumpleaños, Ana cumple años también. Haremos una gran fiesta, obvio.

—Y también están más que invitadas.

Al escuchar la palabra “gran”, siento un hueco en el estómago, las multitudes no son lo mío. Declan entrelaza su mano con la mía.

—No será tan grande, en realidad, solo seremos nosotros y unos pocos amigos de la universidad.

—¡Aun así será épica! ¡Wuuu! ¡No quiero que falten, eh!

Karla y Ana salen entre carcajadas mientras se abrazan.

—¡Oigan! ¿A dónde van, si acabamos de llegar?

—Hemos decidido hacer unas invitaciones sencillas, pero chulas.

—¿Pero ya invitamos a todos? ¿Para qué hacer eso?

—¡Porque queremos! —gritan al unísono y salen entre tropezones de la cafetería

—No tienen solución, las hemos perdido —da un suspiro, acomoda sus brazos sobre la barra y se nos queda viendo, como esperando algo.—. Y bueno... ¿a qué hora paso por ustedes?

Maritza, se queda paralizada, como si le acabaran de dar una mala noticia, se aprieta las manos, se truena los dedos, hace gestos con la boca, para rematar con una frase.

—No sé.

Le digo a Declan que yo hablaré con ella, ¡con lenguaje de señas! Cada día me entiende más, y no necesitamos escribirnos tanto como antes, aunque extraño eso. Como que es algo muy nuestro.

—Les aseguro que se la pasaran muy bien, Karla y Ana están locas, pero tienen locura de la chida.

—Gracias Declan, pero no tengo ánimo para fiestas, y, además, Astrid tampoco es muy de ese tipo de ambiente, yo creo que se sentirá incómoda.

—¿Pueden ir por lo menos un ratito? Anda, anda. Es más, ustedes dos se pueden hacer compañía, y yo procurare estar con ustedes. Te lo prometo.

—Lo pensaré, pero no te seguro nada, va.

Me encanta verlos mientras platican, ver esa cercanía entre ellos, que se hagan amigos, más cercanos.

—Hola chicas, Declan —Carmen se gira muy rápido y toma entre sus manos las de Maritza

—. Discúlpame por llegar tarde, la escuela me está matando con un montón de tarea.

—Ay ya pásale, ya sabes que no hay problema. Eres la mejor cajera, aunque, si te agradecería que nos avisaras cuando planees llegar tarde. ¿va?

—Sip.

—Yo, ya me voy chicas. Les envió un mensaje con la hora a la que pasare por ustedes.

Declan se despide, deja la cafetería con el rastro de su aroma. Me encanta.

—Está bien, iremos. ¿Contenta?

Y ahora estoy aquí como una boba, teniendo una crisis existencial por un vestido. Y todavía no dejo de pensar en las palabras de mi papá.

—¿Qué vas a hacer en un lugar donde no conoces a nadie? Definitivamente no irás, sé que te vas a enojar conmigo, pero es lo mejor, después me lo agradecerás —su boca se mueve, pero no presto atención, solo hace falta ver su cara para tener una idea del sermón que me da.

Su cara cambia de expresión de manera drástica, los colores se le suben a la frente y termina con un rotundo no, ni siquiera me da tiempo a explicar, a decirle que me acompañara Maritza, que no estaré sola como él cree, pero termina la discusión cerrando la puerta en mi cara. Sé que lo que planeo hacer es algo de lo que tal vez me voy a arrepentir mañana, pero esta noche no, hoy iré a una fiesta.

Declan se estaciona una calle atrás, me manda un mensaje para avisarme que ya está ahí. Me escabullo por las ramas del árbol junto a la ventana, y salto.

Hay luces blancas colgadas en el patio, hace de la iluminación, un toque personal y da la sensación de intimidad entre tonos cálidos. Karla dijo que sería algo muy pequeño, solo nosotros y algunos amigos de la escuela, pero creo que los planes cambiaron o toda la escuela es su amiga.

Caminamos entre los chicos, dando codazos y pisotones, el vestido de Maritza se ondea mientras avanzamos, yo llevo mi bolsa apretada a mi pecho, tengo la sensación de que alguien me va robar en cualquier momento, hasta que llegamos a el jardín me siento más despejada, siento que puedo volver a respirar, donde están las mesas. Me alegra haberme puesto unos simples pantalones, aunque creo que los tacones no han sido mi mejor idea. Nos quedamos en medio de toda la gente, abanicándonos con las manos por el calor y el sudor corporal. Los rostros de las personas se ven en tonos neutros y naranjas, creando la ilusión de que todos somos iguales. Desde los más raros y fuera de lugar, que usan lentes oscuros en la noche.

Apago el volumen de mi aparato auditivo, solo llegan ruidos como de frecuencia y me molesta. Apagado, fuera del mundo que suena muy fuerte, me siento mejor. Busco a mi novio con la mirada, pero no lo veo por ningún lado.

—¡Atención! Las anfitrionas han llegado —Samuel aplaude y veo a Declan entrando con las chicas de su brazo.

Se ve tan guapo con la luz cálida en su rostro. Trae puesta una playera blanca con una franja en diagonal azul rey y un saco negro para el toque elegante. A su lado me siento tan equis, que quisiera salir corriendo a cambiarme y ponerme el tonto vestido. Las cumpleañeras se ven guapísimas. Ambas traen vestidos de lentejuelas. El de Ana es una combinación de negro, fucsia y blanco. Y Karla, ha decidido por uno negro. Se toman su papel muy en serio, pasan a las mesas a saludar y se toman fotos. Parecen celebridades.

Samuel, se arrincona en una mesa. Los chicos a su alrededor fuman sin parar y él en medio de esa nube de humo debe de sentirse como en casa, o por lo menos le debe de traer recuerdos

gratos ese olor, de la época en la que, según me han contado, era un fumador empedernido.

Para cuando me doy cuenta, Maritza ya tiene un ligue, está platicando y se la lleva a bailar con un grupo de chicos. No la detengo, vinimos a divertirnos y no se la voy a impedir.

Declan me abraza por la espalda, me da un beso en el cuello, no me da tiempo a reaccionar y me dejo llevar por sus manos, que me jalen hacia la pista improvisada de baile. No se bailar. ¿Cómo hacerlo si no sé qué es el ritmo? El hace pasos de baile graciosos para eliminar la tensión que mi rostro no puede ocultar; me siento tan fuera de lugar, pero él logra sacarme una sonrisa. El piso comienza a vibrar. ¿Has sentido esa sensación de que la música entra por los pies? Eso es justo lo que siento y es excitante. Me alcanza hasta llegar al corazón. Es inexplicable y me gusta. ¿Acaso esta sensación recorriéndome el cuerpo es el ritmo?

Comienzo a moverme lentamente, sus manos en mi cintura me ayudan a soltarme más. Me siento ridícula, pero *bailo*. Declan me hace girar e imita mis movimientos, aquí y ahora, no me siento fuera de lugar. Las luces de colores parpadean sobre mi cabeza, veo a Maritza saltar y girar. Ese tic nervioso que lo ha estado acompañando las últimas semanas, ahí está, mientras baila, es más notorio en el dedo medio y el anular, parece que hubieran decidido tener su propio baile privado entre ellos. Trato de ignorarlo, ahora ya se la razón y solo debo esperar a que él decida hablarme más sobre ese tema, en el momento que él quiera.

Samuel aparece de la nada y se abalanza sobre Declan haciéndolo perder el equilibrio y ambos caen al suelo. Karla aparece de la nada y le da un golpe en la espalda a su novio.

—Samuel, deja de ser un salvaje por favor. Pobre, tan guapo que se vistió hoy. De veras, no tienes conside-ración.

—¡Hola hermosa! Perdón, pero ha valido la pena, te lo prometo. Tu regalo está en el auto.

—¡Ahhh!

Karla sale corriendo, y acto seguido, una manada de chicas histéricas van tras ella. No quiero soltarlo, pero Declan lo acompaña a su auto para ayudarlo a bajar el obsequio, que debe ser grande para necesitar ayuda. Me quedo sola. Maritza sigue bailando.

Voy en busca de refresco a la cocina, me topo con dos chicos en estado “alegre”, al parecer están haciendo competencia para ver quien se acaba la lata de cerveza más rápido. Sonrío cuando dirigen sus miradas hacia mí, me dirijo a la hielera a un lado del comedor de madera oscura. los veo codearse y reírse entre ellos. Murmuran. La hielera está vacía, tendré que ir al refrigerador. Me muerdo los labios, significa que tengo que pasar junto a ellos. Me quedo pensativa, parada junto a la hielera, aun decidiendo que hacer. ¿Me veré muy tonta si salgo con las manos vacías?

—Oye linda, ¿quieres una cerveza? La hielera de acá todavía tiene.

Su boca se mueve muy rápido, que no distingo lo que dice. Me quedo quieta, observándolos.

—Ey, oye, ¿por qué eres grosera? Solo te estamos ofreciendo lo que viniste a buscar.

Camino hacia el refri, no quiero que vean duda en mi semblante. Les dirijo una sonrisa para que vean que los tomo en cuenta, como diciendo “gracias, pero no gracias”.

—Ey, dime, ¿de cuál vas a tomar? —el chico se agacha para abrir la hielera que está a su costado, saca una para él y su compañero, además de otras de distintas marcas para elegir —. Hay Triunfo, Twiceino y esta no sé cómo se llama, pero esta buena.

Ahí estoy sin decir nada, porque no puedo. Hago algunas señas en vano, porque ambos se me quedan mirando como si fuera una loca.

—Oye, esta debe ser la amiga rara de Karla.

—Ajá, la que no puede hablar.

—Creí que solo quería tomarnos el pelo, pero no, ¿de verdad no puede hablar!

Karla les ha hablado a sus amigos sobre mi como si fuera un bicho raro, un perrito rescatado

a que no deben hacer sentir mal, como si fuera diferente.

Los chicos explotan en risas, que intentan callar al recordar que yo sigo frente a ellos, parada sin hacer movimiento alguno. Los miro fijamente a ambos sin expresión alguna en mi rostro, por un instante se me mete en la cabeza la idea de intentar decir alguna palabra, para demostrarles que están equivocados. La verdad es que solo me voy a llevar una desilusión más, quizás peor. Balbucear, queda fuera de las opciones; los chicos tratan de mantenerse serios ante la situación, pero dado el estado de alcoholismo en el que se encuentran, no les ayuda para nada, de vez en cuando, una risa se les escapa. Deciden ignorarme, me quedo ahí parada como una estatua. Uno de ellos saca un cigarro y lo enciende, soltando el humo de la primera inalada sobre la cara de su amigo, al que no parece molestarle en absoluto. Trato de mantenerme serena, analizando las opciones que no tengo en ese momento e intentando descifrar como me siento.

He pasado varias veces por situaciones similares, ¡por Dios!, estoy acostumbrada a las miradas de lástima y expresiones de asombro ante mi condición. ¿Por qué esta vez es distinto? ¿Por qué me siento así, como si fuera un chiste sin gracia? No lo sé, y tampoco quiero averiguarlo. Me abrazo a mí misma.

Siento un nudo en la garganta.

—Sabes que hombre, ella es la mujer perfecta, ¿quieres saber porque lo creo? —veo que sus labios se mueven otra vez y subo el volumen de mi aparato auditivo, entre mi cabello, muy discretamente. No quiero que lo vean

—¿Por qué, loco? A ver dime, pues...

—¡Porque no habla! ¡Es el sueño de todo hombre!

Sus risas estallan otra vez, pero esta vez en el interior de mi cabeza, algo dentro de mí también explota en silencio dentro del escándalo.

Sus puños golpean la puerta, una, dos, tres veces. Nada. Ella no sale. Piensa que debe seguir molesta por el tema de la fiesta. Suspira para sus adentros, antes de girar la perilla y entrar en su habitación. Hay ropa tirada por los suelos, la ventana abierta deja que la brisa nocturna entre al lugar, llenándolo de frío. Sus músculos se tensan. No puede creerlo, ¡se ha escapado! ¡Su hija se ha escapado a una fiesta!

Baja las escaleras corriendo, busca su celular entre el desorden de la mesa, marca el número de Maritza. No contesta. Sus dedos vuelven a marcar. Sus manos tiemblan, por su cabeza pasan miles de preguntas. ¿Por qué se fue de esa manera? ¿Esto es por ese chico, le importa tanto? El tono de llamada vuelve a sonar, esta vez ella contesta.

—Hola Maritza, soy el padre de Astrid, ¿se encuentra contigo?... oh, ya entiendo...está bien, no le digas que te llamé, si...solo te puedes asegurar que llegué a casa bien, por favor...gracias, diviértanse.

Los latidos de su corazón se ralentizan, Maritza la acompaña, al menos eso lo hace sentir mejor. Su mirada se queda observando a Luis Daniel, dormido en el sofá frente a la televisión. Babea. Lo carga entre sus brazos y lo lleva a su habitación.

Apaga la luz para obligarse a dormir.

Con el pijama aún puesto se dirige a su habitación. Como la noche anterior, toca una, dos, tres veces, nada. Abre la puerta esperando encontrarla en su cama, desvelada y durmiendo. La va obligar a levantarse como castigo. Pero el corazón se le hiela a encontrar el lugar exactamente como ayer. Todo por el suelo y la cama vacía. Da un golpe a la puerta, de impotencia, de coraje. De no saber que ha pasado.

Escucha el teléfono de casa sonar, baja a contestar. Su hijo sale de su cuarto, tallándose los ojos del sueño, va a la habitación de su hermana, con pasos torpes y adormilados.

—¡Maritza, buenos días! Astrid se quedó a dormir contigo, ¿verdad? —su expresión de alivio es sustituida por el horror. Ella llama para preguntar por Astrid —. ¿Significa que se quedó a dormir con ese chico, el tal Declan?... ¿Cómo que no saben dónde está?... ¿pero estaba contigo anoche?

Se queda sin aliento. El sudor frío recorre su frente.

En el segundo piso, Luis Daniel se avienta a la cama fría y se revuelve entre las cobijas, pero su hermana no está, solo hay una brisa fresca entrando por la ventana abierta. ¿Por qué Astrid no se encuentra en su cama? Baja las escaleras lleno de confusión. Con la inocencia de su ser, piensa que ya debe estar levantada, preparando el de-sayuno, pero al llegar a la cocina solo ve a su papá, ha-blando por teléfono.

—Está bien, gracias Sarah, te agradecería que cualquier cosa que llegues a saber, me la comuniques. Estoy muy preocupado...si, hasta luego.

—¿Dónde está Astrid, pa? —el señor Daniel voltea lentamente, camina hacia él, tratando de disimular su ansiedad, se pone de cuclillas y sus miradas se juntan.

—Hijo... — hay duda en su voz—, tu hermana...no sabemos dónde se encuentra.

—¿Hizo un truco de magia y le salió mal?

—No Dani, desapareció. Nadie lo sabe.

—¿Ya le preguntaste a Declan?

—No está con él. Me llamo hace un momento para preguntarme si había regresado a casa sola, porque después de ayudar al novio de su prima a bajar su regalo del coche, ella ya no estaba en la fiesta. Nadie la recuerda, nadie la vio salir de la casa. La última vez que Maritza la vio fue cerca de las bebidas, después del alboroto se dio cuenta de que ya no estaba en la mesa, fue a buscarla, pero no la encontró.

El señor Daniel continúa hablando, el pequeño parece escuchar, pero no entiende las palabras que salen de la boca de su padre. Su hermana se ha esfumado, como un conejo al que ha hecho desaparecer un mago. ¿Y si no la vuelve a ver como a su madre?

—¿Me entendiste Luis Daniel?

—¿Eh? ¿A dónde vamos?

—Por favor, ve por tus cosas, pasarás el día en la cafetería, con Sarah.

—Yo quiero a mi hermana —los ojos se le llenan de lágrimas, su voz suena entrecortada.

—La vamos a encontrar.

—¿Y si ya no regresa, como mi mamá?

—Ella va a regresar. Iré a buscarla con sus amigos, por toda la ciudad si es necesario. Pero la traeré de regreso.

—Yo quiero buscarla también.

—No hijo, es mejor que nos esperes. La señora Sarah ya te está esperando en la cafetería. Prepara tus cosas y tu tarea, será mejor que aproveches el tiempo. Maritza vendrá por ti dentro de poco. Por favor —hay un tono de súplica en las últimas palabras que pronuncia su papá.

Se seca las lágrimas que resbalan sobre las mejillas, resiste las ganas de soltarse a llorar y va a su habitación a hacer lo que su padre le ha dicho. Sabe que debe ser un niño valiente. Esas fueron las palabras que le dijo su mamá cuando se fue al cielo y todos se vistieron de negro, pero nadie le dijo como ser valiente. ¿Cómo serlo si ya no tiene esperanza? ¿De dónde se obtiene el valor cuando el tuyo no funciona?

Maritza llega en un taxi treinta minutos después. No tiene ganas de nada, va con la mirada perdida, Maritza habla y habla tratando de distraerlo, de la comida, que van a hacer trampa y quizás le de chocolate en el desayuno, que le ayudará con sus tareas, pero él solo piensa en lo peor, y ¿cómo no hacerlo? ¡Se trata de su hermana! No se le antoja nada de lo que dice, solo quiere que Astrid llegue a la casa y que todo está bien.

Es increíble como los adultos pueden hablar sobre los niños frente a ellos, como si no estuvieran ahí, ignorando sus opiniones o fueran una mascota que deben cuidar por un tiempo.

No dice ni una sola palabra, hasta que llegan a la cafetería y Carmen le lleva su desayuno a la mesa, son hotcakes con miel maple y muchas fresas. Maritza se sienta a su lado, desenredando sus chinos con las manos.

—Oye, quita esa cara, en un rato veremos a Astrid y tú papá se va a enojar tanto que se le van a salir los ojos —ella se ríe de su propio chiste, pero el pequeño solo encaja las fresas en su tenedor.

—¿Por qué se fue?

—No lo sé, pero sé que estará bien —ella le regala una sonrisa y el pequeño se siente mejor. Es lo más sincero que le han dicho esa mañana —. Ahora come, ¿sí?

Él asiente y empieza a cortar pedazos para llevárselos a la boca. Todos parecen saber qué es lo mejor para él. Pero lo único cierto es que solo quiere y necesita a su hermana.

Mientras dibuja, escucha a la señora Sarah tararear una canción, sale de la cocina, va a abrazarlo como al hijo que nunca tuvo y le da un cupcake recién horneado con crema de vainilla

y mermelada de fresa en el interior. El favorito de Astrid. Toda ella huele a azúcar y pan recién salido del horno, desde su ropa hasta su cabello. Él pequeño se deja envolver en ese aroma que le recuerda a su madre.

Maritza, demacrada y con las ojeras marcadas debajo de los ojos, se esfuerza por sonreír a los clientes, por suerte es una mañana tranquila a comparación de su cabello todo enredado. Carmen las apoya, hace su tarea al lado de Luis Daniel, para asegurarse de que tiene la mente ocupada. A pesar de que se ha devorado todo lo que hay en su plato, su estómago ruge.

—Te había prometido una malteada —Carmen le quita uno de sus libros y lo coloca sobre otra silla, regresa en pocos minutos con un vaso grande de malteada de cho-colate y, ¿un plátano? —, no me veas así, las indicaciones de tu papá incluían “cosas saludables”; el plátano es la cosa saludable — se vuelve a sentar a su lado y le guiña un ojo.

Comienza a atardecer, no tiene ganas de nada, ni siquiera de dulces. Los colores naranjas y rojizos se confunden en el cielo. La señora Sarah le prepara un sándwich y no se retira de su mesa hasta que se lo termina. Lo besa en la frente.

—Imagínate lo que diría tu padre, si le digo que no quisiste comer, ¡ni Dios lo mande! Un niño debe comer a sus horas, Carmen —ella se sobresalta al escuchar su nombre y tira algunas monedas.

—Pero, es que él me dijo que no tenía hambre.

—Los niños nunca tienen hambre y nunca quieren hacer la tarea niña. Apréndetelo, un día tendrás hijos y debes recordarlo.

—Ay doña Sarah, apenas tengo diecinueve años, como cree que voy a pensar en hijos.

—Además, Sarah, ella ni novio tiene —grita Maritza desde la otra esquina del lugar.

—Tú tampoco tienes —Carmen le saca la lengua.

—Yo te recordé varias veces que era hora de que Luis Da-niel comiera.

Ellas continúan discutiendo sobre la comida que no le dieron al pequeño, palabras al aire sin sentido. La verdad es que ni la ternura de la señora Sarah o la complicidad de las muchachas, pueden con la carga de un corazón tan chiquito a punto de romperse por la desolación. El sol comienza a ocultarse, las primeras estrellas resplandecen en el cielo, la campana de la entrada suena, una y otra vez, la gente va y viene, el corazón del niño solo reza, espera con toda la fe del mundo, que Dios lo pueda escuchar y cuide a su hermana en donde quiera que este.

—¿Dónde está mi hermana?

Mi corazón late a toda prisa, desde que baje del taxi no he parado de correr. Necesito estar aquí y que la brisa salada me llene los pulmones. El mundo suena y suena, yo corro tan rápido como puedo para huir de todo el sonido. Y no dejo de preguntarme, ¿por qué? Una y otra vez la pregunta golpea el interior de mi cabeza, me duele, tengo una punzada que taladra mi cerebro. Ha oscurecido, mis piernas están agotadas, me dejo caer y la arena se me pega en la piel sudorosa. Ya no puedo más. Ya no soporto el silencio que no me deja escuchar.

El mar golpea contra las rocas, llega a la orilla calmado, me recuesto y cierro los ojos, ahora tampoco veo nada. Aprieto la arena entre mis manos, como quisiera que se tragarán sus palabras, me raspa. Ojalá pudiera regresar el tiempo. Quisiera ser normal, no tener que lidiar con esto. ¿Por qué no soy como los demás?

Dicen que Dios les da las grandes batallas a sus grandes guerreros, pero no sé a qué batalla necesito enfrentarme, me siento tan inútil, ni siquiera puedo ayudar a mi hermano menor. Nada tiene sentido.

Aflojo mis manos, la arena se me escapa entre los dedos. El ding de mi celular me distrae, pero lo ignoro. El frío se cuela entre mi ropa. No quiero hacer nada, no quiero sentir nunca más. Solo quiero quedarme aquí, con los ojos cerrados, para siempre.

—¿Ha visto a mi hija? —lo dice al tiempo que muestra una fotografía de Astrid en la cafetería, sosteniendo una bandeja con postres.

—Lo siento, no la he visto, al menos no creo haberla visto, no la recuerdo. Anoche hubo un montón de chicos en la calle, supongo que por la fiesta y no sabría decirle.

—Le dejo mi número de celular, si la ve o sabe algo, me marque por favor; ella es sorda, ¿sabe?

—Oh, lo siento mucho señor.

—No se preocupe, ella es muy lista...ella, es, es... —la mujer le posa una de sus manos en su hombro, como diciendo, “lo entiendo, no hace falta que me digas más”. El señor Daniel tratar de controlar sus lágrimas, pero se escapan de su control.

Tocan puerta por puerta, de cada calle de la colonia donde se hizo la fiesta, el crepúsculo se aproxima y su padre muestra su fotografía a los vecinos, para confirmar que no la han visto en el transcurso de la noche anterior o en este mismo día. Los “no”, se convierten en protagonistas de la tarde. La frustración y la desesperación invaden su rostro; que intenta mantener con una expresión apacible, pero la está perdiendo, así como las esperanzas, cada vez que alguien le dice que jamás ha visto a la chica de la foto.

Declan se mantiene optimista, anima a los chicos a seguir buscando, a preguntar a cada persona que se encuentran en la calle. Tiene fe en que la encontrarán, que estará bien, que la verá entrar por las puertas de la cafetería, con su sonrisa y todo lo que ama de ella. Lo que ama. ¿Por qué cuando pierdes algo es cuando te das cuenta de que en verdad lo quieres? Piensa esto, mientras se mira las manos, esos dedos temblorosos por sus propios miedos y ahora de desesperación, aprieta los puños, gira su mirada hacia el padre de Astrid. Él es el culpable de que su cara tenga esa expresión. ¿Pero qué otra podría tener? Él debe pensar lo mismo. La vida se empeña en arrebatársela a las personas que quiere, a las que entran a su corazón sin permiso.

A Karla se le nota la angustia, su sonrisa pierde fuerza; su preocupación es tanta, que ni siquiera se ha tomado la molestia de cambiarse el pantalón del pijama y trae el cabello amarrado en un chongo sobre su nuca. Se siente mal, al menos parte responsable por acaparar la atención esa noche, pero, ¿quién podría culparla?

A lo lejos una chica conocida trota hacia ellos, con ropa deportiva, los chicos la ven de lejos, los músculos de Declan se tensan, su prima se le adelanta y camina al frente para encontrarse con ella cara a cara. Los demás las observan, con ojos expectantes el momento en el que ella la jala de la sudadera.

—¡Tú! ¡Se que tienes que ver con todo lo que está pasando, confiesa!

—¡Suéltame salvaje! No sé de qué hablas.

La agresividad en su voz retumba en los oídos de los chicos, sus pies se mueven como si fueran accionados de pronto, todos al mismo tiempo.

—Tranquila nena...

—Karla suéltala

—¡Que rayos están diciendo! Ella es la culpable de su desaparición, estoy segura, no hay nadie más que quisiera verla fuera de su camino.

—No sé qué pasa, pero te agradecería que soltaras mi sudadera, es nueva y la estas

arruinando —sus dedos se relajan y la suelta, pero con la emoción impregnada en la cara. Está convencida de sus palabras.

—¿Dónde estuviste anoche Paula? —ella lo mira desconcertada, desvía la mirada —, como a las diez de la noche.

—Estuve en una reunión...para personas con problemas alimenticios —su voz es apenas un susurro —, yo no hice nada.

A Declan esto no le sorprende, la llega escuchar vomitar algunas veces en su casa, pero la respuesta a sus preguntas, siempre le dijo lo mismo; algo le cae mal o ha comido demasiado. No le presta más atención. Y ahora sabe la verdad detrás de las mentiras.

—Esta vez no tengo nada que ver, así que, si me disculpan, debo enfrentarme a mis propios problemas... pero si se algo les hablaré —se dibuja una tenue sonrisa en su rostro.

Se abre camino entre los chicos, su hombro choca con el de Karla, Samuel la abraza de inmediato, ella vuelve a trotar. La ven alejarse, mientras se ven los unos a otros. Nadie la ha visto. Es como si se la hubiera tragado la tierra. Él desea tanto que la tierra la escupa y la mande directo a sus brazos.

Y la policía, bueno, deben de pasar al menos cuarenta y ocho horas para declarar a alguien oficialmente desaparecido, por el momento no ayudan mucho. Ana con su mirada verde parece tan fría, mientras se pone en frente de las personas para interrogarlas, y Samuel hablándole a los desconocidos sobre una chica que el tampoco conoce, pero lo hace, porque ella es alguien importante para su mejor amigo. A pesar de eso, son los más serenos en esta situación. Ella los observa y no sabe cómo lo hacen, como pueden mantenerse inquebrantables mientras el mundo de alguien parece desmoronarse.

De lejos, Declan observa cómo se mueve el señor Daniel, pasos pausados, firmes, para no dejarse caer ante el panorama desolador. Y todos se quedan sin energías.

—Disculpe, mmm... —la señora es la primera en voltear, tiene algunas canas en su cabello trenzado—...este, ¿señor Daniel?

—Declan —antes de mirarlo se despide y agradece a la dama por su tiempo, los demás ya están detrás de él, esperando—, ya es hora de irnos, está oscureciendo y sus padres deben de estar preocupados.

La señora, que se presenta con ellos, con el nombre de Adriana, es la amabilidad en persona, les regala un vaso de agua a cada uno, el de Ana tiembla mientras lo sostiene. Su cuerpo está expresando lo que ella no quiere admitir.

—Muchachos, voy a continuar en la siguiente colonia, muchas gracias por su ayuda.

—¿Pero de que habla? Yo voy con usted.

No dice más, solo asiente y comienzan a caminar. Los chicos se quedan en la calle, viendo cómo se alejan. Sa-muel se va encargar de llevar a las chicas en su casa.

La desazón se ha instalado en sus cuerpos, es una sombra pesada que tienen que cargar, además del peso de su pena. Sus pasos se vuelven lentos y torpes, el cansancio empieza a pasarles factura, pero la ansiedad no les permite respirar con tranquilidad, recorre cada una de sus venas. Declan se queda parado en una especie de trance, el señor Daniel se da cuenta de que se ha quedado atrás y se para en seco.

¿Qué hacer? ¿Qué se hace cuando la vida se empeña en quitarte lo que amas? Sabe que el muchacho no tiene ninguna culpa, pero al enterarse de su desaparición, sus ojos no vieron a otro culpable. Ahí está otra vez, ese tic, ese temblor en los dedos de Declan, ahora más notorio por las emociones cruzadas que no puede controlar.

—Oye, muchacho, ¿Qué tienes?

—Todo esto es mi culpa señor, no debí haber aceptado que se escapara, yo... —da un suspiro para sus adentros, quisiera decirle que es cierto, que es su culpa, pero sabe la verdad.

—No...no es así, Astrid sabe lo que quiere, aunque me cueste admitirlo y en estos momentos, ella te quiere a ti.

Declan queda sorprendido ante sus palabras. El padre de Astrid se sienta en la banqueta, él hace lo mismo, se truenan los dedos y trata de esconderlos. Silencio otra vez. El ruido de la calle llenándoles la cabeza de basura cuando lo que quieren es dejar la mente en blanco, descansar, evadir los pensamientos que los atormentan; ella invade cada uno de ellos.

Las luces de la calle se encienden, acaban de dar las 7:30 de la noche, dentro de poco habrá anochecido. Declan decide pasar la noche en su casa, quiere estar ahí cuando ella aparezca. Pasa por un cambio de ropa, y se despide rápidamente de su madre, a la que no le ha dado tiempo siquiera de alegar, porque se sube en el coche del señor Daniel. Conduce en silencio a la cafetería.

El letrero de “cerrado” ya está sobre la puerta principal. Las chicas y doña Sarah, están sentadas con bebidas calientes entre sus manos, Luis Daniel está coloreando, o al menos eso parece desde el coche. La campana suena, las miradas llenas de esperanza se apagan a verlos llegar solos y al instante se quedan vacíos. El pequeño los ve con intriga. Sus pies quedan colgando del banco. Sus ojos enormes aún siguen brillando. Deja caer al suelo el color morado, baja de un salto para ir hacia ellos, toma la mano de Declan y suelta, como una bomba, la pregunta.

—¿Y mi hermana?

Y hace explosión.

¿Y mi hermana? Esa pregunta se les clava en la cabeza y retumba en su interior, de manera lenta con esa voz, tan tierna y triste al mismo tiempo. No hay nada; esa interrogante los ha dejado más secos que un desierto por dentro, no hay un oasis de fe que ofrecer y ellos lo saben, él ha visto en la ventana de su alma, no existe nada que pueda hacerlo sentir mejor.

Y los suyos, son los que estallan ahora, como explosivos de agua salada que van directo hacia él.

No quiero despertar, puedo sentir que soy parte del mar. Que soy espuma, yendo y viniendo con cada ola. Los rayos del sol me lastiman los ojos, me obligan a despertar. La cabeza me da vueltas. Mi vista es borrosa, veo humo y el olor a tortilla recién hecha invade todo el lugar. Estoy en un tipo de cabaña, las paredes del lugar son en realidad palos y hojas entretejidas, la brisa salada del mar se cuela entre las aberturas. Tengo el cabello enredado y algunos de ellos se quedan atrapados en mi boca. Saben a sal. Tengo arena pegada hasta en la cara. No sé cómo me pude quedar dormida en estas condiciones, en este lugar.

Me sobresalto, no sé dónde estoy o como rayos es que he llegado a este lugar. ¿Qué hora es? Mi respiración se agita, hay alguien afuera. Reviso mi ropa, mi bolsa, no me hace falta nada. Intento prender mi teléfono, debo avisar que estoy viva por lo menos, mis manos tiemblan y ya no tengo batería. Tengo ganas de vomitar.

Trago saliva, el lugar está lleno de cocos vacíos y secos, busco mis zapatos, trato de no hacer ruido, pero mis torpes pies, tropiezan con unas latas vacías. Una sombra se mueve afuera, mis latidos aumentan, no tengo a donde huir.

El aire vuelve a mis pulmones cuando veo que es una señora de edad avanzada, bastante delgada con el cabello largo y cubierto de canas.

—Ah, buenos días, chiquilla... —me mira de reojo, esperando una respuesta—. Así que no quieres hablar. Está bien.

No sé qué hacer. Solo le dedico una sonrisa a manera de saludo, el aroma de las tortillas me provoca hambre, no he probado bocado desde anoche.

—¿Dónde vives? —levanto mi rostro y quedo a la altura de sus ojos. Señalo con mi mano izquierda a donde supongo, queda la carretera principal para regresar a la ciudad o al resto de la civilización. Le pregunto la hora con un leve movimiento de muñeca y con mi dedo la toco. Ella se queda sin palabras por un segundo. Frunce el ceño, sale de la cabaña, me quedo esperando.

—¡Pepe, Pepe! ¡Qué vengas para acá, rápido mijo!

Un chico de unos catorce años, llega apresurado al lado de la señora. Me hace señas con las manos, para que los voltee a ver y nuevamente pregunto la hora. Me parece algo gracioso.

—¡Ay doña! Solo le esta preguntado la hora.

—¿Y yo como iba a saber, pues? Pancho se encontró esta muchacha en la arena anoche y pues ni modo de dejarla ahí, a la intemperie. ¿Cómo iba a saber uno que no ha-blaba, pues? A ver tu habla con ella.

El Pepe nos funciona perfecto como traductor. Me brinda agua limpia y me lavo la cara, cuesta trabajo quitarse el rímel sin un desmaquillante, pero al final lo logro, aunque en el proceso me arranco algunas pestañas. Qué más da. Me invita a desayunar con ella, sus manos delgadas se mueven con agilidad, volteando las tortillas del comal sin quemarse los dedos. La señora sigue hablando, aunque sabe que no la puedo escuchar, seguir sus labios de un lado a otro es difícil, pero creo que me cuenta de la gente del lugar.

—Ay muchacha, no sé qué andabas haciendo tan tarde en la playa, pero que suerte mi hijo te encontró, —dice mientras sigue amasando, yo trato de hacerme un chongo con la maraña que tengo por cabello —, me espanté cuando lo vi llegar contigo, ay no, Dios mío, pensé que estabas drogada o algo así, pero que alivio sentí cuando nos dimos cuenta que solo estaba dormida, y estabas tan fría, niña.

Ella sigue hablando, yo solo me limito a observarla y sonreír de vez en cuando, cada vez que me mira. Lo de anoche es una locura que no se me va a olvidar. Corriendo en la calle sin sentido, le hago la parada a un taxi y ni siquiera recuerdo como le dije que me trajera aquí. Tan lejos. La brisa fría y salada de la noche es la culpable de que mi cabello sea un desastre, con su ir y venir a todos lados y a ningún lugar.

La luna, mi única compañía.

Pienso en la fiesta, en los chicos de las cervezas y en todos los pedazos punzocortantes en los que se quiebra mi alma. No encuentro la razón de su crueldad y poca empatía hacia a mí, siendo optimista, es algo que le atribuyo a los efectos del alcohol y que no saben cómo decir las cosas, sin embargo, mi lado pesimista, me dijo hasta el cansancio que simplemente que no les importa, ni sobrios y mucho menos ebrios.

Cuando me percaté de que tengo la nariz helada, ya es tarde y el cansancio me vence. Creo que el peso de años de sentimientos guardados, las ganas de llorar contenidas, de huir al fin del mundo, se convierten en demasiado. Ya no soporto más. Salgo de ahí y solo quiero correr.

En casa de Astrid, todas las luces están encendidas, debería irse a casa, pero no quiere hacerlo, no cuando ella aún no aparece y un corazón chiquito se quiebra frente a sus narices.

La espera de las cuarenta y ocho horas para dar por desaparecido a alguien y las autoridades puedan intervenir, se hace interminable, pero la angustia dentro de su ser, se siente cómoda, como si llevara años acompañándolos. Afuera, las nubes negras se instalan en el cielo, amenazando con llover en cualquier momento, aunque no sea época de lluvia.

Su papá llama a la policía cada cinco minutos, para saber si se sabe algo nuevo sobre su hija. Karla y Ana se han ofrecido para preparar café y salen de la cocina con varias tazas de líquido negro caliente, ofrecen a los vecinos y conocidos de la familia que ha ayudado. Se encuentra rodeado de gente, pero por dentro, es solo un padre desolado. Nadie planea dormir esta noche.

Samuel está en un rincón de la sala haciéndose el interesante, con sus largas piernas estiradas y con un cigarro que no fuma entre los labios. Ridículo. Declan está sentado en el sofá gris, dándole la espalda a su amigo, cambia de posición constantemente. Algo continuo en él, son sus manos, sus dedos; no puede dejarlos quietos ni un instante; el estrés de la situación lo ha empeorado. Ansiedad de no saber nada.

Maritza lo observa, él rechaza lo que le ofrecen, otra vez. Lo escucha decir que no necesita nada que le quite el sueño porque de todas maneras no podrá dormir. Reflexiona sobre lo importante que se ha convertido en la vida de su amiga, el desconocido de la gorra. Se sienta a su lado y le ofrece algo diferente.

—Oye chico, ¿té?

—¿Té? —sus ojos parecen ver más allá, su pregunta, por muy sencilla que sea, lo ha tomado por sorpresa—. ¿De qué es?

—Frambuesa, el favorito de Astrid —estira su mano.

—Entonces sí quiero —inhala el aroma dulzón de la bebida y cierra los ojos antes de darle un sorbo—. No sabía que era su té favorito, siempre que salimos le pido alguna variante de café.

—Descuida, ella ama el café, podría tomarlo incluso de noche si no le provocara insomnio.

—En eso tienes razón.

—¿Qué les pasa a tus manos? He visto que no dejas de moverlas y de tronarte los dedos.

—Ah...este...creo que estoy inquieto, ya sabes, por...ella.

Silencio incómodo. Maritza le da un sorbo al té caliente y se quema la lengua e intenta disimular con dignidad que no ha pasado nada.

La bebida se siente cálida en las manos, ella revisa su celular, en caso de recibir algún mensaje. Nada. Ninguno de los dos, habla, se han quedado sin palabras. Así es el mundo para Astrid. Entra a Facebook y publica su foto, solicitando ayuda. Otra vez.

Él interrumpe la tranquilidad de su compañía en soledad.

—Entré a una clase de lenguaje de señas, ¿sabes? —sostiene la taza entre sus manos, ignorando la aza. Su mirada esta fija en el líquido rojo que contiene. Maritza lo ve con incredulidad.

—Wow. Ni siquiera yo, que me considero su mejor amiga, me he molestado en aprender lenguaje de señas. Nos comunicamos perfectamente. A veces no necesitamos palabras —se acomoda en el asiento, carraspea, disimulando que no se siente la peor persona—. Y es cierto. En ocasiones nos hablamos con la mirada, con una complicidad que solo tenemos ella y yo.

—Lo sé. Puedo escuchar su voz, incluso a través de sus ojos. ¿Me crees?

—Por supuesto.

Y es verdad, porque sabe lo que se siente decir todo sin que una sola palabra salga de su boca. El silencio ha dejado de ser incómodo. Ha oscurecido casi por completo, las primeras estrellas empiezan a aparecer en el cielo. Y la luna, como una luz de esperanza está en lo alto.

En el otro lado del pueblo, Astrid viaja en un autobús. Se siente sudada y deshidratada, no imagina que la espera para el transporte público fuera tan tardada. Se siente apenada con una señora sentada a dos lugares de ella. Su olor a sudor debe de llegarle a las narices. La observa de reojo, la ve muy entretenida con la cara en la pantalla de su teléfono, quizás no huele tan mal, pero es sorprendente que aún tenga arena pegada en la piel. Se recarga en el costado de la venta y se concentra en el camino. El viento sobre su cara la hace sentir viva. El olor salado en la brisa es cada vez menos perceptible mientras se aleja.

Las estrellas empiezan a tintinar en el cielo, a pesar de que el sol se resigna a marcharse del todo. El alumbrado de las calles no funciona, las luces se prenden y se apagan mientras camina; todo su cuerpo tiembla, no sabe si por el miedo a la oscuridad o porque se está muriendo de frío. Tiene la necesidad enorme de abrazar su hermano. Es un desastre por fuera.

A una cuadra de su casa alcanza a ver luces encendidas, y a través de las cortinas las sombras se mueven en el interior. No sabe de dónde saca más energía, pero corre, tiene miedo que sea una alucinación de su mente cansada y desaparezca. Suspira de alivio cuando sus dedos tocan el timbre que no puede escuchar. Maritza es quien le abre la puerta, con sus rizos rebeldes por todo su rostro. El cabello enmarañado peor que el suyo.

—¡Oh, mi Dios! ¡Astrid! —sus ojos se abren de par en par, y la sorpresa en su rostro es tan grande, que Astrid se llena de culpa al instante—. ¿Dónde te habías metido mujer?

La abraza. Sus ojos se inundan en cuestión de segundos. Después de haber temido lo peor, ella se aparece en la puerta como una aparición, ¡pero es ella! Una gotita se queda estancada en su lagrimal. Un sentimiento de felicidad le nace del pecho e intenta controlar sus lágrimas. Astrid se desborda, no tiene la fortaleza de Maritza, quien ya se encuentra llamando a los demás para darles la buena noticia. Dejan de hacer lo que están haciendo para ver porque hace tanto escándalo.

Su padre se detiene por un momento en la entrada, sabe que es su hija, el alma le regresa al cuerpo, el aroma de su perfume aún es perceptible. Sus ojos se iluminan en cuanto la ve ahí, haciendo pucheros como una niña pequeña. Solo quiere abrazarla y no soltarla nunca. Por fin siente que vuelve a respirar, el aire entrando a sus pulmones, duele. Detrás de él se encuentra Declan, quien no puede evitar sonreír al verla, su corazón late de prisa cuando sus miradas se encuentran y de un momento a otro parece que nadie más existe en esa estancia. Solo desea rodearla con sus brazos y no volver a alejarse de ella.

—Te extraña bonita, me tenías muy preocupado...—le planta un beso con una urgencia que no conoce en él y la hace sentir en paz. La aprieta contra su pecho. Su boca huele a té de frambuesa.

Esconde su cara entre su cabello. No quiere que lo vean llorar. Le besa las manos, el cabello y las mejillas antes de percatarse que un pequeño humano se abre camino entre la multitud de personas en la entrada. Su persona favorita, su hermano. Se pone a su altura, su mirada llena de inocencia, ve esos ojos que la aman llenos de lágrimas contenidas, una boca que quiere decir tanto, pero se guarda sus palabras y solo se aferra a ella. Ese abrazo junta las piezas de su corazón. Sus cachetes están empapados de su llanto y su nariz está moqueando, pero no importa siempre y cuando estén juntos y ella pueda evitarle cualquier otra pena en este mundo.

—No te vuelvas a ir Astrid—se asegura de que su aparato este encendido y le susurra al oído
—. Nunca por favor.
Nunca más. Aunque no se lo hubiera pedido de favor.
Alejarse de él es una cosa impensable.

El sol se asoma por la ventana de mi cuarto, se siente tan bien despertar de esta manera, tan plácida en mi cama, estiro mis brazos y mis piernas. Hoy tengo algo importante que hacer. Mi papá y Luis Daniel siguen dormidos, les dejo una nota en la cocina para que no se preocupen. Salgo en mi bici con el termo de café en la canastilla; me he colgado del cuello la medalla de oro de la virgen, el único recuerdo que tengo de mi madre.

Cuando llego a la entrada de la iglesia, me quedo contemplando las enormes escaleras, el campanario es imponente. Tiene detalles del estilo barroco en tonos rosa pálido y blanco. Hay mucho silencio; comienzo a subir, un soplo de aire me da la bienvenida, como si “Él” supiera que he llegado. Al fondo se pueden ver algunas monjas que están leyendo o rezando, no logro distinguir exactamente que hacen debido a la distancia.

El olor de las flores del interior llega a mi nariz mientras acomodo la bicicleta afuera. Su aroma es dulce. Al entrar, lo primero que me ven mis ojos es la figura de Jesucristo sobre la cruz mirando un cielo de colores. Camino entre el pasillo, los asientos de madera recién encerados, brillan, resaltan. Solo hay dos personas; una señora gordita, con un traje demasiado ajustado para ella, que ha terminado de hacer lo que sea que estuviera haciendo y la otra, es un anciano que parece estar dormido. Decido quedarme a mitad de las filas de bancas.

Le doy un trago a mi café, suspiro y me hincó para rezar, pongo mis manos en posición, pero mis pensamientos son confusos. Hace mucho que no hago esto, no sé por dónde empezar. Ya no se a que vine, no sé qué quiero. No sé en qué creer. Recuerdo las palabras de mi madre, ella siempre dijo que creer en Dios, era tener un amigo, alguien que no podías ver, pero que sabías que siempre está ahí. Vuelvo a poner mi mirada en Jesucristo, en el cuadro de la Virgen María, a su lado, y siento como quema la medalla contra mi pecho. Intento concentrarme una vez más, debo agradecer.

“Querido Dios, mi madre siempre creyó en ti con confianza ciega y estoy segura de que me fuiste tú quien me ayudo, quien puso a esos ángeles sin alas en mi camino, quien nunca me ha abandonado. También debo agradecerte por mandar personas maravillosas a mi vida. Que yo haya co-nocido a Declan, no creo que sea casualidad, ah, y por no desampararme esa noche en la playa. Amén.”

Siento una paz difícil de describir. Pero decir que siento a mi madre cerca, es una muy buena forma de hacerlo. No me siento especialmente diferente ni nada por el estilo, pero se siente bien.

Durante toda mi infancia me inculcaron la idea de la religión e ir a misa los domingos. Después de la muerte de mi mamá, todo es diferente. Sin ella, ese ritual de los domingos dejo de existir, ya nadie le puso flores cada doce de diciembre. Luego de los últimos acontecimientos me he sentido con la necesidad de agradecerle al mismo ser omnipotente que me dejo sin ella hace años y solo él pudo haber puesto esa noche, en ese preciso lugar de esa playa a Pancho para que me rescatara de la negrura de la noche.

¿Qué clase de Dios decide dejar a una niña sin madre? La adolescencia fue complicada. La menstruación lo fue aún más. ¿Cómo le explicas a una joven que no te puede escuchar, que es el ciclo menstrual y que cada mes va a sangrar, pero es completamente normal? Esa respuesta solo la tiene mi papá. Hizo un buen trabajo, lo que pudo. Pero hay temas u ocasiones, que solo una persona puede resolver y comprender mejor.

Observo la corona de espinas de Jesucristo, que se ve tan real, igual que la sangre escurriendo por su frente, brillando de un rojo intenso, sanando con su dolor, igual que este lugar. Las nubes pintadas en el techo azul, tan blancas, que parecen moverse muy lento. Las monjas entran por la parte delantera, alcanzo a escuchar la tos insistente de una anciana en el extremo opuesto, me saca de mis pensamientos, no me percate del momento en el que entro. Me hincó para persignarme y digo adiós en mi mente. La madera esta fría al tacto, y a pesar de eso, el lugar se siente cálido. Salgo sintiéndome plena.

Me subo a mi bici y tomo la rampa de personas discapacitadas. El terreno que sigue es empedrado, me molesta el no poder mantenerme estable, así que decido caminar hasta llegar a la avenida. Paso cerca de una pequeña plaza con arboledas alrededor de un quiosco, la atracción principal del lugar. Entre los arbustos, plantas y árboles, distingo una silueta a la que me voy acercando conforme avanzo. La veo de espaldas, su cabello brillante, me recuerda lo travieso e hilarante que puede ser el destino. Una risa forzada sale de mí. Me quedo viéndola de perfil, sin saber si avanzar e ignorarla o regresarme por dónde llegue, para que ni siquiera note mi presencia. Pero ella me detecta, como una serpiente a su presa, o como un animal herido viendo las fauces de la muerte. Paula.

Sus labios color carmesí, carnosos y perfectos como siempre. Tiene los ojos vidriosos, con una expresión diferente, una profundidad difícil de explicar, a pesar de traer puesta una sudadera demasiado grande, se le ve bien. Me mira, trata de disimular sus sollozos y se ríe para sí misma, comienza a hablar, más para ella que para mí. Me paro en seco.

—¿Quién lo diría verdad? —se pasa la manga por el rostro y se acomoda el cabello—. Que me verías llorar; la última persona en el mundo con la que me hubiera imaginado encontrarme.

Yo pienso lo mismo. El destino y sus jugarretas.

—Me conseguí otro novio sabes, un idiota que me dijo que era la más hermosa que había visto alguna vez —se suena la nariz con un pañuelo que saca de su bolsa—. Soy lo más hermoso que muchos han visto en su vida y aun así no es suficiente, ¡nunca! Dijo que se había quedado prendado de mi belleza, ¿prendado? —se gira a verme y hace una mueca como quien se pregunta el origen del universo o la solución a un problema de matemáticas—. Nadie de nuestra edad usa esa palabra. Debí haberme dado cuenta. De su discurso ensayado.

Se desvanece en un llanto que no sé cómo controlar. Me acerco y me siento a su lado, para acompañarla a estar sola. Es increíble la cantidad de cosas que se dicen sin sentir las.

—Cuando me enteré que eras la nueva novia de Declan, creía que me estaban jugando una mala broma, ¿cómo era posible que se fijara en alguien como tú? Hablé con él infinidad de veces, le coqueteaba, me le insinuaba y nada parecía funcionar para que sus ojos se fijaran otra vez en mí, aunque sea de reojo —su respiración es más contro-lada y el tono de su voz más fluido, coloca la cabeza entre sus manos.

No sé qué hacer, solo la veo como a una película muda.

—Así que tenía que conocerte y fui a la cafetería donde me contaron que trabajabas —mueve la cabeza, negando algo que aún no sale de su boca—. Y resulta que no ha-blabas. Que no hablas. Y me pareció una burla aún peor —me limito a observarla, mientras espero a que siga con su monólogo.

Pero permanece callada por unos minutos, que en ese preciso momento me parecen una eternidad a su lado, pero a veces, es lo mejor que uno puede hacer. Acompañar y dejar que alguien se desahogue. Sus cabellos revolotean frente a su cara, ella no se inmuta ante esa rebeldía y prefiere guardar sus brazos dentro de la sudadera para abrazarse a sí misma. Quizás por eso dicen que debes estar cerca de tus enemigos aún más que de tus amigos. Para descubrir la

vulnerabilidad del ser humano y la fortaleza al mismo tiempo, porque a pesar de tener la herramienta para la venganza, no la usamos. Se necesita mucha fuerza de voluntad para no caer en la tentación.

Y ahí está la chica, que en un santiamén decide que me odia porque ahora estoy con un novio que ella desecha y después lo quiere recuperar. Por orgullo, para demostrarle a sus amigas que siempre obtiene lo que quiere, burlarse del universo por ir en contra de sus deseos. Pero es la misma que hoy me abre su corazón a una completa desconocida y mostrar su lado más débil. Quizás tiene la certeza de que no usare nada en su contra o simplemente, por una vez en lo que va de su vida, quiso ser sincera consigo misma y yo solo soy testigo de eso. De su fortaleza para admitir sus errores y decirlos en voz alta.

El cielo se ha nublado, no son nubes de lluvia, pero han ocultado el sol haciendo que la mañana se vea amenazada por una penumbra matutina. El viento se adapta rápidamente y en cuestión de segundos, se siente un poco frío, se siente en la piel y el ambiente se torna melancólico. Sus labios rojos dicen algo que no logro distinguir. No alcanzo a leer sus labios.

—Olvídalo...—se quita el cabello de la cara y se hace una cola de caballo—. He sido una malcriada toda mi vida y por fin obtuve mi lección.

Silencio otra vez. Hay tanto que quisiera decirle, pero yo no tengo las palabras para ella. Después del último intento vago, la verdad es que no me quedan ganas de hacerlo. Ni siquiera en esta situación.

—Tú no tenías la culpa, ni ahora ni nunca. Mis amigas, Clara y Valeria...no sé qué son en realidad, pero a ellas no les puedo contar estas cosas. Solo me dicen “Ajá, si te entiendo”, pero la verdad es que no lo hacen, solo quieren estar conmigo para sentirse populares. Desde la pelea ellas se han alejado de mí, ni siquiera se preocuparon por preguntarme como estaba. Y me sentí sola, aunque estaba con ellas, hasta cuando vomitaba, estaban del otro lado de la puerta, sentía que lo que salía de mi boca, era la vida que me quedaba—hace una pausa para dar un largo suspiro—. Siempre rodeada de gente, siempre con atención y siempre en soledad.

Tomo su mano entre las mías, están heladas. El clima templado ha actuado sobre ellas. Las hojas de los árboles comienzan a tornarse de color cobrizo y no tardaran en caer al suelo. Paula responde a mi gesto con un apretón que se siente tierno y sonrío. Sus labios ya no están tan rojos, me recuerda a una niña que acaba de salir de una pesadilla. Lentamente nuestras manos se separan, ella se suena la nariz, yo me amarro el cabello para evitar que siga bailando frente a mi cara a causa del viento.

—Gracias...

Leo sus labios, una última vez. Me mira a los ojos, me sorprende porque descubro a una Paula totalmente diferente a la chica que llego por primera vez a la cafetería. Se da la media vuelta y me quedo viendo cómo se aleja paso a paso. Como una semilla floreciendo en plena sequía. Me siento feliz por ella.

Cosas ilógicas pero ciertas de la vida.

Han pasado varios días desde que Paula y yo nos vimos en el quiosco, sigo pensando en ella, sobre todo cuando deslizo el labial sobre mis labios y se vuelven de color carmín. La alarma vibra bajo mi almohada, pero me resisto a levantarme a pesar de que la luz del sol que se cuele entre las cortinas me molesta. Me descubro el rostro, lo primero que ven mis ojos, con pesadez debido al sueño, es una caja simple, color marrón, con un moño rojo que sobresale de lo grande que es para el tamaño de la caja. Los regalos siguen llegando.

Me levanto de la cama y mis pies se estremecen al contacto con el piso. Abro las ventanas de par en par y voy hacia el regalo. No tiene notas, pero supongo que debe ser mi papá o de Luis Daniel. ¿Por qué no me lo habrá dado antes? Quito la tapa y encuentro papel de color lila, sobre este, hay una carta. El sobre se ve amarillento, debe de ser muy viejo. Reconozco esa perfecta caligrafía. Es una carta de mi madre.

Querida hija...

Esta carta debe ser abierta cuando estés en la plena felicidad. Tu padre será el encargado de dártela en el momento que el considere ideal.

Ahora, debes de estar en tu mejor momento y me gustaría mucho estar ahí para verte. Lamentablemente, el destino tiene otros planes para nosotras, que justo ahora no comprendo, pero todo tiene su razón de ser, el universo y Dios, son sabios.

La vida es dura, y sé que, para ti, debe ser el doble de difícil. Sin embargo, estoy segura de que encontraras la fortaleza en tu corazón para demostrarle al mundo que puedes ser feliz, sin importar lo que la sociedad piense, sea perfecto o ideal. Sé que en tu interior encontraras la manera de ser única a tu manera. Y esa será una forma más de perfección. Y será solo tuya.

Recuerda que las oportunidades solo se dan una vez en la vida, es como cuando vas a la tienda y ves algo, pero no lo compras, entonces, cuando vuelvas, quizás ya no lo encuentres. ¡Aprovéchalas! Porque los sueños no se conquistan con suerte, si no con compromiso, con pasión, es cuestión de actitud.

Serás parte de las personas que lleguen a tu vida, tocas sus corazones para que vean la felicidad que esta frente a ellos, como una luz incandescente, porque tú eres luz. Eres mi luz.

Por siempre contigo, tu mamá.

Mi mejor momento es ahora, es verdad. Mi padre es un hombre sabio. En esta etapa de mi vida, no tengo nada que pedir. Tengo lo que necesito, ni más ni menos. Y se siente bien. Estar en paz y no extrañar el pasado que no volverá, ahora solo espero cada día una nueva ilusión. Una nueva oportunidad de dejar huella en las personas a mi alrededor. Brillar en sus penumbras para que vean la luz que tiene cada momento pequeño, por insignificante que parezca. Y por supuesto, también recibir los res-plandores que me quieran conceder. Chispas, llamas, reflejos; siempre y cuando brillen en la oscuridad.

Seguiré siendo luz, madre, te lo prometo. Aprieto la carta contra mi pecho, me siento abrazada por las palabras.

Después de un baño matutino con agua fría, me siento realmente despierta y enérgica. Podría asegurar que el cielo brilla. Salgo en mi bicicleta, con una sonrisa dibujada en la cara, paso junto a una mujer que me mira extrañada, pero no me importa, yo sigo sonriendo, aunque quisiera no podría dejar de hacerlo.

Conforme avanzo, el viento me sopla, despeinando mi cabello y la vida en el pequeño pueblo va despertando. Las letras rojas del “Café con Canela”, me reconfortan cuando las veo a lo lejos, es como llegar a mi segunda casa. Me parece bastante acertada esta afirmación. Me detengo y dejo recargada la bici en la pared. Me sorprende ver a Sarah afuera, esperando a que llegue alguien. Su rostro se ilumina al verme, cuando la abrazo caigo en cuenta que el aroma a pan recién horneado, ahora es parte de ella.

—He olvidado las llaves, linda —saca de su bolso un pequeño espejo y se pinta los labios de rosa—. Habrá que esperar a Maritza, por fortuna ella es muy puntual y no debe tardar.

Nos quedamos quietas, en silencio. La mañana esta calmada y me pone inquieta. Un taxi frena de repente, derrapando sobre la carretera. Maritza baja, todavía adormilada, se deshace en disculpas.

—¡Lo siento, perdón, de verdad! Es solo que apagué la alarma y me volví a quedar dormida. Salí tan rápido como pude de casa —no deja de hablar al tiempo que inserta la llave en la chapa de la puerta. Abre.

No me resisto y las envuelvo en un abrazo. Al cual ellas me corresponden, con mucha calidez. Al parecer pasamos varios minutos así. Ninguna de nosotras se percata del tiempo, hasta que alguien, un cliente, empuja la puerta principal y choca con nuestras espaldas.

Don Teo, que está más ciego ahora que nunca, se machuca los dedos, deja escapar un chillido de dolor cuando la puerta rebota y se atora su mano.

—¡Ay don Teo, perdón, nos encontró en pleno momento de sentimentalismo!

—Sarah, descuida, también es mi culpa, ¡no las vi a través de la puerta! .

—No, hombre, que pena con usted —lo toma del brazo y lo encamina a entrar, van a la mesa de siempre, la que está justo en el centro de la cafetería. Donde el aire acondicionado no llega tan frío y la brisa del exterior que entra cada vez que abren la puerta lo reconforta y no le alborota las canas que le quedan.

—No se preocupe, yo ya estoy viejo, sigo vivo de milagro —se acomoda en la silla y se quita su saco, que acomoda al lado—. Tráigame lo de siempre por favor, que he amanecido hambriento.

—Ya sale un omelette vegetariano con guarnición de verduras. Y el café va por parte de la casa, don Teo.

—Muy amable, gracias.

Un par de niños entra dando tropezones y chocan contra mí. Mi sorpresa es grande al girarme y encontrarme a Luis Daniel en compañía de otro niño. Mi hermanito tiene un amigo, se llama Alexander. Y lo que sigue a continuación me deja con los ojos abiertos. Mi hermanito me habla por medio de señas y su amigo queda maravillado ante la escena.

—¡Wow! Tienen un lenguaje secreto.

—No es un lenguaje secreto bobo, es lenguaje de señas, para personas sordas. Como mi hermana.

Los niños se ríen entre sí y se acomodan en una mesa cerca de la ventana. La maestra se ha reportado enferma, así que las clases de su grupo se cancelaron. La mamá de su amigo los trae hasta aquí, convencerla no fue difícil, al parecer, era imposible cancelar su cita en la estética para arreglarse el cabello.

Desde hace mucho no lo veía compartiendo tiempo con otro niño, y aún más, usar las señas para comunicarse conmigo, ¡en público! Mi condición es algo que siempre lo ha reprimido, porque los niños suelen ser muy crueles, a veces sin intención, porque en su inocencia no piensan lo que van a decir, sin embargo, también están los que lo hacen a diestra y siniestra. Sin tocarse el corazón.

Y ver a alguien que comparte risas con mi hermano, me llena el corazón. Alexander me está regalando un destello de luz. Espero algún día devolverle un poco de lo que me está dando sin saberlo.

Los clientes comienzan a llegar, la campana no deja de sonar. Carmen llega justo en el momento en el que el ajetreo se vuelve una locura. De un momento a otro estoy con bandejas llenas de café y desayunos sobre las manos. Encontrar rostros conocidos, los de siempre, me hace sentir en familia. Entre ellos está la señora Alicia, que siempre me pide azúcar morena. Saber lo que quiere me hace sentir que tengo magia.

Entre el ir y venir entre las mesas, me doy cuenta que Maritza está siguiendo algo o a alguien con la mirada. Como mi curiosidad es grande, voy hacia ella, para ver lo que tiene su atención. El día apenas está comenzando y las sorpresas no dejan de llegar. La que viene ahora, trae tacones color mostaza de diez centímetros y pasos firmes llenos de seguridad. Es la mamá adoptiva de Maritza, la señora Mercedes, no recuerdo haberla visto antes con tacones tan altos. Y lo que me sorprende más de esta escena es que no viene sola. La señora Camila viene a su lado, con lentes oscuros, sostiene de la mano a un niño de unos diez o doce años, con mejillas rosadas y ojos grandes. Sus dos madres, van a tomar un café juntas.

—Astrid, tengo un hermanito —su rostro se ilumina al decir estas palabras. Hoy será presentada formalmente con el pequeño. Se vuelve loca de felicidad que empieza a dar brinquitos alrededor de mí. No me resisto y termino brincado junto a ella.

Maritza se va a compartir una rebanada de pastel con su pequeña e inusual familia, la felicidad no desaparece de su rostro. Por mi parte, me siento junto a los niños, que hablan y hablan como si se conocieran desde que nacieron. Luis Daniel no se siente excluido, yo no me siento rara con mi silencio en un mundo lleno de ruido, que suena y suena.

Apagamos el aire acondicionado y dejamos la puerta principal abierta para que la brisa entre y nos regale ese toque de calidez y frescura que solo a esta hora se siente. Cuando comienza a atardecer encendemos las luces, el lugar pasa a colorearse de un tono sepia nacarado, que da calor. Añoro a las personas del pasado que fueron importantes, pero hoy más que nunca estoy disfrutando el presente.

¡Cuánta luz hay alrededor! Está en los pequeños detalles, y hasta en las peleas perdidas, solo hace falta saber ver con el corazón y hablar con la mirada.

Recostado sobre el césped del parque, el tiempo pasa sobre ellos sin detenerse. Declan piensa en los últimos sucesos, mientras observa como el temblor en sus manos ha desaparecido. La ansiedad por la fecha de la muerte de su tía, se ha ido. Por fin siente que puede dejarla ir. Se gira hacia su prima, que lee página tras página de su libro y se pregunta, si para ella fue tan difícil como para él.

El sonido de unos pasos a sus espaldas, los ponen alertas. Por instinto, todos voltean en busca de lo que lo ha provocado. Una figura se detiene ante ellos, se quita la capucha de la cabeza y se deja ver, una mujer. Paula.

—Perdón...—todos la ven expectantes, como si estuviera a punto de ocurrir algo imposible —. No sabía que había alguien...así que...

—No hay problema, puedes quedarte —Karla se sorprende al escuchar a su primo decir esas palabras.

—Anda nena ven a sentarte o termina por irte, que tampoco te vamos a rogar.

Paula camina con cautela, como si fuera la presa de un león a punto de atacarla. Para Ana, la escena le parece fuera de este mundo. La chica que ve, en ropa deportiva, holgada y sin maquillaje no se le parece nada a la que la que llegó a ver muchas veces en la escuela, llena de narcisismo. Se sienta junto a Ana, que ha dejado de ver a la nada para verla a ella. Nadie habla y nadie quiere hacerlo. A veces el silencio es bueno.

—Quiero disculparme chicos, con cada uno de ustedes, sobre todo contigo Declan. No merecías nada de lo que te dije o hice, eres un gran chico.

Mas silencio. Ella continúa.

—Sé que no tengo justificación y que la pasaron muy mal por mi culpa en varias ocasiones. Como la vez que hice que Karla se cayera con todo y su comida —ella pone los ojos en blanco al recordarlo—, o la vez que le dije a Ana frente a todos que era una ñoña y una perdedora, por enamorarse de mi novio —se sonroja un poco al escuchar el comentario y evita la mirada de Declan —, cuando juzgué a Samuel por no fumar ese cigarro...

—Ya superé eso.

—En fin, lo siento, es solo que ya no tengo amigas, es más, creo que nunca las tuve. Y hace mucho que no hablaba con alguien más, además de Astrid, si se le puede llamar hablar... — sacude la cabeza para zanjar el tema —, ya saben a lo que me refiero y bueno, me lo merezco.

—Bueno, de hecho, si te lo mereces —Samuel le da un codazo a Karla y ella solo se queja de dolor muy bajito, para que Paula no la pueda escuchar.

Por su parte, ella hace una mueca, como si intentara reírse.

—Pues perdón, por ser una maldita Karla —Paula se levanta de inmediato y choca contra ella a propósito.

—Debes dejarlo ir —Paula frena de repente y voltea a ver a Ana.

—¿Qué?

—Que debes dejarlo ir. Debemos dejar ir el sentimiento negativo que solo nos consume — Ana tiene toda su atención, el ruido de los grillos es lo único que interrumpe el momento incómodo —. El pasado no debe arruinarnos el presente y mucho menos el futuro. No digo que nos volveremos amigos, Paula, pero te puedo asegurar que lo que haya ocurrido para mí ya no importa. Confío en el buen juicio de Astrid y si ella te invitó una rebanada de pastel en su

cumpleaños, en una fiesta a la cual no fuiste invitada, yo puedo dejar atrás todo lo malo. Y ustedes también deberían de hacerlo, ella se ha disculpado con nosotros —sube volumen de su voz, pasa su mirada por cada uno de ellos, esperando su aprobación.

—Yo puedo hacerlo, pero Paula, ya no seas tan perra.

—Pues por mí no hay bronca.

—Podría intentarlo —dice Karla, en un tono indiferente.

Declan solo le sonríe y asiente con la cabeza. Paula no dice nada, pero entiende ese gesto de su parte, su semblante se muestra de manera dulce, siente alegría por dentro, de verdad se siente feliz y se marcha sin decir más palabras.

Esta atardeciendo. El rojo y anaranjado se combinan en el cielo haciendo que las sombras se alarguen y la luz del sol se siente cálida en la piel. El discurso de Ana retumba en la cabeza de Declan, una y otra vez.

—¡Oye, ya nos vamos!

—Los alcanzo en la cafetería, tengo algo que hacer.

—Por favor primo, ¿qué vas a hacer? ¿planeas una aventura sin nosotros?

Por alguna extraña razón, Karla tiene un mal presentimiento que intenta disimular con una expresión forzada.

—Para nada, no podría dejarlos fuera.

—Entonces, ¿cuál es la excusa? —pregunta Ana impaciente, levantado una de sus cejas mientras lo observa.

Samuel y Ana no hacen más preguntas y se encaminan al coche, el ruido de las puertas al cerrarse resuena en la añoranza que se siente en la distancia entre Declan y Karla

—Debí haber atacado los traumas de frente en lugar de aplacarlos por detrás —su prima lo ve como si fuera una aparición—. Voy a dejar mi pasado donde debe de estar.

Las gotas de las lluvias hacen música al caer contra el suelo, el aire comienza a provocar frío, los colores en el cielo se funden para dar lugar a las estrellas. Los latidos en el pecho de Astrid no tienen razón de ser, más que la emoción por verlo otra vez. Esta ilógica e irremediablemente enamorada.

La campana suena, es Samuel que ha saltado para tocarla. Los chicos que entraron a su vida como solo las mejores cosas lo hacen, sin saberlo y sin consultarlo; llegan a la cafetería. Pero el motivo de sus palpitaciones no llega con ellos. Lo busca con la mirada, afuera. Karla se da cuenta de lo que hace y se acerca a ella.

“Dijo que tenía algo que hacer.”

La nota la tranquiliza, pero algo en su rostro la inquieta. Siente la necesidad de ir a buscarlo a cualquier parte, quiere regalarle parte de la luz que él da desde que lo conoce. Es su turno. ¿Pero por dónde empezar? Le da unos toquecitos en el hombro con su mano y le pasa otra nota de color morado.

“Creo que debes ir al cementerio.”

Sin pensarlo dos veces toma su bici y sale por la parte trasera de la cafetería, pedaleando lo más rápido que puede hacerlo. Un par de cuerdas y llegará. La lluvia comienza a arreciar, las gotas caen sobre su cara. El asfalto mojado provoca que pierda el control del manubrio, hace que su corazón se acelere. Derrapa justo cuando intenta frenar a las puertas del lugar, la bicicleta se estrella con la herrajería de la puerta. Se queda mirando la llanta atorada, forcejea para zafarla y piensa en él, en lo que quiere. Abre la reja como puede. ¿Y si prefiere estar solo? No. Sabe que debe estar donde se encuentre.

Así como su madre lo hace con ella, cuando es apenas una niña que comienza a comprender que es diferente a los demás niños. La rabia que la obliga a apretar las manos de su padre porque no puede sentir las palabras por debajo de la piel. La frustración a los cuatro años puede ser terrible. Pero con su madre las cosas son de otra manera. Sentadas en la sala o incluso en el piso, recostadas, con sus manos muy juntas, para que ella pueda sentir su voz recorriendo su pequeño cuerpo. Quisiera que la suya recorriera cada parte de Declan.

La lluvia ha bajado la intensidad de sus gotas, aunque ya está empapada, lo agradece. No tiene que caminar demasiado, lo ve a unos pasos de la entrada, como una aparición en las bancas que se encuentran hacia el camino a las tumbas. Es mucho el ruido que ha hecho, pero la figura encorvada parece no haberse percatado de ello. Deja la bicicleta en el suelo, no se molesta en ser cuidadosa, camina hacia él. Su cabeza gira para verla, no dice nada. Vuelve a mirar hacia el frente. Las hojas secas crujen a cada paso que da, se sienta a su lado y observa su perfil. Tiene los ojos vidriosos, el cabello húmedo y está igual de mojado que ella.

—Vine a decirle adiós, pero cuando llegué aquí, me di cuenta de que no era necesario venir y por eso...por eso me quedé aquí.

Astrid no alcanza a leer sus labios, pero siente que lo que acaba de decir es más para él que para ella. Le jala la manga de su playera para que la vea, toma una de sus manos entre las suyas, con su voz débil y baja, intenta murmurar algo.

Sus ojos se clavan en ella como la imagen de lo más hermoso que haya visto en su vida. Como si fueran magia. Y al igual que un encantamiento, algo inesperado ocurre. Sus manos se mueven. ¡Le está hablando en lenguaje de señas! Declan, con quien siempre puede escribir sin

sentirse insegura en un pedazo de papel, quien la entiende sin una sola palabra, ahora habla el mismo lenguaje que ella.

Le dice “Te quiero”

Siente que el corazón se le detiene, pero solo es el aire que sigue contenido en su interior. La emoción es tanta, que por más que quiere, no puede detener una lágrima escurridiza que resbala por su mejilla. Toma aire y da un suspiro largo. Ese gesto es muy importante, significa más que todos los lenguajes en el mundo. Eso le da el valor que necesita para darle fuerza a su voz. Está segura y lo hace. Habla.

—Te tiedo delan...

Una explosión ocurre en su interior, las manos le sudan y siente que tiembla cada centímetro de su cuerpo. Declan se acerca lentamente hacia ella, hacia su boca, hacia esos labios que le han dicho que lo quieren. Se hacen uno en el beso más suave, tierno y apasionado. Sus manos dibujan el contorno de su boca, después se deslizan ligeramente la piel desnuda de su espalda y un nerviosismo acompañado de una ola de escalofríos le recorre las venas. Ella acaricia el contorno de su rostro con las yemas de sus dedos, bajando por su cuello y recorriendo la línea que lo une a su hombro hasta pasar por sus brazos. Siendo la única testigo del beso más bonito en la historia.

Y ahí, en el cementerio, un lugar tétrico y traicionero para los sentimientos; donde todo parece haber terminado, incluso para los vivos, ha ocurrido la historia de amor más romántica que cualquier otra. Aunque Romeo y Julieta se opongan a ello. El final, es solo el principio cuando parece que ya no hay más que oscuridad.

Salen tomados de las manos, se suben a la bicicleta para regresar con los demás. La lluvia se ha convertido en gotas dispersas, pero el aire es gélido y hace que su piel se erice. Ella abraza a Declan por la espalda con fuerza, respirando el olor a tierra mojada, envueltos en la melodía que crea el viento al pasar entre las hojas de los árboles. Y solo piensa en la suerte de haberse encontrado, de crear su propio mundo y un lenguaje, que solo ellos saben que existe.

A veces la mejor manera de sobrevivir es muriendo un poco, cuando la vida se lleva una parte de ti. No se puede exigir el amor, solo se pueden dar buenas razones para ser querido y tener paciencia para que la vida haga el resto.

Y ese vacío nos recuerda, todo lo que aún nos falta por vivir.

La luz que aún hace falta por entregar al mundo.

Agradecimientos

Siempre sentí que este día sucedería solo en mis sueños. ¡Pero ahora estoy escribiendo los agradecimientos de mi primera novela! Hay varias personas que me ayudaron a hacer esto posible, incluso solo con su presencia y tiempo para escucharme cuando no estaba segura de que hacer. ¡Comencemos!

Quiero agradecer a mi querida amiga Mari Cortés, por dedicarle tiempo a mi historia en la primera versión que existió y regalarme sus comentarios tan objetivos y amar a mis personajes. A mis queridas alfas, por sus obser-vaciones puntuales que me ayudaron en la corrección de este libro (aunque esta no es la historia que compartí con ellas); Belinda Vivanco, Sofía Mascaró y Lucía Fhidel. Al mejor beta: Moisés García, gracias por compartir conmigo tus sentimientos mientras estabas leyendo. La emoción fue total con cada mensaje.

A mi amiga Xiomara Merino, que me inspiro en el personaje de Maritza. Debía immortalizar tu amistad.

José Luis Hernández y Roberto Cuatra, que tuvieron que soportarme hablar de las mismas dudas una y otra vez, hasta que me decidí.

Y, por último, a mi hermana Susy.

Por darme esperanzas.

Sobre la autora

Julio, 1991. Michoacán. Adicta al café por las mañanas, disfruta mucho hornear, su color favorito es el rojo, pero no le gustan las rosas rojas. Estudió Ingeniería en Sistemas Computacionales, pero se dedica a algo completamente diferente. Cree en el poder de los libros y habla de ellos en su canal Kayuri Books. Puedes leer su cuento, "Un brillo entre penumbras", publicado en el libro "Buscadores de Sueños" (Editorial Diamante, 2018). También puedes leer "Mientras haya vida", publicado en el libro "Sobrevivientes" (Editorial Diamante, 2021).